

Cosas que pasan
(narrativa)



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2014

Según pasan los años

Poli Délano

Selección y Prólogo de John Hassett

©Poli Délano

1º edición, Ceibo Ediciones marzo 2014
Santiago-Chile. Ceibo Ediciones

Teléfono: 225020782
www.ceiboproducciones.cl

Fotografía de portada: Dauno Tótoro
Edición: Dauno Tótoro
Diseño: Eugenia Prado B.

I.S.B.N.: 978-956-9071-66-9

Impreso por Productora ANDROS Ltda.



Santiago de Chile, 2014

Gracias a su talento y disciplina y a más de cinco décadas de trabajo como novelista y cuentista Poli Délano (1936) se ha convertido en un indiscutible maestro de la narrativa, no sólo en Chile sino en toda América Latina. Con más de cuarenta títulos publicados, su obra ha sido ampliamente traducida y comentada, y a lo largo de los años él ha llegado a ser una de las figuras preeminentes del cuento hispanoamericano.

Para Poli Délano, escribir es más que una profesión. Como ha dicho en varias oportunidades, se trata de una manera de ser, de una obsesión, algo que él no es capaz de evitar ni evadir. La escritura le ofrece el mejor camino para la comprensión de una realidad caprichosa, regida por las fuerzas del azar, más que por las de la razón. Le permite bajarse del carrusel que es el mundo y reflexionar sobre el misterioso caos que es la vida. En numerosas entrevistas ha señalado que siempre está escribiendo, aun cuando no se encuentre frente a una página en blanco.

Como ex-profesor de literatura norteamericana y ávido lector de su ficción, no nos debe sorprender que la literatura de Estados Unidos haya ejercido una gran influencia en la escritura de Poli Délano. Es decir, uno nota de inmediato cierta sencillez, fluidez y velocidad en su prosa que recuerda los mejores escritos de Hemingway y Dos Passos por un lado, y la de Hammett, MacDonald y Chandler por el

otro. Él mismo ha declarado que “los escritores norteamericanos de los años 30 me enseñaron que el lenguaje no tenía que seguir engominado; que se podía escribir con la fluidez y sencillez con que se habla; que no había necesidad en un texto de usar la retórica y que lo fundamental era contar.”¹

A pesar de lo dicho, no quisiera exagerar esta influencia de escritores norteamericanos en la ficción de Délano pues hay también algo muy único en su modo de escribir. Pensando en el mundo de sus relatos hay varias características que se me vienen a la mente. Y si alguien me diera un cuento suyo, sin identificar su procedencia, estoy seguro que no vacilaría en identificarlo como autor. ¿Por qué es así? Creo que tiene que ver con el hecho de que nadie escribe como Délano. Su estilo establece una relación inmediata y personal con el lector y logra esta cercanía rechazando estructuras tradicionales que tienden a crear una distancia estética entre los eventos y el acto de leer. En la mayoría de sus relatos no encontramos una línea demarcatoria clara entre tiempo, espacio, personajes y acontecimientos. Dado el rol limitado de un narrador-guía, el lector queda bombardeado por una serie de voces, sonidos e imágenes. Entramos a su mundo narrativo como si estuviéramos escuchando una conversación ya en marcha y, de pronto, nos vemos obligados a descifrar el contexto y atar los cabos sueltos de la narración.

En ningún momento tenemos el lujo de ser simplemente espectadores pasivos. Si nos desconcentramos, descubrimos que hemos perdido nuestro lugar, en el pleno sentido de la palabra. Una lectura de relatos como “Cambio de máscara”, “Dos lagartos en una botella”, “El mar”, “Tango Sur”, y “Gershwin bajo la luna” demuestra claramente la validez de este punto. Todos estos cuentos exhiben una complejidad estructural muy impresionante donde Délano mezcla tiempos, espacios y anécdotas en una prosa absorbente y veloz.

1 Entrevista con María Teresa Cárdenas, Revista de Libros, El Mercurio, 8 de marzo de 1977, 4.

El mundo narrativo de Délano también revela un número de “demonios literarios” que forman parte de la estructura temática de sus cuentos. El amor es uno de ellos, pero el amor en sus escritos es, raras veces, una cuestión de armonía y casi siempre un fenómeno que produce ruptura y soledad. El escritor parece percibir la relación entre un hombre y una mujer como un cuerpo orgánico que goza de su período juvenil, novedoso y excitante, cuya vitalidad se va deteriorando, poco a poco, para acabar en el tedio, la vejez y la muerte. Las figuras principales de sus relatos son, en la mayoría de los casos, masculinas, egresadas de una escuela que sólo podría designarse machista. El amor para estos personajes va y viene abruptamente, pero cada relación deja en su psique una marca indeleble. El lector se queda con la impresión que todos ellos andan buscando algo que la vida les ha quitado, casi siempre sin advertencia.

Como consecuencia de esto, un profundo sentido de nostalgia permea los relatos de Délano. En términos generales, dicho tono tiende a estar relacionado con la pérdida de la juventud, la virilidad sexual, el recuerdo de un amor que se terminó demasiado rápido. Pero en otros cuentos también tiene que ver con la pérdida de amigos, hombres y mujeres, quienes, víctimas del terrorismo de estado, “han desaparecido” o han sido expulsados de su país, como el propio Délano durante sus diez años de exilio. Pocos escritores, en cualquier lengua, han captado este tema tan elocuentemente como Délano en “El mar”, “La misma esquina del mundo”, y “Blowing in the Wind”. Este sentido de pérdida y separación que se manifiesta en tantos relatos suyos, explica también por qué el pasado juega un papel tan importante en su narrativa. Sus personajes se desenvuelven en espacios y tiempos quebrados, lo cual explica también la línea borrosa entre el hoy y un pasado que todos se empeñan en resucitar, con la esperanza de entender mejor un presente tan frustrante como enigmático.

Pero hay que señalar que ante lo caprichosa y cruel que puede ser la realidad humana, Délano nunca cae en el melodrama fácil o en la emoción barata. Sus cuentos dan clara muestra de un profundo

sentido del humor y de un gran respeto por sus personajes, quienes van enfrentando la vida con una innegable dignidad.

Finalmente, es imposible pasar por alto el papel que juega la música popular en muchos cuentos de este autor. Están llenos de alusiones a Sinatra, Dylan, the Beatles, Piazzola y Gardel y éstas no deben atribuirse meramente al gusto musical de Délano. Todas ellas sirven como un poderoso telón de fondo a los temas presentados. De hecho, la música y su letra funcionan como una especie de coro griego, reforzando en el oído del lector la naturaleza de la realidad pintada. Por ejemplo, el protagonista de “Gershwin bajo la luna” reflexiona sobre su vida y sostiene que él, tal como Sinatra, al ver caer el telón final, lo encuentra todo tan divertido; recuerda y recuerda, pero sin llorar, sin compadecer su mala suerte. “Qué canción”, dice, “un verdadero himno de nuestra época,” y me atrevo a decir: un verdadero reflejo del contenido de la cuentística de Délano.

Dado el gran número de cuentos escritos por Poli Délano a lo largo de su carrera, tengo que confesar que no ha sido nada fácil montar una colección que le haga justicia. He intentado ofrecer al lector de esta antología un panorama de la evolución de su narrativa, incluyendo cuentos que se publicaron tan temprano como 1971 y tan recientemente como 2012. Espero que los relatos escogidos atraigan a toda una nueva generación de lectores, que se convertirán, sin duda, en seguidores de este gran escritor chileno, tal como me ocurrió a mí durante los años sesenta, cuando leí por primera vez *Gente solitaria* y *Amaneció nublado*.

John J. Hassett
Swarthmore College

1. La misma esquina del mundo

Uno

Cuando la mujer rubia de ojos claros tipo nórdica volvió a cruzar la calle desde el teléfono público al paradero de autobús, el hombre de aspecto agobiado que al pasar había querido perforarle la mirada y luego la siguió unos pasos, todavía estaba ahí. Entre los límites de la esquina, iba y venía nervioso y a la vez despreocupado, más o menos como si muchas burbujas calientes se agitaran en el espacio de su cráneo, y más o menos también como si nada pudieran contra él los apremios del tiempo. La lluvia —esos chubascones intensos y rápidos de las tardes de verano— se hacía tenue y en el comienzo del anochecer los altos neones multicolores de Insurgentes Sur intentaban reflejarse sobre el pavimento mojado. El hombre detuvo sus pasos junto a la mujer rubia de ojos claros. Un autobús hizo chirriar los frenos y sus pasajeros desertores empezaron a descolgarse amontonados. La mujer rubia, inquieta, pestañeante se dirigió por fin al hombre.

—¿Me servirá éste para ir a la ciudad universitaria?

El hombre lanzó la vista hacia la fachada del bus.

—No —le dijo—. Dobla antes.

—¿Me podría decir cuál es el que tengo que tomar?

El hombre frunció el ceño.

—Uno que vaya por Copilco —dijo luego con cierta indecisión.

El bus arrancaba llevando su nueva carga y martirizando a la pequeña multitud de la esquina con la espesa y asfixiante humareda de su vómito y con ese despiadado rugido del escape libre.

—No eres mexicana, ¿verdad? —preguntó el hombre mirándola.

—Soy uruguaya.

—Yo soy chileno —dijo él como en un saludo de colegas—. ¿Llevas mucho aquí?

—Apenas cuatro días, ¿tú?

—Yo casi un año. ¿Te viniste por...?

—Sí —dijo la mujer bajando la vista.

—Oye, tengo un auto a media cuadra y si quieres te llevo hasta la universidad. Olemos a sur, sabes.

—Bueno —dijo ella sin vacilar.

—“Aventón” se dice aquí.

La mujer sonrió. Se alejaron de la esquina.

Dos

No sé, la verdad, qué bicho me picó para decirle al tipo que sí cuando se ofreció a llevarme, ya que no es nada común que yo acepte invitaciones de buenas a primeras, pero se me ocurre que quizás fueron sus ojos. Ni siquiera las veces que en Montevideo los choferes declaraban la huelga —hace ya tiempo— y no había manera de llegar al trabajo, acababa por decidirme a hacer dedo, y si no recuerdo mal, hasta sentía un poco de rabia cuando desde algún auto (siempre iban hombres solos) una bocina me ofrecía “gentilmente” sus servicios, y por supuesto ni me tomaba la molestia de mirarlos. Quizás si le acepté —pensaba más tarde— fue porque, además de sus ojos, el tipo dijo eso de que olíamos a sur, yo qué sé, me gustó

mucho oler a sur, me perforó la frase como atacan los recuerdos lacerantes, sabor a tango de esos lados, *sur, paredón y después*, los meses de paría en Buenos Aires, sur también de callejones lejanos y de faroles, por eso, porque éramos apenas dos sureños de muy abajo a los que el azar ponía juntos en una esquina como de milonga para que actuaran, para que se movieran y se dijeran cosas igualito que en una obra de teatro. Eso ni más ni menos es lo que me decía aquella misma tarde un poco después, cuando en las cercanías de la ciudad universitaria el tipo, un loco al que se le metió en la cabeza que me conocía desde siempre, que me había seguido en todas las edades, qué sé yo, un loco suelto, me invitó a tomar un café y también le dije que sí, igual que antes, casi sin chistar, mientras ya comenzábamos a entendernos pensando que después de todo si estábamos aquí, en un país lindo y cálido pero en una ciudad donde todavía las calles no eran nuestras, se debía exactamente a la misma razón.

No voy a negar que desde el primer momento el tipo me pareció interesante, seguro, bien plantado, a pesar de una especie de desconcierto perdido que parecía inundarle a ratos la mirada. Tampoco voy a negar que como hombre estaba en general bastante bien. Pero insisto en que no es mi estilo, en que sigo siendo de las que no le dan los ojos a un desconocido y admito sin vacilaciones que en esta ocasión torcí la ruta puritana en que mi madre rusa me endilgó desde chiquita. Así me lo decía interrogante mientras frente a frente tomábamos con bastante silencio nuestros capuchinos mirándonos de cuando en cuando a los ojos. Sus ojos, para aclarar, no es que fueran lindos: eran potentes y luminosos, desconcertantes, pese a que fijense que hace ya tiempo dejé atrás los quince años, pero es que, a ver, cómo expresarlo, hay tantas cosas que a veces una sabe sin saber siquiera que las sabe, no soy de lo más clara, parece. Quiero decir, con ese café que tomamos en la ciudad universitaria la verdad es que no acabó nuestra relación, a eso iba, porque al despedirnos nos dimos los teléfonos y una de aquellas tardes muy aburridas en que yo arreglaba las pocas pilchas que al partir me cupieron en la valija, ahí en casa de los compañeros donde definitivamente tendría

que vivir hasta que me llegara un trabajo y pudiera mantenerme sola, el tipo –ya debiera decirle Bernardo– me llamó invitándome a salir. Y para ser sincera, hasta donde mi mundo desmoronado me podía permitir cierta alegría, me alegré.

Estuvimos en un restorancito de barrio popular y bullicioso, y tanto Bernardo como los otros dos sujetos con que nos encontramos ahí galopaban a ritmo de locura, más o menos tres tequilas antes de que yo terminara una sola sangría débil de alcohol, de modo que muy sobria y metiendo poca baza en la conversación, me dediqué lo que se puede decir entusiasta a escuchar divertidas y locas narraciones sobre islas, perros, delfines, narraciones que se quebraban de pronto para dejarle paso a otros temas y volver al rato a flote con la nueva corrida de copas si es que a alguien le duraba todavía esa cuerda. Pero digo esto porque cuando el gordo de barba, una especie de bestia vital de mucha risa, contó lo que le había pasado una noche en Estambul, se desató una de esas discusiones que van por otro camino y que terminan por abrirle a una la mollera para entender mejor las cosas.

El local funcionaba a media luz y a pesar de que yo ahí podría haber pasado como un simple pollo en corral ajeno, me sentía plenamente a gusto entre esos tipos –digamos mejor “nuevos amigos”– que me trataban como si me hubieran conocido desde otros mundos. Para no entrar en detalles, el asunto era así: al gordo le habían ocurrido cosas extraordinarias durante una noche que pasó en Estambul. Por supuesto que lo contó divertidísimo y nos reímos lo que se dice a mandíbula batiente aunque no pienso repetir la historia porque no es eso lo que interesa. Luego Bernardo, que era el que más se reía con la sarta de peripecias, contó también las cosas igualmente extraordinarias que años antes le habían sucedido a él una tarde en que vagaba por el puerto de Bombay. Parecían, claro, historias inventadas y fantasiosas, pero como a la vez eran verosímiles, por qué dudar, si mirando bien a los tipos una quedaría bien segura de que a ese par cualquier cantidad de locuras podía pasarles.

Fue entonces cuando el gordo dijo lo que me interesa contar. Primero –perdón– el colombiano, con mucha pena, con la cara caída y los ojos nostálgicos, se preguntó por qué a él nunca le pasaban cosas así. Y ahí el gordo le contesta con mucha seguridad que si a uno le pasan cosas es porque se las busca, de algún modo se las anda buscando, va predispuesto sin saberlo. En ese momento se calentaron los ánimos y se agitó el debate, pero ya con la suma de los tragos se había vuelto muy caótico, mucho grito, mucha interrupción, mucha incoherencia, y yo no lo seguía, no por pereza mental ni por desinterés, sino fundamentalmente porque me empezó a dar vueltas en la cabeza la frasecita ésa de que las cosas uno se las buscaba. Después de todo, en Montevideo yo tenía un novio macanudo –compañero, digamos mejor– por quien debía hacer cuanto fuera posible para conseguirle la visa antes de que los tiras lo “desaparecieran”. Tal vez, quise decirme entonces, se trataba de que estando tan recién llegada me sentía muy sola a pesar de los amigos uruguayos que llevaban algo más de tiempo por estos lados, a pesar también del cariño de la única familia mexicana que hasta el momento había tratado, y también a pesar de que con estos tipos –estos amigos– algo vivía en mí, algo me daba fuerzas. Quizás fuera verdad lo de estar sola, una chica regalona mal acostumbrada siempre al mimo y la caricia. Pero desde luego no era todo, para qué echarse tierra a los ojos. La verdad se escondía agazapada detrás de la mirada de Bernardo que me conocía desde siempre, que me estaba gustando una barbaridad, y que desde mi llegada era prácticamente lo único que lograba evitar que en cualquier momento, como a tontas y a locas, andando por la calle, acostada ya en la noche sin sueño, o en el lugar y a la hora que fueran, se me arrancaran solas y potentes las lágrimas al recordar todo lo que había pasado, los compañeros muertos, los compañeros presos, y todo lo que quizás por cuánto tiempo estaba dejando atrás...

–Oye, tengo un auto a media cuadra y si quieres te llevo hasta la universidad. Olemos a sur, sabes.

–Bueno –dije yo, sin vacilar.

Tres

Güerita querida de ojos celestes y sonrisa de ángel: el otro día, caminando por el Paseo de la Reforma me detuve frente a una vitrina que me dio la clave a través de un poderoso flujo de luz que partía desde el título de un libro. *Cartas no mandadas*, decía sobre una tapa rústica que me trajo entonces, en el mismo momento de fijarle la vista, la gran idea, que me encendió la mollera, como decimos allá, que me hizo tomar pluma y papel. Cómo empezar a decirte la rareza de las cosas que vienen sucediéndome desde que recibí tu primera carta. Cómo violar tanto código y pasar por alto los dictados implacables de la conciencia (¿cumpliste ya los dieciséis?), cómo saltar el tiempo y el espacio venciendo todas las barreras que te cercan. Pero allí, en el título de ese libro, estaba muy parada la idea con las piernas abiertas y los puños contra la cintura; la presente esquela no has de verla nunca; no entrará jamás por la boca de un buzón y quizás ni un sobre llegue a tener, las cosas son así. Será solo un mínimo desahogo de este amigo casi hasta ahora mismo atormentado no solo por el recuerdo sino también por el olvido, por los recuerdos de todo y el olvido de todo, por la ausencia permanente de tus ojos y tu risa diáfana. Digo “casi hasta ahora mismo” debido a que las cosas tomaron otro curso durante una de mis tardes de vagancia (sé que te gusta esta palabra) cuando desde una esquina tus ojos celestes me llamaron. No digas nada, ya sé que no comprendes, que quizás te va a doler, que nunca entenderás. Pero de todas formas, para que se filtre la luz en estas palabras, resultará mejor comenzar desde mucho antes, verdad; acaso desde los tiempos en que siendo una niña saltabas a la cuerda entre los almendros florecidos de tu patio, desde la era de los domingos marineros en que las carnes terrestres escaseaban pero que entre casa y casa (la tuya y la mía de la misma cuadra) podían viajar bandejas de ceviche, cholgas frescas, budines de sierra, desde las tardes convalecientes en que la pantalla intrusa de un televisor nos iba haciendo vivir las peripecias de una hermosa muchacha italiana que venía a casarse —digo que *venía* porque es aquí donde venía, aquí donde estoy, y quiero contarte que ni un día deo

de pasar por el Ángel o por las aceras de esas torres inmensa que ella miraba boquiabierta —a casarse venía con el viejo pastelero don Vittorio, pero que en el camino se tropezaba con dos brazos más fuertes para hacerla caer y dar tumbos y un par de ojos potentes capaces de derretirla como mantequilla y de obligarla a cambiar el rumbo de sus aficciones; desde las noches de chiquillería en que terminando una botella de tinto yo las escuchaba inventar en pandilla siniestras canciones sobre vampiros que vagaban solos por el cementerio chupando sangre; es decir, también ese tiempo en que para casi todos los habitantes de nuestra geografía extravagante se abrían amplias las alamedas que conducían hacia aquella tierra prometida en que como afirman los viejos partisanos franceses *les gens au creux des lits font des rêves*. Ya sé que no son muchos los días del calendario que dividen el tiempo entre la partida sin adioses y esta carta que te escribo con la cabeza blanqueando para que nunca llegue a destino. Sin embargo, sí es verdad que ha pasado agua bajo los puentes del Mapocho, agua roja algunas tardes, desde entonces, agua ensangrentada y rabiosa.

A veces estoy bien y a veces estoy mal. Desde luego no me quejo: hay algunos que solo están mal siempre; otros que nunca volverán a estar bien —todo lo dicta la hondura de la marca— y también hay los que ni siquiera *están*, al menos con los pies plantados sobre la tierra, los que partieron antes metiéndonos la daga, el flaco aquel de los pasos aéreos y los viejos boleros de la década cuarenta, recuerdas, el que lo daba siempre todo por los demás, el médico de la otra cuadra que no logró aplicar sus golpes de karate cuando las delaciones de la fiambarrera decretaron su muerte, el gordo Teobaldo, de la bomba de bencina, que siempre te miraba con una sonrisa tierna y perdida, como las de Chaplín, y tantos, tantos otros, más allá de las fronteras del barrio. Sabrás naturalmente por mis cartas que es bien rara la condición del exilio. Parece que se extrañaran las cosas con mucho mayor intensidad que en otros viajes: el color de las tardes santiaguinas cuando al cruzar una calle miras disimuladamente al oeste y te golpea la violencia del sol deformándose en su choque contra el

horizonte, la temperatura de cada mañana luminosa, el cañonazo del cerro a mediodía, las callecitas del barrio, el almacén de don Memo donde hasta entonces quedaban botellas de vino viejo a precios rebajados, los vecinos que se cruzan a diario en tu paso hacia Irarrázaval, hasta la misma sonrisa de hiena de los “momios” de la esquina y el ladrido de los perros de toda la manzana, el aleteo de las palmeras del patio de mi casa golpeando los postigos, el olor a cazuela de los domingos, el aplastante saludo matinal de la cordillera con sus tonos púrpuras y rosas, con sus pliegues de viejo paquidermo, el estornudo alérgico bajo la invisible nevazón de polvillo de los plátanos orientales, todo, todo cobra nuevas dimensiones desde lejos. Pierdes el centro, sabes, has dejado de tener un lugar donde afirmarte.

Sí, desde entonces hasta tu primera carta también fueron las cosas diferentes. Tiempo interminable de locura y penurias de la mente enferma, de violento desarraigo y de plantas que van creciendo en tu ventana sin que se percaten las ropas y los objetos que aún dentro de tu maleta aguardan el regreso. Tiempo de una güerita que se ha hecho adolescente sin mis ojos vigilantes y asombrados.

Fue entonces, después de nuestras cartas iniciales, del momento preciso del tiempo en que te determinas a extrañarme con dolor y a quererme más, que yo decidí encontrarte de todas maneras, contra huracanes y mareas encontrarte, porque supe de pronto que no solo estabas allá, en una callecita de Santiago arropada en tu cama tosiedo de resfrío, aprendiendo a manejar el auto del pololo, sirviéndole una taza de café a tu padre cuando desmoronado llega del trabajo, esperando en la esquina la Ñuñoa-Vivaceta o comprando un helado de frutilla cerca del Liceo, llorando enloquecida por el reciente asesinato de tus primos rebeldes, mordiéndote las manos para no gritarle a tus vecinos de lado y lado la verdad de lo que son, sonriendo tus ojos celestes en la micro a un joven que te liga sino –supe– que también andabas por esos parajes de inagotable selva urbana vagando por el Zócalo, metiéndote dentro de los parques, asombrada de todo el desconocido mundo de Valeria en que me buscas sin siquie-

ra sospecharlo, ignorando que yo pueda existir sobre la tierra. Por eso entonces te pedí las fotos: todas las que pudieras, todas-todas, para ir reconstruyéndote día a día desde niña, hasta la última foto y hasta las próximas, mes a mes, porque tenía que grabarme a fuego lento tu retrato en el alma, llegar a ser capaz de distinguirte entre las multitudes, de sentir desde lejos tu presencia. Y empecé a mirarte a todas horas, detalle a detalle, facción por facción y entre una foto y otra fui moviendo tu sonrisa, pestañeándote los ojos, agitando tu cabello al viento de las tardes de verano, dejando que la lluvia mojara tus mejillas, te fui haciendo correr en cámara lenta, desplazarte por los aires, trepar árboles –y mes a mes me mandabas una nueva–, estudiándote fui con toda la potencia de mis sueños, hasta que un día de repente supe, dije ¡ahora!, se hizo la luz y supe no solo ya la foto, es decir cómo eras en un solo momento del tiempo, sino cómo eras siempre, cómo serías, cómo habías sido, cómo llegarías a ser en cualquier etapa de tus años. Entonces comencé a buscarte. Por calles y plazas anduve tras tu huella, aplané todos los barrios con mi suela mísera, me trepé cantando en todos los tranvías, vigilé la salida de aeropuertos y estaciones, fui recorriendo fila a fila los estadios, sobrevolé campos y desiertos, nadé en todas las playas sabiendo que existías también en este lado del planeta. Hasta que una tarde, güerita de los ojos celestes, finalmente di contigo, te vi después de la lluvia marchar hasta el teléfono de la esquina y me paré a esperarte. Estabas linda como siempre, luminosa y magnífica, tal vez unos diez años más mujer, y balanceabas el paraguas en cada uno de tus pasos. Te vi mirar los autobuses sin saber sobre cuál tenías que viajar. Me detuve, pues, al lado tuyo y esperé tranquilamente a que me hicieras la pregunta. Te contesté que no (desde luego era mentira), que ése doblaba antes, que esperaras el Copilco. Pero el hecho fantástico, lo que verdaderamente importa, es que la magia ya había dado su varillazo: estábamos nada menos que tú y yo, güerita, juntos en la misma esquina del mundo comunicándonos, mirando desde las tablas con ternura al inocente público que se deshace en aplausos tras la apertura del telón.

2. Cambio de máscara

–No eres mexicana, ¿verdad? –pregunté mirándote iluminado.
Me devolviste la mirada a los ojos, quizás desconcertada.

–Soy uruguaya.

–Yo soy chileno –te dije, sabiendo en el fondo que tú también lo eras, que daba igual–. ¿Llevas mucho aquí?

–Apenas cuatro días, ¿tú?

–Ya casi un año... ¿Te viniste por...?

–Sí –dijiste bajando la vista.

Entonces dije que tenía el auto a media cuadra, que te llevaba a la universidad. Que olíamos a sur.

–Bueno –contestaste sin vacilar.

–“Aventón” se dice aquí.

Sonreíste, güerita, como los ángeles, y nos alejamos de la esquina.

Después de todo, pese a que el auto no era mío, creo que el huevón en realidad fui yo, porque sabiendo cómo se desplazaba por el mundo el Mexicano, se me ocurrió decirle justo a Mario que fuéramos juntos, que nos engullíamos un par de platos y un botellón y antes de las tres estábamos de regreso en el “laburo”, como se debe, que el tipo verdaderamente valía la pena, que yo lo conocía bastante.

Esto, claro, resulta mentira si les confieso que solo había estado otras dos veces con él, pues hablando a calzón quitado –y poco mérito que lo admita ahora–, de haberlo conocido bastante, al que menos en el mundo se me hubiera pasado por la cabeza invitar es a Mario, porque, bueno, obvio: a él sí que lo conozco. Habría ido solo simplemente y en estos momentos no estaría obligado a cada rato a tragarme como un jarabe de los malos la cara desencajada y hasta furibunda de Mario, aunque desde luego reconozco que tiene sus razones.

–¿Y qué hace el Mexicano? –me preguntó, cuando por Avenida Grecia nos deslizábamos flamantes en el Fiat 600 con la nariz apuntando hacia el Club, a un almuerzo que se ofrecía de primera.

–Trabaja en cosas agrícolas –le dije–. Se vino de México a colaborar en la reforma agraria. Solo cae por Santiago algunos fines de semana –se lo dije como asegurándole que era una gran suerte contar con él un día lunes y que por lo tanto teníamos que felicitarlos de que le hubieran dolido las muelas. Se lo dije también un poco de la boca para afuera, si pensamos que el original de su novela que me había prestado sufrió una de esas pérdidas fatales y que por tal razón los deseos que tenía yo de verlo eran mínimos, a pesar de que el tipo me gustaba, fundamentalmente debido a que su risa repercutía como un estrépito. –También es escritor–, agregué echando una risita por lo de la tarde en que a Pancho y a mí (Pancho es Premio Nacional y todo) nos tuvo unas cuantas horas escuchándole una especie de poema general que despegaba en décimas con la creación y terminaba allá en la guerra atómica. La Unidad Popular había triunfado y por eso, al llegar a la casa después de una reunión de CUP larga y aburrida (soy de los pésimos para la reunión), me sentí feliz de escuchar por teléfono la voz de Pancho diciéndome que partiera de inmediato a su casa, que tenía buen blanco heladito, cinco kilos de almejas y un mexicano chistoso como la misma cresta. En qué estaba: ¿éramos o no éramos?

–¿Qué escribe? –preguntó Mario interesado.

–De todo: novelas, cuentos, teatro, ensayos... y hasta poemas generales.

–¿Poemas generales? –Mario es profesor de literatura y en cuanto a términos hay que andarse cauteloso con él.

–Bueno –le dije–, sí; poemas más o menos generales.

No quise ni mirarle la cara cuando me di cuenta de la idiotez que había dicho, pero pienso que más que asomar la mueca irónica o el desconcierto, esta vez su expresión debe haberse teñido de sospecha, de como si yo le estuviera tomando el pelo o algo así, porque Mario es de naturaleza desconfiada.

Y qué quería que le dijese. El mismo Mexicano había dicho aquella tarde después de mucha almeja con limón y de chorrearse entera

la camisa con vino tinto desde la bota de cuero que le mandaron a Pancho de Punta Arenas, que nos iba a leer su “poema general”, aún inédito. Y partimos. La primera media hora fue todo eso de que al comienzo todo era tinieblas, y la luz y las aguas, en fin. Después parece que vino el fuego y otras cosas de la historia del hombre; la segunda parte llegaba hasta Cortés y el chingado de Moctezuma haciéndole regalitos a los españoles, contrariamente a Cuauhtémoc, más parecido, pensé, a nuestro guerrillero de Arauco. Por aquí fue cuando Pancho se levantó del diván en que estaba semiechado, se engulló otro vaso de blanco y le dijo que ya estaba bueno, huevón de Mexicano, que no siguiera, que por muy macanudo y muy general que fuese su poema,, no podía tenernos toda la noche escuchando huevadas, y que no lo decía porque el general poema fuera una huevada, sino porque su manera de hablar, huevón, era así y que para después de un festín de mariscos resultaba demasiado postre escuchar en versos la historia de la humanidad. Pancho entonces se sentó de nuevo y el Mexicano, apenas el silencio se hubo hecho,, prosiguió como si nada, tranquilamente monótono, la lectura de su obra. Por esas alturas se me cerraron los ojos, sumido en una confortable poltrona de badana envejecida, y ya no desperté hasta que la bomba caía sobre Hiroshima y la tarde se había quedado definitivamente atrás, tragándose también el sueño de Pancho aunque no el del Mexicano, que impertérrito y con pocas vacilaciones seguía leyendo como si leer fuese para él la única tabla de salvación.

–Te va a caer rebién –aseguré, mientras ya íbamos llegando a la barroca callejuela donde se encuentra el Club. Mario me miró como responsabilizándome de antemano si las cosas no resultaban así.

–¿Hasta las tres?

Le reiteré mi palabra.

En el salón oscuro del Club, encajado en un sillón como un gran insecto tullido, nos esperaba el Mexicano. Estirando sus extremidades se levantó al vernos y vino a darme un abrazo. Mario lo miró sorprendido y yo me percaté de que mi pinche memoria había pasa-

do por alto la descomunal estatura de este cuate ahora tostado por el sol de los campos y tupido de una buena barba.

—¡Carajo, hermano! —Me dijo—. ¡Ya creía que este encuentro no venía nunca!

Y la verdad es que yo cuidadosamente lo había evitado porque se me formaban nudos en las tripas de solo pensar que tendría que contarle la verdad: que los originales de su novela los habían perdido en la editorial y aunque había hecho remover cielo y tierra, no aparecieron nunca. Por eso cuando hablábamos por teléfono, yo erróneamente espantaba cualquier acercamiento a un encuentro personal, porque si con más valor hubiera afrontado esta realidad y le hubiese dicho vente a mi casa y hablamos, o juntemonos donde Pancho, o cualquier cosa, no habría llegado anteayer con Mario al Club y ahora mi amigo y colega no las estaría emprendiendo contra mí a cada rato y donde sea, desencajado como anda y todo, culpándome de cosas de las que soy tan inocente como de haber nacido hombre. Ya le dije que no le iba a aguantar más y que la cortara y también tuve que gritarle que se fuera de una vez a la cresta, que qué se figuraba: yo, esa tarde, después de los sucesos no le había dado ningún consejo, y si él lo tomó así, pura mala cueva pues lo único que hice fue decirle que él, a pesar de haberla cagado en forma, tenía derecho a que alguna vez le toleraran una salida de madre porque, total, como no era cosa de todos los días qué diablos, descontando lo de la niña y lo de la chiva que le telefonó a Lucía cuando íbamos en la segunda botella de vino. Pero si la sigue agarrando conmigo como causa de todos sus males, voy a tener que cortar por lo sano y lo siento, porque fuimos siempre amigos en las buenas y en las pésimas y no podría ser tan maricón como para desconocer que cuando a mí me agarró la mala racha y andaba por ahí más muerto que vivo arrastrando las patas y llorando solito mis penas por haber perdido pan y pedazo, él y Lucía se portaron como nobles firmes y me aguantaron sin quejas; o como para no acordarme de lo bien que lo pasábamos cuando teníamos que juntarnos tres o cuatro días a terminar alguna traducción o algún texto de estudio, y nos encerrábamos a lo primitivo en cualquier casa, la suya o la mía, o

hasta en el departamento de Yoshío, el japonés. De esto, claro, hace harto tiempo. Quiero decir: éramos bastante jóvenes y pensábamos con mayor fuerza que si no hubiera risa, *qué* mierda habría. Además, no entrábamos todavía de cabeza en esta etapa del proceso revolucionario que a los dos nos tiene —cada uno a su manera— metidos más o menos hasta las orejas haciendo trabajos, como en los días del paro del octubre (más que paro fue una guerra sin balas), que jamás habríamos soñado en hacer, pasando también de una reunión a otra y, en fin, enfrentando cada una de las tareas que reemplazaban al fusil. Porque lo del departamento de Yoshío fue mucho antes del setenta, año del triunfo. Y a propósito, de por esos días sí que le tengo guardada una a Mario.

—Pos ora ya vino —le contesté al Mexicano hablando a lo mexicano y refiriéndome a este encuentro que él creía que no venía nunca.

Nos sentamos a la mesa larga de uno de los salones del Club y le pedimos a Rogelio que para comenzar nos trajera gin con gin.

—Y que sea doble —dijo el Mexicano—. El *gin*, no el gin.

Disfrutamos un buen almuerzo riendo bastante, que para eso los tres éramos de una sola pieza, sobre todo Mario, y como al final de la segunda botella de un tinto mediocre, me animé a confesarle al Mexicano el destino de su novela, lo que nos dio motivo para otras largas carcajadas, debido a que era copia única y la chingada, mano, pos que escribía otra y mejor todavía, con más alma y más estilo y en esta metería el asunto de por qué había quedado solo y trataría también, mierda, de explicárselo, y se calmaron las risas y vino esa tristeza por todo lo perdido, por haber sido *el viajero que no implora, que no reza, que no llora, que se echó a morir*, y también hablaría en ésta de Guanajuato y de las buganvillas y de la mariconada de la Lupe. El Mexicano se paró y salió de la sala.

—Este huevón es el descueve —dijo Mario, que sabía también apreciar a quien puede reír y, sobre todo, a quien es capaz de reírse de su propio ser y hacer mofa de su propio infortunio—. Podríamos juntarnos en mi casa el próximo sábado.

El Mexicano entró junto con Rogelio que venía a sacar la mesa y retornó a su asiento.

—Oiga, nos trae otra —le dijo a Rogelio.

Rogelio me lanzó una miradita como para saber a qué atenerse: así lo hemos convenido con el fin de que no se nos atornillen nunca los pesados.

—Oye —le dije al Mexicano mirando acto seguido a Mario—, nosotros ya estamos casi en la hora y tenemos mucho trabajo, de modo que yo, al menos, no tomo más (“yo tampoco”, dijo Mario antes de salir al teléfono), así que si te da el cuero para toda la botella...

—Yo sí, mano. Yo me la tomo toda. ¡Toda! —gritó, alargando la “o”; después se puso triste y todavía después se echó a reír con una carcajada de tronadera.

Volvió Rogelio con Mario y la botella y le sirvió únicamente al Mexicano.

—Le avisé a Lucy que me es imposible ir a buscarla —dijo Mario.

—Así me gusta, ganchito (como dicen aquí).

—¿De qué parte eres? —le pregunté al Mexicano.

—¿Que qué?

—De qué parte de México.

—Soy de Guanajuato.

Me largué a reír, que para eso estábamos, y Mario también. El Mexicano nos miró desconcertado. Quizás fue un error de Mario echarse esa risa, pero qué hacerle: también conocía el disco, de modo que para que el Mexicano no fuera a interpretar mal las cosas, decidí contarle: eso de las palabras del embajador de México durante el concierto de Pedro Vargas en el Carnegie Hall, cuando a lo puro mexicano hablando inglés se refiere a la significación que tiene el tenor para su país y se enorgullece además de ser hijo de un hijo de Guanajuato, igual que Vargas, y también músico. Mario, después de mi relato, imita el mal inglés del orador y nos reímos como bóhdos, menos el Mexicano, que ahora ríe poco y le da sus ojeadas hostiles a

Mario. Sí, del mágico Guanajuato venía él, y de chico muchas tardes había conversado con el blanco pelícano del lago y había emprendido largos y aventurados viajes sobre el lomo del cocodrilo de piedra en la orilla, y había derrotado el miedo a las espeluznantes momias alineadas en aquel subterráneo y, carajo, como que era macho que a sus dos hijitos, que vivían en el Distrito Federal, los habría de llevar un día a ese lago de la ciudad mágica de su infancia, porque a los niños no los podía dejar siempre solos tampoco.

—Ustedes son unos chingados —nos dice—. Tómame otro vaso, cabrón.

—Tenemos que irnos.

—Uno más, par de cabrones.

Mario es el primero en aceptar.

—Brindemos por la risa —dice—. Porque si no hubiera risa, yo no sé qué huevada habría.

Era su vieja frase.

—Por la risa —sigo yo—. Por los felices momentos que le debemos a Laurel y Hardy.

—Por ellos.

—Y Chaplín.

Fue la copa demás, la gota rebalsadora, y al vaciarla supe que esa tarde ya tenía otro destino, que ni Mario ni yo llegaríamos al trabajo, justo en estos tiempos cuando el trabajo era el arma primera de la revolución, cuando cada tipo decente de este país entregaba las horas de su descanso a las jornadas voluntarias; que el Mexicano no iría al dentista.

—¿A qué hora tienes dentista?

—¡No! Lo cancelé, chingado. Fui a llamarlo y a decirle que se fuera a la chingada el jijo, que no me dolía hoy la muela. Porque desde que entraron ustedes supe, nomás les vi las caras y supe que ya esta tarde no había dentista.

—Y ahora —dijo Mario—, un corridito antes de irnos —y sin pedirle permiso a nadie partió cantándonos uno muy mentado de lo que había pasado allá en la Hacienda de la Flor.

Guanajuato no brindó su compañía y volvió a mirar a Mario algo así como diciendo que era la última que le aguantaba.

Sin embargo, después de la muerte de Charrasqueado vinieron otros de los fáciles y cuando éstos nos dejaron sin repertorio, nos pusimos un poco “perdonenme” como quien dice, y nos echamos entre copa y copa “Rosita Alvírez”, el de “Cananea” y en un momento de gran inspiración y lucidez, me mandé solo “El hijo desobediente”, de los más difíciles. Rogelio llegó a decirnos que bajáramos la voz, que uno de los que almuerzan en el Casino se había quejado, que solo un ratito, los tipos ya se iban y quedábamos dueños del Club. Mario, de súbito, fue hasta el puesto del Mexicano y lo abrazó.

—Viejo lindo —le dijo con gran ternura—, ¡putas que estoy feliz de haberte conocido! Lo he pasado rebién —y le hizo unos cariñitos en la cara—. Tenemos que vernos de nuevo.

—Ora no se van a ir, rajones —dijo Guanajuato, deshaciéndose molesto de las manos de Mario que recorrían su barba.

Mario es así; un par de tragos de sobra y este intenso y a ratos pegajoso amor por los amigos se le deja caer desde quién sabe dónde. Los abraza, les revuelve el pelo, y en algunos arrebatos hasta les da sus besitos en la mejilla, diciéndoles “putas que te quiero, viejo lindo, ven para acá, ¡ven mierda!” (si acaso alguno le opone un tris de resistencia).

Creo que con los años, Lucía aprendió a tolerar estos raptos que en un comienzo no le aceptaba, como muchas otras cosas tampoco nunca le ha aceptado, porque Lucía tiene su carácter y Mario —hora viene siendo que lo diga— es mantequillosamente débil. Por eso, esta tarde de que hablamos, ya más bien anocheciendo, antes de que se volviera a entrar a su casa, quise decirle algunas cosas. Pero consejos no le di, como lo sostuvo frenético delante de varias personas hoy en la mañana, después de haberme dicho, sin que viniera ni al caso,

que cada vez que me acordara del Mexicano le sacara cinco veces la madre al carajo. Y por qué no se la sacaba él, me defendí, yo no, yo lo estimaba. A pesar de todo.

—Por ora no nos vamos —exclamó Mario imitando entusiasmado y a la perfección la voz y el acento de Guanajuato y dándole nuevos apretones.

—Mira tú, por qué no te vas a tu asiento, chingado.

—¿Qué te pasa conmigo, Mexicano? ¿No quieres que seamos amigos?

Guanajuato desenrolló con algo así como floja brusquedad su par de metros y le dio a Mario un empujón, mirándolo con ojos de asesino nato.

—¡Te sientas, cabrón!

—Bueno, ya me siento; pero tú también me explicas qué te pasa conmigo.

—¡No te explico nada! A mí nunca me explicaron nada, ¿por qué yo voy a explicar?— concluyó, dándole a Mario otro empujón que casi lo tira al suelo y acorralándolo luego hasta su sitio, hasta sentarlo. Mario parecía un enano enclenque y aterrado—. ¿De dónde sacaste a este cabrón? —Siguió Guanajuato, mirándome, como ávido de una respuesta rápida.

—Oye —me dijo con los ojos tristes Mario, mientras el grande volvía a su puesto—, ¿qué dije yo? ¿Por qué este mexicano me odia, qué pasa? No me deja ser su amigo. Dime, ¿yo le hice algo, le dije algo? —Preguntaba en serio.

—A veces te pones latoso. Hablas mucho y dices huevadas. A lo mejor es eso, no sé, yo hace rato que estoy en otra onda.

Estaba en verdad pensando que era una cabronada haberse dejado atrapar.

—¿Y éste quién es? ¿Quién es? —Insistió Guanajuato.

Y para apaciguar los ánimos empecé a contarle quién era, desde cuándo nos conocíamos, las astracanadas que habíamos hecho

juntos, lo que nos ayudamos cuántas veces, la época de Finger y el gringo Miller y todo eso, pero no sé por qué se me soltó la sangre del ojo y tuve que entrar en detalles justo en lo de la Yolita, haciéndola de oro.

Fue cuando a Mario y a mí el japonés Yoshío nos prestó su departamento de Miraflores para que trabajando duro unos cuatro días, enclaustrados sin ver a nadie, ni amigos, ni familia, ni mujer, condenados a hoja y lápiz, pudiéramos terminar un texto que debíamos entregar a fecha fija. Después de tomar posesión y recibir las instrucciones de Yoshío, que partía en gira al norte, dejé a Mario arreglando los materiales y bajé a comprar pan, queso y algunas latas de conservar y ahí, en el mismo almacén, me encuentro con la Yolita, una amiga de otros tiempos, pidiendo aceitunas, pickles y de cuanto había. Vivía ahora muy cerca y se aprestaba para una fiesta que ofrecía por la noche a sus amistades, que fuera, me dijo, que iba a estar la Teresa, un amorcito también de antaño, que no dejara de ir, a las diez. Le expliqué en lo que yo andaba y lo apurados que estábamos con nuestro trabajo, pero ella que nada de cuentos, lindo, también había que refrescarse un poco entre jornada y jornada, de modo que iba nomás aunque fuera un rato corto, la Tere se pondría feliz, no le diría nada para que resultara sorpresa, andaba sola, iba nomás sin falta, y que llevara también a mi amigo.

Le dimos duro con Mario hasta las once y nos quedó la cabeza como colador, de modo que entre once y once treinta decidimos congratularnos relajadamente con un par de whiskies del escocés que manejaba Yoshío, mientras yo le contaba nostálgico a Mario de Tere, Yolita y esos tiempos. Después nos refrescamos un poco y a media noche, con algo de ánimo en las venas y otro tanto de hambre, tocábamos el timbre de la fiesta. Para qué entrar en detalles, vamos al hueso: a los diez minutos, la Tere, un poquito más gorda pero siempre linda, alta, tersa y con su sonrisa de diosa, me tenía desabotonada la camisa para que su mano corriera sin trabas por mi torso y pellizcara mis tetillas y buscara mi ombligo mientras sus labios jugueteaban con mis orejas. Siempre que me encontraba

con Teresa, por más a lo lejos que fuera, pasaban cosas así. Demás está decir que ahora, a medianoche, los tragos ya habían levantado burbujas en la reunión, mientras Mario bailaba uno que otro ritmo tropical, flirteaba con una colorina y le contaba chistes a Gaspar, el hombre feliz, pololo eterno de Yolita, casado como siete veces e imbatible de sonrisa.

El Mexicano gozaba con mi narración, reía y preguntaba, me daba palmetazos en el lomo, decía que él tenía su amorcito chileno, pero que ya se estaba poniendo loca con lo de comprometerse y eso. Mario, ensimismado, de seguro hacía el viaje conmigo, su propio viaje, claro.

Bueno, traté de correrme como pude, sin dar pie a compromisos, porque debíamos trabajar desde las ocho al día siguiente y por supuesto que necesitábamos cierta lucidez, pero Teresa ha sido siempre de ideas fijas y se le había puesto entre ceja y ceja que esa noche era nuestra, suya y mía, así que cuando vi que negarse era causa perdida, hablé con Mario y le expliqué: se trataba de que él se alojara en un hotel (yo le pagaba) para que la Tere y yo ocupáramos el departamento. Mario se negó rotundamente y hasta casi me convence de que hay que trabajar temprano, que me vaya con él.

—¿Así es éste de pendejo? —dijo el Mexicano, mirando a Mario al fondo de los ojos.

No hubo modo de persuadirlo, y al final Teresa y yo nos fuimos al París y pedimos una pieza. Eran las tres de la mañana y a las cuatro, después de haber hecho el amor flojamente, desabrido, con más licor que ganas, empecé a vestirme ante el escándalo ebrio que Tere estaría propinándome tal vez como castigo a mi mal comportamiento. Ella me miró segura y desafiante, segura de que eran bravatas mías, de que no pensaba irme. Sin embargo, cuando me encajó el abrigo, salí mariconamente dejándola solísima en esa cueva sórdida donde el olor a sémenes flotaba en el aire. Fue un error. Era invierno y en la madrugada helaba. Caminé las seis cuadras hasta el edificio de Yoshío entre los vahos de una neblina espesa hasta chocar de

narices con la puerta muy cerrada. Entre pucho y pucho, calentándose las manos con el humo, esperé una media hora por si algún noctámbulo morador llegaba con su llave salvavidas. Todo inútil. Y como hasta casi sin dinero me había quedado (tanta compra y tanto hotel), no tuve otro remedio, Teresita histérica, que montarme a un trolebús y tratar de echar unos sueñitos entre paradero y paradero, hasta las ocho de la mañana...

—Oye tú: eres una mierda, cabrón. ¿A que si era lo contrario y éste te dejaba el departamento? Pero tú no; tú, primero tú, después tú y al final tú. Eso eres, chingado. Un “don todo para mí”. Un pequeñoburgués de mierda Tú no le sirves tampoco a la revolución.

—¿Por qué me odia tanto este gallo? —me dijo Mario, lleno de angustia—. Lo único que he hecho es querer ser su amigo—. Oye, Mexicano —dijo levantándose—, arreglemos de una vez esta huevada. Dime si acaso te ofendí.

—Sí, Rogelio, tráete la otra.

Guanajuato se había plantado dos botellas más casi solo y respondió con una sonora carcajada. Mario esperó y luego también echó a reír y yo, para no quedarme atrás, también eché a reír y estuvimos como una hora carcajeándonos sin parar, casi hasta la asfixia.

—Así me gusta, Mexicano.

Mario había recuperado su confianza y se le acercó cantando *si acaso te ofendí, perdón*, que debe ser de la época de Leo Marini, y ya lo iba a abrazar de nuevo cuando Guanajuato le mandó un codazo que, si se lo da, le vuela dos costillas, como que lo lanzó, al propio Mexicano, al suelo, donde echo un enorme guiñapo convulsionado siguió riendo otro poco y después de decir Jaimito, Jaimito y changuita, changuita, cambió a llanto y de ahí no lo sacamos. No pudimos con él y tuve que llamar a Rogelio para que nos ayudara a tirarlo sobre un sofá.

—Qué gran tipo es este huevón, pero tiene mala cura —me dijo Mario.

El Mexicano estaba inerte, con el rostro convulsionado de un rojo febril que disparaba destellos a través de la barba. Me zampé

otro vaso de vino y Mario, de pronto, como regresando desde algún lugar lejano, miró el reloj, lanzó un “chuchas” y se golpeó la frente como cuando a uno se le para un zancudo:

—¡La niña! —Dijo—. ¡Tenía que ir a buscarla a las cuatro y media!

Miré también el reloj. Eran las seis y había por lo menos media hora desde el Club a Ñuñoa.

—Bueno, ¿qué hacemos con este huevón?

De nuevo fui yo el de la idea genial: era mi día.

—Subámoslo al auto —dije—, vamos a buscar a la Vero y luego a tu casa. Le damos un café cargado y después lo metemos en un taxi.

No sé qué temores correrían en ese instante por la mente de Mario, porque me dio una mirada penetrante llena de sospecha. Pero el tiempo apremiaba y no eran momentos para discutir. Otra vez con la ayuda de Rogelio colocamos a Guanajuato en el asiento delantero del Fiat, yo monté atrás y Mario partió con un pique relativamente zigzagueante.

—¿Quieres que maneje yo? —le pregunté sin creermelo más sobrio, pero sí menos nervioso.

—No, no; si estoy bien.

El Mexicano dio vuelta la cara y miró a Mario. Quiso decir algo, pero se le perdieron las palabras. Movié la cabeza en gesto de resignación de lado a lado. Mario no tenía remedio, eso es lo que quería decir.

—Puchas, la Vero me va a matar. Dos horas. Pobrecita.

En una ocasión fui con Mario a buscarla y ardía tanto en ella la ira por quince minutos de atraso, que se negó a saludarnos y no nos dirigió la palabra en todo el trayecto. Era una chica de gran personalidad. Había cumplido diez años y ya dominaba a una familia entera. Traté de acordarme de algo que no sabía qué era. Avanzábamos a toda marcha por Providencia justo a la hora de las lolas mostrándose esplendorosas de muslo y seguras, vestidas a todo color y lengüeteando enormes helados con coronas de chantilly. También era la hora

de los pendejos vendiendo *Patria y Libertad*, un pasquín fascista que ofende a la patria y atenta contra la libertad, y que los señores momios suelen comprar desde el volante de sus insolentes vehículos.

Verónica pasó a sentarse atrás, a mi lado. Sus ojos estaban llorosos y otra vez intenté acordarme de algo. No quiso hablarnos ni responder preguntas. Quizás pensaba que dos horas de atraso merecían un castigo feroz como el lobo, dos horas sentada en ese banco cuando ya los alumnos se han perdido en la ciudad, en esa triste desolación de un patio inmenso, de altos muros color ladrillo verdes de enredadera, en esa muerte lenta que caracteriza a todo colegio en el anochecer. Mario en dos cuerdas le pidió mil veces perdón y le ofreció un futuro lleno de helados, pero ella no aflojaba: ni mil helados, decían sus ojos, podían pagar esas horas de soledad, de aburrimiento, de miedo. Detenidos frente a una luz roja, el Mexicano abrió la puerta y quiso bajarse. Había mirado a Vero y quiso bajarse como si la depresión una vez más le hubiera caído encima desde el pasado. Yo de atrás y Mario del volante, lo sujetamos y lo tiramos hacia adentro.

—Ya, huevón. Déjate de hacer huevadas.

Corríamos hacia la cordillera sin ánimo de mucha risa ahora, más bien lánguidos y desolados. Dos veces más, frente a semáforos con roja, Guanajuato intentó bajarse, pero se lo impedimos. Se nos había metido, como idea fija, el propósito de primero darle un café cargado y luego ponerlo en un taxi que se lo llevara p'al carajo si quería. Cada vez que intentaba bajarse, Vero me miraba con una firme interrogación en los ojos y yo la miraba sin abrir la boca. Fue en la esquina de Irarrázaval que logró burlarnos y salió del auto diciendo que éramos unos chingados. Con sus manos enormes asió firmemente la puerta por su parte posterior y comenzó a darle golpes y jalones como tratando de arrancarla. Era desconcertante la imagen de ese gigantón emprendiéndola con una puertecita que le llegaría a la cintura. Además, eso crujía, lo que infundió más espanto a la mirada de Vero. La expresión de Mario se desenchajó. La niña comenzó

a llorar y a temblar y tuve que consolarla a cariñitos en la cabeza y palabras tiernas. Que no temiera, le dije. Que estaba ahí su papi, y estaba yo, y nadie iba a hacerle nada a ella. Pero ella no le quitaba los ojos al energúmeno y cada vez era más voluminoso su llanto. Se aglomeraron frente al vehículo algunas personas que hacían cola para cigarrillos en el kiosco de la esquina y Mario se apeó y dio una carrerita nerviosa hasta la otra puerta. Parecía un enano al lado del monstruo.

—¡Me está destruyendo el auto! —gritó hacia adentro en una angustiada petición de auxilio.

Bajé también y acudí al lugar de los hechos. La puerta y la parte delantera del coche estaban bastante abolladas. La fuerza bruta había cumplido su misión. Ahora la puerta colgaba y se veía a las claras que no volvería a cerrar. Guanajuato entonces se agachó y comenzó a empujar el vehículo con el lomo, como en un intento de voltearlo. Se escucharon los gritos aterrados de Verónica y eso hizo su milagro, porque empezamos a doblegar a la bestia, ¡ya, vamos, mierda! (vamos y dejemos aquí a este huevón, dijo Mario), y tras algunos forcejeos, éste se dejó meter de nuevo al Fiat. Le acomodamos la puerta bajo el brazo, con la manilla sujeta por su potente mano, y le dijimos que no la soltara porque nos íbamos a la cresta todos.

Yo sé que para nadie es gracioso que le destruyan lo suyo, sé que la destrucción bruta es antinomia de cultura, sé que cualquier arreglo cuesta un ojo de la cara y que los repuestos están escaseando cada día más porque no hay divisas, y sé que Mario estaba muy lejos de merecer este castigo como pago de odio al amor que había estado desplegando toda la tarde. Que me perdone entonces por la risa que me atacó durante las cuerdas que quedaban y que en algún momento contagió al Mexicano, pero no a Mario. Hubiera querido tragármela, pero la imagen del Mexicano dispuesto a terminar para siempre con ese inocente Fiat mientras Mario, pálido, gritaba que se lo estaba destruyendo, y la imagen de Vero, atrás, llorando a mares de puro miedo mientras yo intentaba vanamente consolarla, me

atosigaban. Había sido un gran espectáculo; eso hasta Mario tendrá que reconocerlo con el tiempo, porque ahora no solo no reconoce nada, sino que anda hecho una pantera, saltando y encendiéndose al menor chispazo culpándome a mí de *todo*, no solo de lo del auto. Un espectáculo grande, nutrido de bestialidad y vitalidad, de goce y pánico intensos, pero yo diría que sobre todo, a pesar de los daños, había sido un espectáculo cómico. Por la inocencia con que quería el Mexicano destruir el auto; por la amarga impotencia de Mario; por el asombro de los pasantes; por el silencioso y alelado suspenso.

Mario manejó las últimas cuerdas muy callado, ya sin amor alguno por este Mexicano que horas antes le había arrancado tanto piropo, ya sin sonrisa sino con rictus, resentido y perplejo, lo cual a su manera también resultaba cómico. La tarde iba cayendo a todo meter cuando paramos frente a la casa de Mario, justo en el momento —como si la implacabilidad feroz del destino se descargara *toda* esa sola tarde— en que Lucía venía saliendo.

Con ojos de ametralladora miró primero el auto y acto seguido al Mexicano. Vero lanzó un llanto sonoro que anunciaba la gravedad de la situación y fuimos uno a uno saliendo del Fiat. Mario le hizo a su mujer un gesto de lo-siento-mucho-qué-le-vamos-a-hacer. Yo conduje al Mexicano hacia el interior de la casa y cuando íbamos en la mitad del patio Mario lanza el grito: “¡Por qué mierda me tienen que pasar a mí estas huevadas!”, y comienza a golpear él mismo la puerta con una furia como de mexicano hasta arrancarla. Quizás fuera reaccionando ante la mirada asesina que debe haberle inyectado Lucía, porque cuando Lucía quiere joder a Mario, le basta con un par de buenas miradas para inutilizar sus defensas. Dejé a Guajuato sentado en el comedor, le dije a la empleada, una trigueña muy agradable, que preparara un café cargado y salí a ver cómo andaban los ánimos y a dar las explicaciones del caso por la parte que a mí me tocaba en este negocio. Mario y Lucía dialogaban acaloradamente. Vero, del brazo de su madre, aprobaba cada vez que ésta decía algo castigando al irresponsable.

—Voy a llamar a Carabineros —decía cuando me uní a ellos—, para que vengan a llevarse a ese bruto.

Y entró a la casa poco menos que a patadas. Mario ya largaba las lágrimas.

—Voy a aclarar con este huevón —dijo, entregado—; me va a tener que pagar el arreglo del auto.

—De acuerdo. No creo que vaya a negarse—, pero que no se lo planteara ahora, le advertí, qué sacaba, el tipo podía enfurecerse más y qué sacábamos, ¿que rompiera la casa también?

Lo convencí de que lo importante era salir de ahí cuando Guajuato se hubiera tomado el café y antes de que se le ocurriera emprenderla a golpes con los vidrios, los cuadros, las paredes, y entré de nuevo a la casa, a ver si podía calmar un poco a Lucy y disuadirla de llamar a los pacos, a jurarle que el Mexicano iba a pagar, que era buen tipo, hombre correcto. Tuve, claro, que morir pollo tragándome con saliva todos los injustos piropos que me brindó Lucy: que ya era grande, que me lo llevaba borracho, que qué diría si se hubiese tratado de *mi* auto, que no anduviera acarreado a su Mario a una vida disipada como la mía. Me quedé de una pieza, pero no respondí. Mi respuesta tendría dos partes, la primera sería sacarles al Mexicano de la casa sin daños posteriores; la segunda vendría después: persuadirlo de que aflojara los gastos del arreglo.

—Ya, no llamo a los pacos, pero llévense luego a esa bestia —dijo Lucía.

Bueno, la mala racha es *racha* y una cosa se va juntando con la otra, a Mario yo lo comprendo. Pero a mí no me va a venir de nuevo con estas salidas de madre en que se le pone que el único responsable de todos sus males soy yo (¿y si Colón no hubiera muerto?), lo mismo que el Papa, que otra vez anda declarando que el culpable de todos los males de la Tierra es el Príncipe de las Tinieblas, como si no estuviéramos en la segunda mitad de un manso siglo que nos ha llevado hasta la misma luna. Va a tener que cortarla, qué más quiere, si hasta le dije esta mañana, antes de saber, que bueno, que

si era necesario le servía de testigo en el presunto juicio. Porque, además, si acaso le causó aún más problemas familiares el hecho de que Guanajuato muy campante se haya orinado sobre la alfombra nueva dejando una poza de envidia, de lenta absorción, eso *tampoco* lo puede cargar a mi cuenta, sin desconocer, claro, que el de la idea de llevarlo a tomar café fui yo. Qué diablos. Las cosas van pasando y cuando ya han pasado no pueden *no haber pasado*. Es lo que traté de explicarle lúcidamente a Mario —para que no se amargara— cuando al bajar del segundo piso lo encontré en el pasillo, echado sobre la pared, decaído hasta la abulia.

—Este huevón ahora se meó en la alfombra —me dijo con aire de resignación. Y después que yo le plantifiqué mi torpe discurso sobre cómo las cosas van pasando, dijo que se entregaba, nada que hacer, que ya le importaba una hueva lo que hiciera ese concha de su madre.

Por eso, antes de diez minutos, íbamos los tres, calle arriba, el Mexicano al medio, Mario y yo a los lados, haciéndole respaldo con los brazos para que no se nos viniera guarda abajo.

A mitad de cuadra, Guanajuato se detuvo, se liberó de nuestras amarras, dio unos pasos de baile neto y empuñando las manos me dijo: “oye chingado, no seas chingado” y se lanzó uno de esos gritos a lo Jalisco y luego una carcajada de terremoto. Yo también me eché a reír. Hacía rato que no reíamos.

—Son un par de chingados —dijo el Mexicano—. ¡Ay, qué chingados son ustedes! —y risa y risa. Era entendible que a Mario ni los gritos ni la risa le causaran tanta gracia, si pensamos que estábamos en su propia cuadra y que ya las ventanas de los chalets se empezaban a poblar de vecinos curiosos.

—Oye, oye, córtala —dijo Mario como cansado de vivir—, que estamos en mi calle.

En ese momento me acordé. Era la escena de cuando Zorba, el griego, le dice al inglés: “qué gran derrumbe fue ése”, y se larga a

reír y el inglés también lo sigue a pesar de que el dinero lo ha perdido él, y me dio más risa y le dije a Mario que se acordara de Zorba, que si era o no era, que largara la risa. Y Mario largó la risa, una risa sonora y pura, de las mejores, y yo encontré en ese momento que valía la pena vivir y reímos los tres como en las mejores horas de la tarde allá en el Club, hasta que la paz vino una vez más a ser turbada desde México.

—¡Todos los de esta calle son unos hijos de puta! —gritó Guanajuato rajándose la garganta y desmoronándose como un cerro.

Tuvimos que pedir refuerzos para levantarlo, llevarlo hasta la esquina y meterlo al primer taxi que pasó, cuando ya era noche definitiva. Con la boca babeante de espuma, Guanajuato balbuceó su dirección y nos miró resentido mientras el taxi partía. Yo estaba como Dios y había decidido quedarme con Mario, que me necesitaba más, porque le habían despedazado su auto.

—Menos mal que se fue ese huevón. Ahora me toca otro *round* con la Lucy.

—De eso quería hablarte.

—¡Lecciones no, huevón!

—¡Quién te quiere dar lecciones!

—Ni consejos.

—Ni consejos. Lo único que quiero decirte es lo que creo.

—Dímelo mañana. Ahora me voy. La Lucy está una fiera.

Pero yo, que no, que tenía que ser ahora, nada de mañana, era preciso que fuese *ahora*. Y le planté otro sermoncito sobre lo que él valía, los derechos que tenía. Tenía derecho a ser tolerado. Debía, por su integridad moral, ser tolerado, mierda. No podía vivir *ni un minuto más* sin ser tolerado, huevón, sin que se le tolerara, ¿entendía?, sin ser tolerado, porque no era lo mismo, pusiéramonos de acuerdo, dejar la crema a diario, noche a noche, que hacer de vez en cuando una cagadita, y de *esta* cagadita Lucy debía sentirse orgullosa en vez

de andar despotricando tanto, como si se tratara del fin del mundo. Pusiéramonos de acuerdo, mierda: la meada del Mexicano en la alfombra había sido una *gran* meada.

—Eso es lo único que quería decirte, huevón. Que tienes derecho a ser tolerado.

Y ahora anda furia conmigo y cree que una puerta del auto es mucho, y una retadita de la mujer es mucho, y una alfombra meada es mucho, y a lo mejor sería capaz hasta de creer que lo que le pasó a Guanajuato es poco, poquito, cuando le cuente que el chofer del taxi no lo llevó a su departamento sino a la morgue, porque antes de medio camino ya se había dado cuenta de que el Mexicano estaba muerto.

3. Como buen chileno

A veces, igual que cuervos mal paridos acechan recuerdos vergonzantes como ahora mientras espero el desayuno escuchando noticias de Japón y entonces metido entre la fila de multicolores jeroglíficos luminosos de la calleja estrecha y bullanguera bajo el torturante calor de un verano como todos, otra vez esa sensación de que se ha pasado el límite y no se puede volver atrás, de haber caminado más de la cuenta igual que durante aquella fiesta en Santiago en la primavera de los jaleos cuando después de los disfraces, después del vino, has pasado la baranda del balcón en el segundo piso y estás no atreviéndote a saltar mientras abajo todos aguardan expectantes y alguien te grita que ya, pues, que hasta cuándo y ya sabes que de todas maneras vas a tirarte, que aunque tengas que sujetarte el poto con las dos manos no piensas echarte atrás, y lo mismo también que cuando muy orondo trepas, trepas y caminas hasta hallarte en la punta cimbreada del último tablón de la piscina cordillerana mirando hacia abajo en el agua tan lejos a Patricia, tu novia, que seguro ha de temblar de excitación y sabes que no puedes salir de ahí por la escalerilla, así mismo, ahora, encerrado entre las dos hileras de bares hay algo también que me asusta, porque no es mía la culpa de tener pinta de gringo aunque sí la es de estar vagando por un país donde los gringos la pegan poco y donde mi buen romance serviría

apenas para no aclarar nada y si quisiera expresarme, comunicarme con los hipotéticos agresores, tendría que echar lengua del inglés empeorando quizás las cosas, algo que a la vez me inquieta y me irrita porque qué carajos tengo yo que ver con que el señor presidente don Dwight Eisenhower, Ike, como le llaman, esté empeñado como mula en venir y los japoneses para impedírselo formen todas las tardes sus gigantescas culebras callejeras recordando Nagasaki enardecidos hasta la hostilidad con cualquier gringo que vaya pasando y para qué putas tendré facha de gringo, pero cuando la iridiscencia de uno de los rótulos me muestra debajo de los jeroglíficos escarlata las palabras *Latín Música Bar*, tales como aquí las transcribo, siento el relajamiento de quien encuentra parte de su casa y, lo mismo que al dar el salto sobre el agua esmeralda con los ojos bien cerrados, abro la puerta, me asomo, y lo primero que oigo es a los Tabajaras cantando esa samba como del 51 de *tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar* y me sacude rápido el recuerdo nervioso de Patricia y me digo que tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar, pero siempre que yo deje de caminar por esos países de las antípodas y retorne con mi mochila al hombro a caminar por Santiago, por Ñuñoa, por Avenida Suecia, que de seguro ella todavía está allí, sin moverse de su calle sombreada por viejos plátanos orientales, pero total, eso puede ser más adelante también, para qué nos va a volver a juntar tan luego y, después de todo, para qué caminando también, porque ella fue la que no quiso seguirme y yo, no me digan nada, dele y dele vuelta, como buen chileno, y aquí estamos entrando a un bar que en este instante llena los últimos poros de su atmósfera con las guitarras y las voces nostálgicas de ese par de indios que hace añitos pasaron de moda.

—Un *high-ball*—le digo a la dulce cara de almendra que me atiende. Ella me habla algo en japonés. Pongo cara de idiota y le explico: *Scotch and water and ice*. Ella muy sonriente me dice con la mano que no entiende ni jota, que espere, y en seguida se retira. El bar es occidental de corte. Un mesón y pequeñas mesas dispuestas por toda la sala dividida en dos niveles de piso. Las paredes están tapizadas con

afiches de México, Perú, Guatemala, y con fotografías de palmeras cubanas, de bigotudos rostros morenos, de hermosos ojos negros (grandes y brillantes como los de Patricia), de canoas mariposeantes en la laguna Pátzcuaro, y después de *Caminando* no siguen los Tabajaras punceteando la memoria, pero viene desde el tocadiscos otro dardo y cierro los ojos para olvidar el contorno y es casi como si estuviera en Chile en el mismo Santiago, en la pensión de Riquelme preparando un examen, o tocando la armónica, o tirándome a la dueña, cuando escucho después de tanto tiempo, en este bar surgido de una droga, la voz maricona, aterciopelada y dulcemente cursi de Lucho Gatica pidiéndole al reloj que detenga su camino. Cara de Almendra vuelve con un joven más joven que yo. Él me saluda con una reverencia y en un inglés bastante mediocre me pregunta si hablo el español. ¡A mí! ¡En un bar de una calleja perdida en una ciudad que ya ni siquiera es la capital!

—Sí...

—La señorita quiere saber qué va a tomar.

—Un *high-ball*.

Cuando él le explica, Cara de Almendra me mira asintiendo y luego vuelve a retirarse.

—¿Usted ha estado en América, es hijo del dueño?—le pregunto. Me dice que no—. ¿Dónde aprendió español? ¿Por qué no se sienta?

Se sienta. Dice que no habla muy bien, que es estudiante de español en la Universidad de Nara.

—Venga a nuestra mesa—dice—. Mi amigo habla mejor que yo.

Entonces como buen chileno pienso entre exclamativos que ya las paré, que son un par de cazaturistas lanzando el cebo con el anzuelo listo para agarrar, dispuestos a dar golpes de sable hasta estrujarme el último dólar, a tomar y divertirse a costa mía y capaces hasta de asaltarme sin tapujos cuando ya me vean dando vueltas como un trompo perdiendo la fuerza al terminar la noche mientras ande como un idiota buscando el hotelucho de la estación donde he tomado una pieza. Pero también como buen chileno acepto y

diciéndome “ojo, gallito, despacio por las piedras”, sigo a mi nuevo compañero hasta una mesa medio metro más abajo, donde un tipo bastante corpulento para japonés se levanta a saludarme y luego me hace las preguntas de rutina en un español más fluido que el de su amigo, mientras viene llegando Cara de Almendra con mi trago y reparo en que los dos compinches están a pura cerveza y les invito a un *Scotch* diciéndome con frialdad que será la única atención que les prodigue y que no podré permitirme ni un pequeño mareo, porque mi dinero lo llevo en el bolsillo de la campera de algodón prendido con un alfiler de gancho y los vivos nunca ignoran esas tretas y bueno, ya veremos, y el sudor nos sale a todos a raudales por la frente y el cuello y las axilas y hacemos el primer brindis justo cuando Pedro Vargas se manda *Adiós Mariquita linda*.

Y ya más o menos por del cuarto *high-ball*, también como buen chileno, sabes que estás llegando a la raya porque la lengua se pone un poco torpe y vas sabiendo que la raya está cerca, pero que no cejarás antes de pasarla, que esta noche seguirás tomando hasta que las velas no ardan con ese par de tipazos formidables y risueños y cantarines que cuando tú has querido pagar la primera vuelta —tu única—, te han dicho “nonnes”, porque eres el huésped chileno y están felices de tenerte y todo corre por cuenta de ellos sin discusión y, claro, como buen chileno que eres también, calculas que si ellos pagan todo ahora es de seguro porque estarán pensado que después podrán bolsearte una semana entera, pero se van a joder, los vas a cagar de adentro, porque, primero, no vas a estar más que dos días y, segundo, no dejarás que te encaminen al hotel ni les darás tus señas, de modo que, pero la cabeza ya te está echando burbujas y palmo-teas a Junichiro, el grueso, y le preguntas si acaso cree en brujas o si no, que cómo mierda se explica que un chileno solo, después de una punta de días sin hablar con nadie, se mete a un bar de Kyoto, en una porquería de calle, y encuentra a dos tipos que hablan su propio idioma, uno que estudia el teatro de Lope y el otro que ya egresó titulándose con una tesis sobre los estados económicos de tu propio país y que habla de cobre, de salitre, de papas, y del norte y el sur, y

que sabe una montonera de cosas que tú ignoras, como buen chileno, y que toma como tú y conoce hasta algunas de tus canciones y cuando tras mucho Gatica y Vargas y Los Panchos y mucho whisky, somos casi los únicos clientes en el local, te dice ahora vamos donde yo sé y gritonea una frase en japonés y en rápida sucesión llega la cuenta, paga sin que tú alegues y están ya de pie y tú miras a la camarera y la enfocas más o menos y le pones suavemente la palma de tu mano sobre la mejilla y le dices “adiós, carita de almendra” mientras ella sonrío como si quedara muy feliz, y el más joven, Ikuo, te hace un guiño y te anuncia que ahora van donde hay muchachas y entonces piensas que ahora sí que ahora sí que viene la cosa y palpas en tu bolsillo el rollo de billetes prendido con el alfiler de gancho, pero adelante, mierda, que como buen chileno vas a la pelea, porque venga lo que venga, con uno siempre cuentan.

—Tú me enseñas una canción de tu país; yo te enseño una canción de *mi* país.

Y las caritas de almendras, todas idénticas salvo la sin kimono, fascinadas con este tipo que viene de mundos que ni siquiera de oídas les han llegado, a no ser por uno que otro terremoto, al que le sonrían y colman de atenciones y buenos tratos y que como chileno de primera, ya los tiene —a Junichiro y a Ikuo— en fila repitiendo frase por frase y anotando en servilletas de papel *Qué grande que viene el río* mientras una y otra cerveza va pasando y entre ensayo y ensayo este pechito ya se ha estado conversando a la tirada a occidental y hasta se han otorgado como a la disimulada un par de cariñitos y en un inglés bien chapuceado ella le ha dicho que mejor mañana y él “*tonight we go together*” y ella le ha insistido, entre unos suaves besuqueos, en que mañana, bueno y también *qué grande se va a la mar*, ¿ah, mierda, ésa no la conocías, por mucho que se las vengan a dar aquí? Y pasan, pasan las botellas y cuando soy yo el que repite frase a frase y anota en su libreta una vieja canción de cuna *Odonga ichín chuté, aga naite kurioka* que tiene poco de cuna en las palabras y menos —a mi

oído degenerado por los Presleys— en la música *Si yo muero en campaña ¿quién me llora?* Y como soy afinadito, las notas las voy dando, para gran complacencia de las japonesitas y en especial de Kochio—san, que así le dicen a mi dulce amada, o enamorada, o enamorada, y como no es difícil pronunciar el japonés, le voy dando y dando *orannu matsuyama* hasta aprenderla *semigá nakú o en el monte la cigarra te llora* aprenderla bien y cuando después de otra cerveza nos levantamos y las piernas las tengo medio enmohecidas de la posición budesa sobre el *tatami* en torno a la mesita, y tomándonos los tres por los hombros la cantamos de un viaje, la cosa es el despiporre y cuando después de nuevo los tres el “Río, río”, a poco que no me largo a llorar y a enseñarles paso a paso la canción nacional con sus campos de flores bordados y todo, y sin que se me haya permitido aportar un solo *yen* al pago de la cuenta vamos partiendo y Kochio—san me vuelve a decir que no, pero me requetejura que en la mañana entrará en mi pieza y me ventilará con su abanico hasta que despierte y yo le pregunto a fuerza de guiños si acaso cuando despierte va a estar desnudita y me jura y me rejura que sí y las diez cuadradas oscuras que luego caminamos hasta la estación se me hacen pesadillas grises y negras y sigámosle metiendo al canto y al sudor, que es un verano como todos y el calor no afloja ni cuando los gallos, como ahora, se lanzan sus primeras alharaqueadas y frente al hotelucho mis amigos sonrían y yo palpo el rollito de billetes por fuera de la tela y ahí estamos para despedirnos de una noche el descueve.

—Este hotel no muy bueno —me dice Junichiro.

Le lanzo un gesto como de que a quién le importa que sea bueno o no el hotel, que qué más da. La noche empieza a levantarse.

—Mañana vendré —dice Ikuo. —Y si te parece puedes ir a mi casa. Tenemos otra cama.

Le digo que sí, que desde luego y me promete también llevarme a conocer todo lo mejor de Kyoto, los templos, los barrios, y el grandulón Junichiro me dijo que como por el día trabaja, solo después de las seis se podrá encontrar con nosotros y, total, decidí quedarme

mis dos días y tres más y tiramos el programa entero para la semana y finalmente nos despedimos y les dije una y otra vez *sayonara* y me fui a acostar pensando que a la mañana siguiente iría Kochio—san a echarme aire con su abanico, y recordé que en toda la noche no había gastado ni un solo cobre y entonces, me cayó la chaucha: seguro que era ésa la táctica: la primera vez pagarlo ellos todo; después, métale sable con el turista. Mañana, pues, empezaba la cosa, pero conmigo no, me dije, a mí no me iban a venir a meter goles tan jauja, porque como buen chileno, a vivo no me la gana nadie.

Y así, después de todo, fui capaz de desconfiar casi hasta lo último de dos tipos que cuando un rollito de dólares tenía que aguantarme muchas vueltas antes del regreso, no me dejaron pagar ni el dinero del tranvía y que al despedirme después de una semana en el andén me deslizaron en el bolsillo un sobre con unos cuantos yenes y unas letras tiernas y solidarias que como chileno de los mejores nunca contesté.

4. Solo de saxo

Quizás no sea del todo justo jurar por la Biblia que Ramiro Marín se haya puesto cínico con los años; pero en cambio podría resultar hasta lógico pensar –debido a su misma forma de existencia– que la mirada con que a estas alturas captaba aspectos tan serios como las relaciones humanas, los amigos o la pareja, era buena compañía para esa sonrisa ligeramente escéptica que solía otorgarle a su conversación no solo un poco de gracia sino además cierto atractivo especial que las mujeres recibían a veces con sospecha y otras sin reservas. Sostenía muy en serio este sabio Ramiro, frente a quien tuviera por delante, que él venía muy de vuelta y que ya nadie lograría nunca, ¡nunca!, enfatizaba, clavarle flechitas de ésas que no se pueden desprender sin rasgar dolorosamente las carnes. Aseguraba con mucha prestancia que en términos de relación hombre-mujer, las palabras “engaño”, “infidelidad”, “cuernos” y secuaces eran tan solo falacias inventadas por la pobre y triste civilización que se permitió endosar al prójimo el peso de la culpa, y que las rupturas de parejas era estúpido mirarlas como fracasos –según norma habitual– y no como la posible solución inteligente de un problema.

Él podía de pronto, por lo que con soltura denominaba un “calentón”, acostarse con alguna mujer que le saliera al paso sin que la aventura comprometiera otras zonas de su geografía total, es decir, hacerlo deportivamente, fuera de compromisos, “mañana es otro día y si te he visto no me acuerdo”. Declarándose categórica y definitivamente “no machista”, reconocía también que Jenny, la joyita que vivía con él, tuviera oportunidad y derecho de hacer igual cosa. Ese “adulterio” casual no lo consideraba importante. Ni siquiera interesante le parecía. Pero sí era importante no prestarle importancia y, por lo tanto, si se cruzaba la ocasión en el camino, no se lo confesaría nunca a Jenny, y si a Jenny en algún momento pudiera ocurrirle, él prefería también no llegar a saberlo. Para qué arriesgar un hueso duro, un golpe contundente que abriera “zanjas oscuras en el lomo más fuerte” por algo que carecía de real valor y no merecía ni la más diminuta grieta. Los dos habían pactado seriamente no molestarse jamás contando al otro sus acuestas ocasionales, pero asimismo nunca ocultarse nada que llegara más lejos o tuviera alcances más profundos. Y se llevaban bien, la verdad, vivían sin muchas alteraciones de la ruta, tranquilos, se diría que hasta felices, lo que es bastante. Él ni siquiera le dirigía la más mínima pregunta cuando ella llegaba después de medianoche a causa de sus actividades militantes, ni tampoco cuando el trabajo le deparaba una de esas salidas a terreno de cuatro o cinco días, donde necesariamente habría hombres compartiendo la jornada. Y la garantía de su propia tranquilidad era que ella, a la vez, tampoco le hacía preguntas; había logrado acostumbrarse con algo de mayor sacrificio, porque las mujeres se educan desde pequeñas en el arte del interrogatorio. Bueno, los hombres tampoco lo hacen mal, pensaba Ramiro.

Por eso, cuando Jenny le dijo que le correspondían dos semanas de vacaciones y que pensaba pasarlas en Buenos Aires con una amiga, Ramiro no puso peros ni luces rojas, sino que le dio en cambio doscientos dólares en billetes para que se divirtiera más, comiera mejor y no dejara de acudir al Viejo Almacén, que aunque caro vale la pena, digan lo que digan y, en fin, hiciera de sus vacaciones algo de veras inolvidable.

Jenny lo empujó todo en esa dirección, pero a su regreso la conciencia –dijo– la llevó a sentir que debía contarle a Ramiro cierta historia que se le atragantaba en el alma y le quitaba el sueño. No parecía resultarle demasiado fácil, ya que solo a los cinco o seis días, una noche que regresaron a casa después de un concierto de tango que a él lo puso de mal humor, y se sirvieron un pisco que a ella le infundió coraje, decidió arrancarse los pelos de la lengua.

–Fui al Viejo Almacén, es el descueve –le dijo.

–Me lo habías comentado –contestó Ramiro llenando de nuevo su copa.

Ella lo miró con un mohín donde la ternura y la duda se daban un contundente apretón de manos.

–Es que hay algo que no te he dicho.

Él le devolvió una mirada triunfante.

–No me lo digas, si no quieres.

–Quiero.

–Bueno –se encogió de hombros–, entonces dímelo.

Jenny guardó silencio y Ramiro bebió. Luego le dio la marcha a una casete de Gillespie a la que recurría mucho en sus descansos y se concentró en la música. Una de esas piezas le sacaba chispas a su nostalgia.

–En el Viejo Almacén conocí a Gonzalo –dijo Jenny.

–Está bien. Me imagino que se trató de algo especial. Prefiero no saberlo.

–Es argentino.

–En Buenos Aires eso no parece difícil.

–Me ofreció un trago y yo acepté.

–Bien hecho. Como se debe.

–Después se cambió a mi mesa.

–Y te dijo que eras la mujer más linda que nunca había conocido.

–No.

–¿Qué te dijo?

–Nada. Me fue a dejar caminando hasta el hotel.

–Y lo invitaste a tomarse la del estribo en tu habitación.

–Tampoco. Solo me preguntó si nos podíamos encontrar “mañana”. Dije que sí.

Se acercaba la pieza que a Ramiro le fruncía el ceño, de manera que se impacientó.

–Mi amor –dijo haciendo un guiño–, esto me aburre mucho. Termina de contarme otro día. Escuchemos jazz.

–¡Me acosté con él! –casi gritó Jenny.

Ramiro bebió un trago más y se puso serio.

–No quiero oírlo, ya lo sabes...

–Me fui a su departamento, ¿entiendes? Dejé el hotel y me fui a su departamento. Estuve ahí cinco días.

En ese momento, un saxo asordinado daba el fraseo más impactante de ese solo, unas pocas notas que a Ramiro le quitaban el habla, lo hacían sentir algo como una angustia, un vacío en el estómago y que podía nítidamente traducirse en una imagen quizás inventada o vista en sueños, quién sabe cuándo, quién sabe dónde, pero era la terraza de un restorán arriba del cerro, mirando a la bahía que se enciende a la caída de la tarde, y una pareja baila suavemente despidiéndose, amantes, pegando entre suspiros mejilla con mejilla y apartándose luego para también juntar miradas, como sabiendo muy bien que es el último baile, la última copa, el último cerro, la última bahía, que será también el último beso, diciéndose adiós acaso para siempre tal vez uno de ellos debe partir, o quizás es que resultó imposible sobrepasar el muro, soportar el equipaje, pero sí es el adiós, el último, y ninguno lo quiere, pero ambos lo saben, porque ahí está, omnipresente en esas notas y en esa imagen.

–¿Otro pisco? –pregunta Ramiro.

–Bueno.

La casete termina, Jenny le ofrece su cigarrillo. Él ya no fuma pero a ratos le gusta robar una o dos chupadas de humo ajeno. Aspira hondo y lanza muy despacio y con gran perfección las volutas.

–Me voy a acostar –dice.

–Por favor –insiste Jenny–. Esta vez fue distinto. Yo no pensaba. Pero el tipo me derrotó al preguntar tan sorprendido por qué yo no le daba bola, qué me pasaba. Como un niño, ¿ves? Y entonces yo lo besé. Estábamos tomando ginebra en su departamento. Ya te lo dije... Me quedé.

–Está bien. Sin reproches. No valía la pena que me lo contaras.

Ramiro se puso de pie y dejó la copa en la mesita.

–Fue algo muy fuerte –siguió ella–, muy fuerte... Me... me cambió la película. Y va a venir a Santiago a verme.

Ramiro se detuvo, volvió a sentarse en la poltrona y después de suspirar un “qué estás diciendo” más dramático que indiferente, decidió permitir que el cetro lo empuñara soberanamente el humor.

–Bueno, podemos arreglar la buhardilla. Ahí estará cómodo.

– ¡No seas estúpido, pongámonos serios!

–¿Quieres que me vaya de la casa?

–Cuando él venga, me iré yo. Estaré con él donde se quede. Serán como dos semanas.

–¿Y luego?

–No sé.

Ramiro hizo retroceder la casete unos segundos y le dio partida con inexplicable destreza justo en la pieza que buscaba.

–Bueno –dijo–. Alguna vez tenía que pasar, era lógico. ¿Es joven?

–Sí.

–Ah.

–Seis años menor que yo.

–Corruptora de menores. Un lolo.

–No tanto. Pero casi.

Y otra vez la imagen de la terraza sobre la quebrada y la misma pareja triste.

–¿Bailamos? –dice Ramiro, levantándose. Ella se levanta. Bailan suave y Jenny apoya su rostro en el hombro de él.

–No debiera habértelo dicho, ¿verdad?

–Sí.

–No. No debiera habértelo dicho.

–Sí. Esta vez sí que sí. Porque es importante. Porque nos va a encajar de todas maneras un cambio. Algo más o menos radical.

Y luego, en sordina, mientras se desplazan lentamente por el piso de la sala, le dice que no se aflija, que la entiende, de todas maneras, que siempre supo que debía terminar de esta manera, diecisiete años de diferencia son muchos, y que él ya va para los cincuenta y comienza sin alternativa a jugar los descuentos, no se preocupe, la vida es así y que no le importa en realidad que haya estado cinco días en el departamento del tipo, ni que le haya gustado revolcarse con él, qué bueno que lo pasaran de primera, pero que sí le importa mucho que él vaya a venir, que eso sí le importa y es lo que marca la diferencia.

–No debiera habértelo contado –dice Jenny, llorando sobre su hombro.

–Sí –dice Ramiro–, ya te dije que esta vez sí –tratando que ella no lo advierta, echa también su lágrima y piensa que son ellos quienes se deslizan sobre la terraza de la quebrada al ritmo de esas mismas notas, y que un horizonte lejano tras la bahía le ofrece nada menos que la totalidad del espacio, aquí y allá puertas abriéndose.

Después de todo, tengo que reconocer con franqueza y humildad que de un tiempo a esta parte, cada vez que tomo unos tragos me da por seguir adelante, termino dejando como un estúpido que se me caliente la sangre y en algún momento de la jornada las emprendo firme en contra de alguien; pierdo los estribos y quizás si hasta llegue a inventar miserablemente agresiones a mi persona que justifiquen la violencia, igual que el abuelo. El hecho es que me dejo llevar y que la cosa ya me viene perjudicando en forma, como que incluso perdí a Karla, la novia, un bombón bastante dulce y, bueno, pareciera que también bastante amargo.

Por ejemplo, no tenía para qué pegarle al Peter Klein en aquella comida que le ofreció la embajada alemana cuando obtuvo no sé qué distinción en la Bienal. Es verdad que él dijo que yo era un pésimo arquitecto y que se cagaba en las horribles “tortas” con las que estaba arruinando las calles del barrio alto. También es verdad que cuando lo conminé a que se sacara los lentes porque lo iba a masacrar, se negó a seguir mi consejo y tuve entonces que asestarle el puñetazo con lentes y todo, como en las películas. El golpe sonó igual que cuando se parte una nuez y tuve miedo de haberle roto el cráneo. Por eso no fue mala cosa que entre Salvatori y uno de los garzones me sujetaran con tanta fuerza en el momento en que salté sobre Klein para llevar más adelante la masacre.

Tampoco fue lógico que esa misma noche, al Spaniel de la embajadora, cuando me empezó a olfatear precisamente una presa de la que mucho solemos jactarnos, lo lanzara de certera patada a la piscina. Yo había salido a la zona boscosa del jardín para desaguar me un poco de tanto *highball*, y justo llega el regalón de la casa y comienza el olisqueo. Eso es lo que quiero decir: a lo mejor el perro tan solo deseaba oler, sin pretensiones de llegar más lejos, pero mi tendencia a exagerar los hechos me llevó de inmediato me llevó a la convicción de que acto seguido me lo arrancaba de un implacable mordisco, y entonces le aseté el golpe con la punta del botín. Todavía me perfora un escalofrío cuando recuerdo el gemido con que quiso delatar tanta injusticia el pobre animal y, bueno, lo que ocurrió después, con la embajadora, es materia de otro relato, ay, esa mirada del cachorro verdaderamente podría raspar el alma hasta del más duro rufián.

Cuando mi amigo Joseph, el fino pintor de niñas y viejos que vuelan por los aires cumplió sesenta años, la fiesta fue grande y otra vez creo que me anduve sobrepasando. En un largo mesón de espesa caoba reposaban diversas bandejas ofreciendo lonjas de pavo, camarones gigantes del Ecuador, *roast-beef*, ensaladas de palmito, endivias y otras delicias, y no puedo negar que en un momento se me haya despertado poderosamente el apetito. Los invitados —artistas u n tanto zarrapastrosos, políticos de noble casimir, musas de toda índole y también familiares de Joseph— ya habían comido y a esa hora la demanda de tales manjares era baja; pero como yo, al revés de los demás cristianos, dediqué mis ansias a beber primero whisky y después vino, de pronto sentí el aviso de que algo sólido alegraría mi estómago, disponiéndolo para recibir el coñac y otros licores de mayor envergadura que venían. La luz del comedor estaba apagada y para prepararme un plato tuve que encenderla. El Toño Román bailaba con una morena bastante ordinaria, algo así como una secretaria de tercera, y tuve la impresión de que les molestó bastante que yo los hubiera expuesto a la vista pública. Mientras llenaba mi plato, esa impresión se convirtió en certeza, ya que el Toño Román nuevamente apagó la luz, como retándome a duelo. Quedé a ciegas

y con el plato a medio hacer, ofuscado y pensando de qué manera solucionar mi problema. No había caso, era necesario presionar otra vez ese interruptor y así lo hice. Ahora el Toño y la mujerzuela bailaban casi sin moverse, lamiéndose como si intentaran devorarse el uno al otro. También tenían apetito, a su manera. Retorné a mi plato y antes de siquiera tenerlo en la mano, la luz volvió a apagarse.

—¡Córtala, huevón! —dije entonces—. ¿No te das cuenta de que quiero comer?

—Y nosotros queremos bailar, ¡imbécil! —gritó el Toño, como un verdadero energúmeno.

De modo que no me quedó más remedio que empuñar el tenedor y clavárselo en el cuello. El chorro de sangre saltó fatalmente sobre mi plato y en el acto supe a las claras que la batalla estaba perdida y que nunca llegaría a hincarle el diente a esas delicias, así que me dio más rabia todavía y me le fui encima al Toño, decidido a matarlo. Pero todo terminó igual. Lo sujetan a uno entre varios y se acaba la pelea.

Hay, al parecer, un punto en que la mínima gota de más, según decía mi abuelo, marca toda la diferencia. Es verdad. Hasta ese momento, las cosas andaban bien; con esa gota sobrepasándose, llega sin alternativas la catástrofe.

Sin embargo, lo peor fue hace unas dos semanas, cuando la Karla y yo fuimos a comer en casa de un colega arquitecto con otros amigos y donde también llegó como invitado de piedra un grandote fanfarrón de esos que lo saben siempre todo y se creen dueños de cada situación. Me cayó de la patada y creo no haber sonreído ni una vez ante sus chirigotas. El vino blanco y el congrio en salsa de camarones estaban de primera y la noche se ofrecía abierta y espléndida. Contamos chistes, recordamos viejas anécdotas y de pronto, igual que las otras veces, cuando ya relajados bailábamos y cantábamos, llegó la gota de más y nuevamente magnifiqué los hechos y me porté como un estúpido. Bailaba un bolero acaramelado con la dueña de casa y de pronto abrí los ojos para descubrir nada menos que la

Karla, sentada sobre la alfombra con sus lindas piernas estiradas y sin zapatos, sonreía plácida por la sensación que parecían producirle las caricias que el grandote le prodigaba en el pie.

—Lindas patitas —escuché que le dijo el fantoche. Y ella sonreía.

Confieso que mi reacción no fue inmediata, pero esa escena no me resultó muy agradable, de manera que fui a beber más whisky y creo que más o menos cuando se manifestó el efecto, reaccioné mal. Cogí una de las sillas y traté de reventársela en el lomo. No a ella, al grandote. El tipo era francamente duro de lomo y, además, bastante impasible, ya que no perdió nunca la calma, lo que me exasperó hasta la ira. Sin embargo, como digo, lo sujetan a uno.

Ahora, desde aquella noche, yo, el bruto, no tengo novia. Pero tengo eso sí, y que lo sepan, la absoluta voluntad de cambiar. ¿Qué tiene de malo que a uno lo insulten, que no lo dejen servirse un plato de manjares, que le hagan caricias públicas en el pie a la novia? Puras leseras, nada serio, y todo porque la gota de rebase no la detectamos a tiempo, sabio abuelo. Bueno, yo perdí, perdí lo que más quería —quiero, digo—, pero también gané. Gané porque el próximo sábado, en el matrimonio de Karla con el grandote, no pienso tomar ni un miserable trago. Lo juro por lo más sagrado.

6. Café con piernas

I

La primera vez que Salvador Munizaga visitó el café con piernas de Huérfanos esquina Bandera, se dedicó por entero a observar, a través de sus lentes oscuros, a una de las muchachas que muy risueñas atendían a los clientes enseñándoles generosamente sus atributos naturales. Realizó la inspección minuciosamente y con gran disimulo, mientras paladeaba sorbo a sorbo su capuccino y ella atendía a otros clientes. Era la más atractiva de las cuatro o cinco garzonas que elevaban la temperatura del local, y parecía también la más joven, lo que le daba cierta ventaja para realizar la tarea que él deseaba encomendarle. Pero lo mejor era que reunía cada una de las características que Marcelino Saldaña demandaba de cualquier mujer que le pidiera guerra: bien armada, ni gorda ni flaca, pechos opulentos, piernas alargadas, brazos lampiños, trasero vibrante, cabellera lacia. Ninguna belleza del otro mundo, pero sus ojos oscuros relucían potentes en juego con la sonrisa jovial que ofrecían unos labios rosados y carnosos. Pensó que con esa estampa y apenas un simple guiño de ojos, su amigo —por llamarlo de alguna manera— caería como un bobo en la trampa.

En la segunda visita, Salvador Munizaga se hizo atender por ella y al momento de colocar el vale de su café sobre el mesón, lo acompañó de un amable billete de cinco mil pesos. Ella miró con serena curiosidad la insólita propina y la guardó en el bolsillo de su blusa. Azúcar o sacarina, preguntó. Cuando trajo el capuchino él le habló en voz baja.

—¿A qué hora sales?

—Seis —dijo ella con seriedad, sin darle los ojos, pasando un paño húmedo por el mesón.

Munizaga escribió unas palabras en la servilleta de papel que luego deslizó hacia la mano de la muchacha.

II

En su primera escapadita de esa mañana al baño del personal, Flora Sánchez, mientras orinaba, contó las propinas y aprovechó de leer el mensaje que le había entregado el tipo de lentes oscuros y gorra de cuero que le pasó cinco lucas. “Te espero a las 6.15 en la puerta de la Catedral. Tengo algo para ti”, decía y estaba firmado con las iniciales S.M. *Qué querrá el huevón*, se pregunta. *Será lo que quieren todos, un polvito sin complicaciones, no está mal el tipo y parece bastante gentil de bolsillo, ¿pero qué con el Juancho? Desde el lunes que no lo ve y capaz que se le taima, su genio no es de lo mejor y si le dan los monos puede dejar la cagá, como pasó cuando lo del Pascual Vásquez. A las seis y cuarto en la Catedral, seguro que la querrá invitar a servirse un trago en el City-bar, que está justo a la vuelta y es oscurito, como conviene, y después de entrar en confianza y de tentar unos toquecitos de mano, en taxi hasta el motel, veinte lucas, ni un peso menos, si quiere quiere, y al Juancho le avisará a última hora a su celular para que no huervee, ya, ya, niñito, mañana nos vemos, mañana sin falta, mañana tilín tilín, bacán el Juancho, pero la vida está muy cara también, y difícil, todo sube y a un billetito de veinte no se le puede dar la espalda, ¿será pelado el huevón, si no para qué se pone esa gorra cuando no hay ni señales de que pueda llover? Café*

con piernas, por suerte las tiene buenas, no como las de la Chela, cortas y gruesas, seguro que a ésa la contrataron por el tetamen descomunal que se gasta. S.M., se llamará Santiago, o Salomón, o Sacarías, no, Zacarías parece que es con zeta, y qué importa cómo se llame, será una pura vez que lo hagan y punto, más no los aguanta, porque se puede transformar en costumbre y para nada se arriesgará a que el Juancho le saque la chucha otra vez, qué rico mear.

Al mediodía el café se llena y llueven las propinas, a veces generosas.

III

—¿Qué te sirves? —pregunta Salvador Munizaga.

—Un Kir royal —dice Flora Sánchez, mirándolo como si supiera que lo está sorprendiendo con un pedido poco común.

—Para mí un Martini seco —dice Munizaga—, muy seco, ¿me comprende?

—Lo comprendo —replica el barman sin sonreír—, lo comprendo muy bien, a mí también me gusta bien seco.

—¿Tienes algo para mí, cariño? Así dice tu mensaje.

—Claro, y seguro de que te va a interesar. Es un trabajo fácil por el que recibirás buena paga.

—¿Qué tengo que hacer, matar a alguien de una puñalada, descartuchar a un lolo, secuestrar a tu suegra, chupárselo a un senador de la República?

—No te aceleres.

—Por casi todo he pasado ya.

—¿Ah sí? ¿Se lo has chupado a un senador?

—A dos.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve... No, tengo veintitrés...

El barman se acerca con su bandeja y deposita sobre la mesa de madera, aparte de los cócteles, un platillo con aceitunas negras y otro con maní salado. “Provecho, señores”, dice solemnemente.

—¿Todos los días sales del trabajo a la misma hora?

—Los martes y los jueves termino a las ocho.

—¿Vives lejos?

—Maipú. —Arrisca la nariz como si hubiera mal olor en el ambiente—. Tardo hora y media en llegar. —Empuña las manos—. Tengo que tomar dos micros, y en la mañana son casi dos horas, el Transantiago es una mierda lo hicieron para cagarnos.

—Está bien; ahora escucha...

IV

Flora Sánchez repasó bien las instrucciones, pensando que sería un dinero fácil, sin mayores riesgos y sin sacrificar demasiado tiempo como para descuidar a su mino, que en una de esas se ponía bravo y la mandaba directo a la cresta sin más trámite, que ya eran muchas las que le venía jugando desde que la contrataron para bien o para mal en el café con piernas.

Tenía que actuar natural —era la instrucción—, como si nada, hasta que un sujeto como de metro ochenta, casi siempre de camisa y corbata, pelo un poco rizado, sus cuarenta y dos, cuarenta y tres, le hiciera alguna insinuación. La primera vez llegaría junto con S.M. y ella debía atraparlo de inmediato para que entonces no dejara de acudir ni un solo día al café. Un guiño, una bajada de pestañas, cierta sonrisita, atenderlo con especial atención, todo eso, convertirlo desde el comienzo den un adicto. No le asustaba para nada, ella podía llevar las cosas muy bien, estaba segura.

En algún momento, Marcelino Saldaña la invitaría a salir y ella sí, por supuesto. La llevaría de seguro a comer a un restorán más o menos, posiblemente a pasear, y la iría a dejar en su auto hasta las cerca-

nías de su casa. La segunda vez quizás se pusiera un poco nervioso al proponerle lo que le tenía que proponer, pero ella debía hacerle las cosas fáciles. Empezarían a juntarse un par de veces a la semana y para ella los deseos del sujeto serían órdenes, nada más. Chupárselo si eso quería, ofrecerle el chico, dejar que le metiera la lengua, cualquier cosa. Pero por ningún motivo aceptarle dinero, ¿claro? Ella hacía todo eso porque él le gustaba a morir y quería ser la esclava de sus caprichos, el dinero vendría de otra parte. *Pega fácil, ojalá que además el huevón fuera bueno para el meneo, así el esfuerzo no la agotaría tanto y entonces además de trabajo hasta pudiera resultar como un premio y ahí sí que el Juancho no le vería ni el ojo a la papa durante el tiempo que durara la pega. ¿Y los informes por qué?, se preguntaba. S.M. le exigiría una versión detallada de cada encuentro y aseguraba que cuando ya el tipo estuviera por las cuerdas, tal vez le diera nuevas instrucciones acerca de algunas fotografías, ¿tenía celular? ¿Y quién no? Y si hacía bien las cosas, le podría subir un poco la paga; ningún susto porque ella siempre hacía bien las cosas, desde chica, cuando la abuela la obligaba a repetir frases pronunciadas como se debe, y no era broma, la abuela pasó en su juventud algunos años en España y sabía cómo hablar, y estricta era la vieja, que no le aguantaba demasiadas travesuras, linda la abuela, ¿por qué tuvo que morirse? Con eso todo cambió y los cambios no fueron para mejor, se esfumó la casa de La Florida y se mudaron a la población con todo el hueveo de las protestas, balazos, los narcos, las noches con miedo, que nunca resulta grato, pero como regalo del cielo le había caído esta pega de garzona en el café, que después de todo no estaba mal, y mejor si además le llegaban “pololos” como éste, con buenos billullos y poco trabajo, aunque algo de riesgo, se decía, porque si se enteraba el Juancho, la huevá podía pasar a mayores y eso ya era otra cosa.*

V

—¿Cómo me quedaron las milanesas? —preguntó Delia.

—Estupendas —dijo Salvador Munizaga sin haberlas probado aún. Porque sabía que a Delia todo le quedaba estupendo, no solo las milanesas. Era la persona más cercana a la perfección que jamás

conociera y lo único erróneo que cometió en su vida fue casarse con este pelmazo de Marcelino, un estúpido bonitillo bastante pintoso, pero engreído y más vacío que un globo desinflado.

—Un poco crudas para mi gusto —se quejó Marcelino. Huevón, no era capaz de un comentario gentil, tenía que mostrarse disconforme, lo que se manifestaba de sobra en las arruguitas que se iban formando en el rostro de Delia, aunque de ningún modo la afeaban porque a ella nada podía afearla, sino que a lo mejor hasta le añadían cierta gracia especial. Siempre había sido como una dueña exclusiva de la gracia, desde los diez años, cuando se conocieron en el colegio y se gustaron a primera vista durante uno de los recreos, y ella se amarraba con un elástico su colita de caballo y la miró como si nunca hubiera visto nada igual, y ella retiró por unos segundos su mirada, pero volvió a entregarla con una sonrisa que decía que sí a todo. Siguieron siempre juntos, en calles, plazas, cines, parques, playas, fuentes de soda, oficinas. Caminaban de la mano y a veces se dieron besos rápidos en los labios. ¿Cuántas pajas se corrió evocándola? Fueron inseparables hasta que la universidad los llevó hacia distintas carreras, otros barrios, horarios poco compatibles, intereses ajenos. A él se le presentó la posibilidad de un viaje al país de las oportunidades y en el intertanto a Delia no se le ocurrió mejor idea que la de conocer al estúpido de Marcelino (¿cómo puede alguien llamarse Marcelino!), caer en sus redes y en pocos meses casarse con él “hasta que la muerte los separe”, pero no los separará la muerte, él ya lo decidió, los separará el encanto fresco y cálido de una muchachita de café con piernas que tiene la misión de llevarlo al delirio, convertirlo en una planta, hacer de él algo más oscuro y miserable que un caracol.

—Necesito tratar un asunto contigo —le dijo Salvador a Marcelino —, pero no ahora, ¿tienes algunos minutos mañana al mediodía?

—Creo que sí... ¿De qué se trata?

—Un posible negocio que nos puede convenir a los dos. En toda la esquina de Paseo Huérfanos con Bandera hay un *Do Brasil*, ¿te parece a las doce y media?

Cuando después de un café turco y el drambuí del bajativo, servidos angelicamente por Delia, Salvador Munizaga se despidió de sus anfitriones, le dio primero la mano a Marcelino recordándole la cita y, después, un tierno beso en la mejilla a Delia, que lo miró con algo así como cierta profunda melancolía que quizás brotara de la certeza de haberlo hecho todo mal en la vida.

VI

Salvador Munizaga leyó por última vez el texto que había redactado con las informaciones de Flora Sánchez y les dio otra mirada a las tres fotos tamaño postal a todo color que había elegido para que se le abrieran por fin las sendas de un futuro que desde siempre —los diez años— venía esperando. Se ve a Marcelino luciendo una fina chamarra de gamuza *beige* cuando entra a un restorán del brazo de la joven Flora Sánchez que luce minifalda celeste y medias negras caladas. En el momento mismo del *flash*, ella le estampa el fresco *ronge* de sus labios en pleno cuello. Se ve en otra el Subaru de Marcelino pasando a través de los cortinajes de un motel, su patente a la vista. Y a Marcelino en cueros, sonriendo satisfecho y con el miembro erecto, acercándose a la corriente del río en alguna zona del Cajón del Maipo. Y por último, se ve a Marcelino lamiéndole un pezón a Flora en el interior del automóvil. Suficiente: la chica del café con piernas había hecho un trabajo muy profesional, y él la remuneró como se debe. Ahora tenía que producirse el desenlace. O tal vez *los* desenlaces, pensaba Salvador Munizaga, porque esas fotos podían servir no solo para que las viera Delia, iniciara los trámites de divorcio echando a Marcelino para siempre de su vida y se arrojara en sus brazos, sino también para que el tal Juancho, que Flora le había mencionado en varias ocasiones, fuera enterándose de quién era la puta que tenía por novia. A menos que Flora se mostrara dispuesta a realizar otros trabajitos para él. Después de todo, el hombre es un animal de costumbres.

7. Muchos señores calvos y sin bigote

Y en cuanto a formas de vida, no hay discusión, verdad, definitivamente la duda es el camino.

Las cosas comenzaron un martes. Aunque parezca ridículo pero sí, fue un martes. Después de tres o cuatro pisco-sáuers la señora Morales, con la lengua burbujeante, se dedicó a hablar de la liberación femenina, zuácate para los hombres por acá, y el nefasto machismo, pobres mujeres por allá. A don Óscar, que habría de llegar a ser el tercero en cuestión, no le hacían efecto aún los pícaros grados, pero sí podemos decir que de todas maneras los ojos se le escapaban inevitablemente hacia la sonrisa liviana de la señora Morales y también, caballerosamente, hacia lo que tenía un poco más debajo de la sonrisa haciendo presión contra el ceñido suéter.

—Por ejemplo —dijo ella en algún momento de la reunión—, yo soy casada y tengo tres hijos...

—¿Y ha engañado alguna vez a su marido? —la interrumpió don Óscar, decidiéndose al parecer por un ataque implacable.

—Sí, claro, también —tuvo que responder ella para ilustrar bien su independencia.

La verdad neta es que nunca lo había hecho, una vez casi, pero era estúpido reconocerlo y quedar de pacata. Y la verdad neta es que don Óscar le estaba gustando también, con ese bigote coquetón y esa voz deliciosa, de modo que al terminar el cóctel decidió que sí, que fueran, bueno, a comer algo para conocerse un poco más. Y acaso los dos pensaron, mientras comían unos erizos al matico, que la mejor manera de conocerse podría ser... ésa, justamente, por lo cual el diálogo siguiente tenía lugar no en el restaurante sino en el plano horizontal, después ya de una buena “performance” que no había requerido diálogos previos ni simultáneos.

Recorriéndole una y otra vez con sus largas uñas el ombligo y bajando luego la mano con toda maña para hacerla jugar hasta ir logrando de nuevo la vigencia del juguete, ella le habló de Nicanor, su marido, al que amaba tanto desde muy niña.

—Te voy a mostrar su foto —le dijo dando un gracioso saltito de la cama para traer su cartera desde el tocador.

Él aprovechó de mirar con renovado entusiasmo ese cuerpo cálido y gentil y cuando llegó ella con la foto, empezó frenéticamente a lengüetearle los pezones y mordérselos, uno después del otro, otro después del uno, mientras la imagen a colores del señor Morales caía fatalmente al suelo.

La duda, verdad, sin ninguna discusión, el único camino, el que te deja margen, el que amortigua las caídas como un gran colchón inflado, el que no te convierte automáticamente en otro bribón, en un estúpido más; el que puede decirte “aguarda” en un momento dado, el que te da a la vez las dos caras de la moneda, el que no te obliga a correr los riesgos de un intrépido tonto, el que no te permite —¡no te permite!— encerrarte en el último piso de una torre de marfil sino que te susurra al oído que estás en la tierra y no en la vía láctea, que te muevas con cuidado, que vuelvas siempre la cabeza porque habrá muchas veces alguien con un cuchillo muy cerca de tu espalda, con un serrucho en la mano mirando al piso, o con una risita que te hace temblar, con un gatillo que se aprieta y te mata de la peor muerte.

—Al huevón que la mujer lo engaña, es un puro huevón —dijo Nicanor Morales a sus dos amigos mientras agitaba los dados dentro del vaso de cuero antes de jugar. Luego hizo su tiro y rodaron los cinco cubitos marcando dos seises y tres cuatros—. A mí eso no. Porque la verdad es que le sacaré la cresta. Además —sonrió satisfecho—, lo mejor es tener a la señora bien contenta.

Esta vez, como casi siempre, la suerte favoreció a sus adversarios y fue el señor Morales quien tuvo que pagar los tres churrascos y la botella de tinto que habían consumido.

¡Ojo con las cosas! ¡Nariz con las cosas! Que no te den bajo la cintura, que no te dejen babeando espuma como a un perro rabioso. Porque tú no pones la otra mejilla, no masticas el cebo, no sigues adelante cuando hay una pierna estirada transversal a tu camino; porque tú *debes* tener orgullo. Porque tú *ienes* orgullo. Tengamos, entonces, orgullo, o bien démosle una ligera ojeada al pasado. Un solo vistazo a vuelo de pájaro. Aquí tengo una carta:

“Lo estoy pasando regio en Viña, mi pichoncito rico, pero lo único malo es que te echo tanto de menos. (*Un cigarrito, Óscar.*) Pienso en ti todas las noches y más bien a cada rato. Ni te imaginas cuánto desearía que pudieses estar aquí. (*Ya, Óscar, no seas.*) Ayer como a las nueve hasta te iba a llamar por teléfono para sentirte más cerca. (*Déjame terminar esta carta, Óscar.*)”

Aquí tengo un anillo de ágata celeste y un collar de plata que se entregan echados de panza sobre el borde de una piscina azul turquesa rodeada de montes áridos y bajo un cielo transparente como el de las postales. Tengo también la foto de un joven arrodillado

Frente a un sacerdote zen que te va mostrando estampas familiares mientras te sirve una gaseosa en pleno Japón con el noble objeto de demostrarte cuan idiota eres, que no mereces conocer la realidad sino apenas su burda copia; y también la visión de hombres acostados en el suelo gritando despavoridos, pronunciando incomprendibles oraciones, reptando entre balbuceos guturales alrededor de la sala vacía de objetos donde se puede y se debe hacer lo que se

quiera, en la sede de una secta orientalista; como si todos estuvieran locos. El señor Morales se inicia. Un amigo nuevo, Óscar, a quien resulta que su esposa conocía, lo ha llevado para presentarlo. No serán más de veinte minutos la primera sesión. Y no debe abrir los ojos, pero a los diez ya no aguanta la curiosidad y se encuentra con un pequeño manicomio en plena actividad. Un señor calvo y sin bigote reza hincado haciendo reverencias. Un señor calvo y sin bigote se masturba con los ojos muy cerrados. Un señor calvo y sin bigote bosteza una y otra vez tendido contra el muro.

Y tengo también, tengo más que nada, el recuerdo configurado, una sucesión de pequeñas escenas, de insignificantes detalles que hoy te dan el cuadro total de lo que buscas insistente. Un camino, verdad. Una forma de vida, verdad, ¿o no? Pero ya volveremos sobre cada uno de estos detalles. Por ahora, sigamos el postulado de la necesidad del orgullo. Veamos por ejemplo el caso de algún ingeniero cuya novia, a pocos días de la boda, *comme il faut*, le da el espaldarazo *—let's forget about domani—* y se va lisa y llanamente “con el hombre que la supo seducir”, para decir una cursilería tanguera; o el de un señor Equis muy respetable, noble, inteligente, promisorio en su especialidad, de buenos sentimientos y buena voz para el guitareo, cuya mujer lo vapulea, lo insulta, lo humilla dentro de su mismo núcleo social, y a vista y presencia de él mismo busca sus perros entre los propios amigos del cordero. Bueno, aquel ingeniero después de un tiempo *—durante el cual se ha ido al extranjero sin resultados positivos, ha caminado hasta Lourdes de rodillas, se ha masturbado innumerables veces y ha llegado hasta el límite de situar el vértice de una daga justo ahí donde se supone está el corazón, dispuesto a presionar—*, después de un tiempo, entonces, se casa con la misma novia que más tarde escribirá la carta referida y que en el momento de la primera ruptura le aceptó un ágata celeste engastada en plata al borde de una piscina. Se casa con ella porque no supo olvidar, porque no supo levantarse después de la caída, porque no vio la luz desde la fosa, se casa con su ama, con quien ha de dominarlo por los años de los años. Se entierra, en otras palabras, el ingeniero.

Y nuevamente, bueno, este otro señor Equis, inteligente y astuto, no ignora su realidad sino que la conoce muy bien y aunque una noche de borrachera sus amigos le tiran piedras al cuerpo para recordársela y aunque algunos perros le insisten en que deje de ser cordero, no aprovecha, no parte, no se larga en otro rumbo para siempre sino que sigue masoqueándose ahí donde lo azotan, donde se le castiga nada más que por ser; él acepta, él tolera, él en verdad pide, este señor calvo y sin bigote.

Entonces, ¡la felicidad-a-a-a-á!

Hay que saber, hay que acostumbrarse a perder, me dirán. Gatsby, aquel grande, tenía su ilusión: vivía de una ilusión, digo yo. Pero él no perdía. Y digo yo: más bien hay que acostumbrarse a ganar. ¿Pero qué es entonces ganar? Tendremos que volver a los detalles, tendremos que revolcarnos mucho en estos detalles.

Digamos ya, a manera de paréntesis (entre la exposición y los detalles) que sí, señorita, sí, dígame usted lo que quiera, por supuesto, soy su médico, cuéntemelo todo. Pero no. Pero no, señorita, ¡pero no! Y también digamos al amigo, a los amigos, no, muchachos, no. ¡Pero no! Y estaremos en el rumbo de los tiempos dándole codazos a la historia.

—Te quiero, amor— dijo la señora Morales a su esposo calvo y sin bigote cuando regresó de Viña—. Nunca he querido ni podré querer a nadie más que a ti.

8. Pasando y pasando

Jorge Salas secó los sudores de frente y cuello con un pañuelo de hilo blanco y lanzó un silbido al detenerse frente a la reja.

—De película —exclamó al oído de Paz Alicia.

Unos cincuenta metros hacia el interior de un terreno generoso de árboles y plantas, se erguía la mansión de don Ricardo Taylor anunciando con insolencia su porte y donosura. Un San Bernardo de ojos legañosos y mirada melancólica llegó hasta el portón meneando la cola.

—El señor se encuentra tomando sol —dijo el mayordomo mientras los hacía pasar—. Síganme, por favor.

Salas se ajustó la corbata y abotonó su vestón de lino crema. Rodearon la casa por el flanco izquierdo, entre rosales y madre selvas, hasta el fondo del patio trasero. En traje de baño, recostado sobre una colchoneta a orillas de una piscina de diseño celular, con un puente arqueado en el centro, se hallaba don Ricardo, color bronce. Se levantó al verlos.

—Nada mal tu jefe —susurró Paz Alicia mientras se acercaban—. Buen cuerpo, estupendo color. Un poquito de barriga, pero los años que debe cargar también, ¿serán cincuenta?

—Amigo Jorge, señora, qué gusto tenerlos aquí. Asiento, por favor. Quítese el vestón, Jorgito. ¿Qué les ofrezco? ¿Ha probado el *keir royal*, señora? Un aperitivo que aprendí a preparar en París.

—En París... —repitió Paz Alicia, como entregada a la ensoñación—. Usted viaja mucho, ¿cierto, don Ricardo?

—En realidad, sí, a veces por placer, a veces por trabajo. Tal como es la vida, ¿verdad Jorgito? Las cosas casi siempre se hacen por trabajo o por placer.

—Usted lo ha dicho, jefe: por trabajo o por placer.

—¿Y su esposa no nos acompaña, don Ricardo? —preguntó Paz Alicia.

—Por favor, señora Salas, terminemos con esto de «don Ricardo». Dígame Ricardo a secas, y usted también Jorge, recuerde que somos amigos. Bueno, lo que ocurre, señora Salas...

—Paz Alicia —corrigió ella.

—Lo que ocurre Paz Alicia es que mi esposa ya no es mi esposa.

—¿Qué su esposa no es su esposa?

—Sigue siendo legalmente mi esposa, pero estamos separados desde hace algún tiempo. Ella anda de viaje.

—Qué pena... ¿Y es definitivo?

—Creo que sin remedio.

—Lo siento.

—Los hijos crecieron y entre ella y yo no quedó mucho. Soledad, rencores. La vida conyugal es difícil, Jorge, deteriora mucho el alma, ¿no le parece?

—Claro que sí, don Ricardo, pero por otra parte es tan necesaria. Por eso es que hay que ceder, ambos, hacer algunos sacrificios en pos de la armonía. Fíjese, con Paz Alicia vamos a cumplir cinco años y nos llevamos de lo más bien. Casi nunca peleamos, ¿cierto, Pachita?

Ella trazó una ligera inclinación de cabeza como aprobando lo dicho y miró a su anfitrión con un guiño de complicidad.

—Los felicito. Ojalá que los próximos cinco años sean iguales, y todos los que vengan. No hay nada como la armonía, ¿eh, Jorge?

—Nada, don Ricardo. Nada como la armonía. Es la meta de las metas: la armonía.

—Aquí viene el aperitivo, ¿desean mojarse un poco? En los camarines hay trajes de baño para todos los gustos y de cualquier talla.

—Me encantaría, ¿vamos, Jorge?

—Pero antes hagamos el primer brindis de la tarde. Salud, Jorgito, salud, Paz Alicia.

—Armonía... Armonía... Usted tiene un cuerpo muy armonioso, Paz Alicia —dijo Ricardo Taylor cuando los tres se encontraron en el centro de la piscina, bajo el puente—. Y a usted, amigo Jorge, puedo asegurarle que tenemos el mismo gusto, aunque por desgracia no la misma suerte. —Se acercó a ella y la tomó de la cintura—. Un cuerpo de lola. Armonía, ¿eh, Jorgito?— Y la apretó.

—Nada como la armonía —repitió Salas.

—Gracias, don Ricardo —dijo Paz Alicia—, usted es un adulator.

—No es piropo, Pachita. —Subió las manos por el talle hasta rozar los pechos con sus pulgares. Luego la soltó. Jorge nadaba hacia el otro lado de la piscina—. Y quíteme el “don”, se lo ruego.

—Bueno —dijo ella—. Ricardo a secas, usted sí que sabe por dónde abordar a una mujer. Algunos dicen que el camino más corto para seducir es la lisonja. Pero le voy a devolver el cumplido: usted se ve de lo más regio. —Echó a nadar hacia la parte honda, donde su marido flotaba cara al cielo, con expresión de felicidad.

Antes de pasar al comedor, se festejaron con otro *keir*, brindando por el gusto de estar ahí juntos, por los éxitos de la empresa en este nuevo año, y también por la armonía.

—Tengo buenos proyectos para usted, Jorge, ya hablaremos de eso. Asiento, por favor.

La mesa de vidrio grueso ocupaba su lugar entre una gran pared-espejo y las puertas corredizas que daban a la veranda y la piscina. Taylor quedó en la cabecera, Paz Alicia a su diestra, mirando al patio, y Jorge Salas a la izquierda, de cara a ese espejo que multiplicaba el ambiente.

Las ostras, luminosas y tersas, llamaban al beso enamorado y en la sensual faena de comerlas, los dos hombres no pudieron evitar que sus manos se dieran un baño de limón y jugos marinos. Paz Alicia alegó que el marisco le causaba alergia y no quiso probarlas.

Como si anduviera contra el tiempo, Ricardo Taylor apuró su ración y rápidamente bañó los dedos en el aguamanil. Entonces sí que pudo posar su mano sobre la muñeca de Paz Alicia. Jorge clavó la vista en ese gesto y una sombrita pareció oscurecer su ya languidecente sonrisa.

—Jorgito es uno de mis mejores hombres, Paz Alicia...

—De los míos es el mejor —dijo ella, risueña.

—¡Pachita, por favor! —Jorge Salas se había puesto rojo.

—...Y quiero entregarle una responsabilidad de mayor envergadura.

—Gracias, don Ricardo —dijo Jorge, sintiendo arder la cara y con una expresión como de que algo no marchaba bien.

—En los siete años que va a cumplir con nosotros, su desempeño ha sido óptimo... Y usted sabe que a mi empresa le gusta premiar la eficiencia. Y la lealtad, Paz Alicia. —Hablabla paseando la mirada entre ella y él—. Un caso de virtud recompensada, ¿no han leído al Marqués de Sade?

—No, don Ricardo —dijo ella.

—El autor de *Justine* —respondió riendo y posándole ahora la mano sobre una rodilla—, un escritor del siglo dieciocho, un verdadero degenerado, un orgiasta sin límites.

—¿Un qué...?

—Un demonio. Eso: un demonio.

A través del espejo, Jorge siguió con su vista el movimiento de esa mano y se le aquietaron un poco los latidos al advertir en su mujer un gesto esquivo mientras don Ricardo repetía: virtud recompensada.

—Quiero nombrarlo gerente de ventas, Jorgito —se le acercó al oído mientras Paz Alicia untaba mantequilla en un pan—; a pesar de la cagada que dejó en agosto —agregó en voz baja, escudriñando los ojos aturdidos de su huésped. Su mano seguía sobre la rodilla de Paz Alicia—. Es un cargo que demanda gran entrega.

Jorge Salas sabía muy bien que se trataba del cargo estrella, la meta de cuantos habían llegado a ocupar lugares de jefatura, y sabía lo que significaba también en materia de pesos: por lo menos el doble de lo que estaba ganando; es decir, un automóvil, mejor barrio, algún viaje. Era como la meta final y desde esa cima, sujetando entre los dedos la varilla mágica que cambia el color de todas las cosas, el mundo tendría que parecer distinto.

—Gracias, don Ricardo, le agradezco su confianza y puedo asegurarle que si llega a honrarme con esa responsabilidad, sabré ponerme a la altura de las circunstancias.

—Así me gusta, amigo —le palmoteó el lomo, y con la otra mano se fue acercando al muslo de Paz Alicia—. Seguridad y decisión, dos cualidades esenciales para un ejecutivo. Salud. —Ella retiró la pierna con discreción y miró a su marido con orgullo.

Acompañando al salmón, iniciaron la segunda botella de Doña Isidora y salieron luego al porche para sentarse en las playeras y esperar adormilados y burbujeantes el postre, el café turco y un drambuí que habría de coronar la jornada.

—Así que gerente de ventas —dijo Paz Alicia con un matiz de ironía, mientras Ricardo Taylor se ausentaba unos momentos.

—¿No te parece fabuloso, mi amor?

—Oye, tu jefe es medio larguirucho de manos, ¿te fijaste?

—No te preocupes, son minucias, cosas de jefe. Sabes que se sienten los dueños del mundo. Ya me tocará el turno.

—¡Estúpido! Me habla al oído, me soba las piernas, ¿no te preocupes? ¡Ah, ya, está bien, no me preocupo!

Eran las cuatro y el sol picaba fuerte cuando se les unió nuevamente Ricardo Taylor, ofreciendo un segundo drambuí.

—Ay, Ricardo, yo ya estoy medio—medio —exclamó Paz Alicia riendo entre hipos—, un trago más y me muero aquí mismo. Preferiría descansar un ratito.

—Su casa es una maravilla —dijo Jorge Salas—, ese bosque, las glorietas...

—Sí —asumió Ricardo Taylor abrazando a la pareja, uno a cada lado, sobajeando el hombro de ella, acercando cauteloso su mano al nacimiento del pecho—. Tiene buenos rincones, sombras, esquinas misteriosas, arroyos ocultos. ¿Les conté que al otro lado de esa loma hay unas viejas caballerizas del fundo que antes fue esto? Las mantengo, claro que sin caballos. También hay una capilla sin sacerdote. Abel —llamó—. ¡Abel!

—¿Y por qué no tiene párroco? Me encantan los curas —dijo entre risas Paz Alicia—. Ay, qué vergüenza, parece que se me subieron los grados...

—Tal vez le convenga descansar un poco, Pachita.

Llegó el mozo con su impecable chaqueta de algodón blanco.

—Por favor, Abel, conduce a don Jorge a las caballerizas y después muéstrale la capilla. Yo llevaré a la señora a los aposentos.

Jorge Salas miró a su mujer con un dejo de tristeza. Ella le devolvió la mirada: «buena tu primera venta», le susurró al oído, dejándose guiar por Ricardo Taylor.

A través de la ventanilla se vio a todo el gentío aglomerándose en la orilla del agua y a la playa blanquizca quedar sembrada de montoncitos multicolores de ropa. A cierta distancia, sobre un mar ligeramente taimado, ondulaba un bote de los mismos en que los pescadores salen al congrio por las noches. Abriéndome paso a codazos y empujando a los demás pasajeros, logré bajar antes que la micro, cuyo lugar esperaba impaciente una ambulancia, arrancara con su pique arremetedor para la cuesta.

Entre el cuchicheo loruno de los que van y vienen por la Terraza y entre el masivo murmullo de rumores, alguna frase de pronto resonaba nítida.

—Pobre. Y pensar que hacía señas el pobre.

La señora no le responde a la muchacha que se lo dice. Su vista parece embrujada por el bote, bajando y subiendo, perdiéndose y apareciendo tras las olas.

—Es que son tan imprudentes —dice al aire una especie de oso con jockey celeste y bigote negruzco—. Por algo ponen bandera roja cuando la mar está mala.

Alguien de más adelante le hizo eco al enfatizar que tan imprudentes, no, y agregando también que lo que pasaba era que deberían tener dos botes salvavidas y no uno para las dos playas y que en el fondo, más que la imprudencia, ahí estaba la cuestión.

—Qué pasa, qué pasa —pregunta un tardío.

—Un ahogado —le responde alguien.

—¿Qué no era mujer?

—Parece que no, que era hombre.

—¡Pobrecito, Dios mío! Pueda ser que lo salven.

Miré enmudecido el bote y me pareció que si alguien había estado ahogándose, el tiempo para terminar de ahogarse ya le sobraba y que poco y nada se podía hacer. Se me contrajo la garganta y pensé que me vendrían los vértigos, porque yo también he sentido el cansancio en los brazos, la resaca invencible, el agua salada llenándolo todo. La realidad se me fue desmigajando y la memoria se detuvo ahí. Solo permanece el murmullo masivo y cimbreado de las voces confundiendo con el oleaje.

Una muerte no parece mucha cosa. Después de todo, ¿qué es una muerte? Aun en los pueblos chicos morirá alguien cada día. De cáncer, o del corazón, o arrollado por la locomotora. Pero en un balneario, un ahogado es distinto, un ahogado hace que por las venas de los nadadores circule el temor, que las madres aprieten las nalgas cuando sus hijos pisan el agua, que la curiosidad también —por las conjeturas, las descabelladas teorías que pretenden descorrer los velos de la verdad— se despierte más ferozmente y así, aunque los periódicos de Santiago ofrecieron la noticia en tres o cuatro líneas, Cartagena, sí, claro, es sensible que una vida joven, no, todavía no lo encontraban, tendría que salir solo a la playa, o aparecer en la superficie tarde o temprano y por las que estarían pasando fueran los hijos o los padres o la esposa o quienes fueran y qué diablos si lo que el Señor ordena a todos alguna vez ha de tocarnos, y en cuanto al Alcalde, buena ocasión de hacerlo saltar por su criminal negligencia, al sinvergüenza ése, Cartagena, sí, claro, dedicó al ahogado gran parte

de su tiempo y qué hacerle con el destino, verdad, porque debido a qué malditos designios tenía que hallarse tan lejos del bote, aunque, oigan ¿y suicidio, no podía ser? En extremo sensible pero sí podía ser, a pesar de los brazos agitando como en pos de socorro.

El morboso interés que me hace andar siempre buscando muertos, fue creciendo. En alguna parte de ese mar se lo estarían devorando las jaibas, corrientes asesinas lo arrastrarían de playa a playa y el agua salada le habría hinchado los pulmones, el estómago, el corazón, los pulmones, los pulmones. Poco antes una vida. Esos brazos debatiéndose en el oleaje, allá lejos, en el último recoveco del desamparo. La mueca de horror. El miedo espumoso. Esa desesperada conciencia de que se comete el último acto de la vida, mientras ahí afuera, a doscientos metros, todo sigue igual.

Comí un par de jaibas cocidas y salí a caminar, a gastar un poco de suela, a hacerles algunas visitas de estilo a las viejas que monopolizan el copucheo universal del pueblo y sus alrededores. La viuda me detiene frente al puesto de leche. —Ya supo lo del joven del Correo, ¿no? Ése que era tan amigo de su hermano.

—¿Del Correo?

—Se ahogó ayer. Hoy en la mañana sacaron el cadáver.

Alguna vez debo de haberlo visto, algún fin de semana durante el año, cuando vengo.

—¿Era medio rubio?

—Ese mismito. Ayer en la tarde no llegó a trabajar y todos se extrañaron porque no avisó. Era un joven muy cumplidor, dicen.

Lo imagino ahora, lo recuerdo más: sonrisa cordial, bigote delgado, muy del montón.

—Creyeron que estaba enfermo —sigue la viuda—. Pero no. Se había ido a la playa. Lo que casi nunca hacía, dicen. Porque no le gustaba el mar.

—Tremendo, ¿no?—. Una señora que viene de compras.

—Y parece que era casado.

—Pobrecita la señora; cómo estará la pobre —dice la Rosita, dueña del puesto de leche.

—...Ni tampoco le gustaba el pueblo. Quería su traslado.

Siento que puede venir de nuevo el vértigo, llegar otra vez el nudo y es preferible partir, no seguir oyendo estupideces, olvidarse de ¿cómo se llamaba?

—Miguel. Miguel Torres.

De Miguel Torres. Pero es poderosa la imagen, la hermosa imagen siempre, siempre, de un hombre contra el mar.

El sol pica fuerte. Sin proponérmelo, he subido la cuesta hasta el correo, donde no tengo nada que hacer, porque no escribo y nadie me escribe. Sin embargo, es preciso que observe cada rostro, cada par de ojos, cada expresión de quienes fueron sus compañeros (si aquella vez no me sacan, ¿cómo habría sido?, en el instante del arrepentimiento aún había tiempo), preciso que descifre cada reacción, cada gesto, cada sentimiento ante su muerte, porque todos, todos, son los asesinos, preciso que llegue a comprender —*esto* más que nada— qué huella puede haber dejado su vida entre quienes lo tuvieron cerca.

Una señora tan entrada en carnes como en años se ocupa del franqueo tras el breve marco de la ventanilla. Más atrás, un tipo bastante pelucón clasifica cartas y paquetes, y una mujer más joven escribe a pluma en un grueso libro. La veo inclinada y de perfil. Ceja notoria, ojo prolongado en verde, pestañas largas. Y tiasas. Mirándola un poco mejor, no resulta tan joven.

A la más vieja le pido una estampilla de veinte pesos y le digo al pagar que yo era amigo de Miguel Torres y que quisiera encontrar a su esposa para darle el pésame, y trato de hablar bajito, pero el hombre ha escuchado, levanta la cabeza y me estudia mientras ella, como obedeciendo a un reflejo, vuelve la mirada hacia la no tan joven, que se mantiene rígida.

—¿A su esposa? —¿podrá haber ironía en el tono, malicia en su mirada?—. En la Residencial Pandora, pues.

La no tan joven, como piedra siempre, ha entrecerrado los ojos y su pluma no se mueve sobre el papel: está tan detenida como ella.

La vieja casona se yergue sobre un cerro. Desde el piso de arriba se domina el mar, toda la bahía y los pueblos que bordean la costa hacia el norte.

La duela demostró agitación cuando sacando hígado de no sé dónde le pregunté por la señora de Miguel Torres. No sabía qué iba a decirle. Ni por qué. Sin embargo, habría pagado en oro la oportunidad de verla, de intuir su tristeza, su nueva incertidumbre ante el mundo, de saberla confusa en su dolor.

—¿Para qué la desea? —me preguntó desconcertantemente.

—Bueno, quisiera darle el pésame.

—Ah, no tiene idea, entonces. No sabe nada. ¿Los conocía?

—A él.

—¿Y a ella?

—No.

—Se la llevaron. Pobrecita. Tanto que sufrió desde que vinieron aquí.

Por el ventanal se divisaba el sol anaranjado a punto de meterle su olímpico y cotidiano gol al mar. Una brisa fresca se colaba desde fuera y hacía zapatear contra la pared a la marina chueca. *Ella había sufrido*. Las cosas venían saliendo como a pedir de boca. Irreprimibles deseos de verla de una vez y de hablarle ahora mismo, de tener el valor para dispararle unas cuantas preguntas feroces de veneno.

—¿No está...?

La dueña se llevó un pañuelo a los ojos—

—No —dijo en un tono que me pareció cocodrilesco en cuanto a llanto—. Ya se la llevaron. Cuando vinieron a avisarle que el ahogado era don Miguel, ya estaba muerta.

Tuve deseos de patear al mundo, de mandar a Dios a la mierda, de azotarle a esa vieja la cabeza contra la pared hasta dejársela como un membrillo machucado por un niño a la salida del colegio. La verdad se hacía inverosímil. Un drama de lo más simple agarraba ramazones tupidas. Quizás nunca ahora, ¡por la mierda!, llegaría a saber, a entender qué sentido tenía la muerte de Miguel Torres. Qué sentido había tenido su vida. Si solo una vez, una sola vez, hubiera podido ver sus ojos. Los de ella.

–La pobrecita –decía y repetía la dueña.

Y al bajar corriendo las escaleras tuve la imagen de una víctima.

Era hermosa, a su manera. Distinta de la pintura que me había ido configurando. El traje de baño modelaba sus líneas discretas y también insinuantes. Sonreía con los ojos ligeramente cerrados frente al sol. El cabello le caía suelto y confundía su color con las rocas de atrás. Junto a ella, sujetándole la mano y mirándola enamorado, estaba él, más blanco, menos acariciado por el sol de ese verano. También sonriente, también feliz. Cuerpo menudo, casi infantil.

Apareció en primera página, con una leyenda burda. Tomada en el verano anterior y hallada en el dormitorio. Hermosa fotografía. Pero sin cala: insuficiente para ver más allá de la relación de esa sonrisa.

Algo se aclaró al leer la información. El sinsentido aparente de que ella estuviera muerta cuando le fueron a avisar, tenía, después de todo, muchísimo sentido. Porque cuando le fueron a avisar, tenía ya veinte horas que estaba muerta. Con las venas tajeadas. Nada escrito. Ninguna nota. (En el minuto del arrepentimiento acaso no tuvo tiempo.) Crimen y suicidio, o doble suicidio, o crimen y accidente, decía el diario que podía ser. Sórdida truculencia de melodrama.

Caminé en la tarde por la playa. Estuve sobre las rocas donde Miguel Torres y Amelia habían sonreído felices ante la cámara. *La pobrecita*. Las palabras de la dueña me zumbaron toda la noche y apenas si pude, ya de madrugada, cerrar un rato los ojos.

Entraron abrazados. Ella, de pantalones y polera. Él, con su terno de trabajo. Todas las tardes pasaban por ahí cuando Amelia lo iba a buscar al correo y se volvían a casa. Ahora se habían detenido para entrar a comprar sobres. Abrazados, como siempre se les veía.

–*Mijito, ¿me acompaña después a la farmacia?*

–*¿Para qué, mi amor?*

Todo sonrisas. Así tal cual. Todo amabilidad y solicitud y ternura.

–*Quiero comprarme un rouge.*

–*Mañana, mijita, ¿quiere? Estoy cansado...*

–*Bueno, lindo.*

Y tan abrazados se habían ido, con los sobres.

La muchacha de la librería hizo que la escena y las palabras cobrarán vida.

–Y como le digo, esto fue el martes. Un día antes. Él era tan amoroso. La mimaba, viera usted. Si parecía que siempre anduvieran en luna de miel.

Como los había visto la muchacha de la librería, así los vieron todos: amorosos, eternamente enamorados, coquetos y juguetones el uno con el otro, felices. Ahora, medio mundo hablaba de ellos a quien quisiera escuchar. No, no tenían amistades ni enemistades con nadie, sí, querían el traslado a Santiago, principalmente por el niño, que vivía con los abuelos. (Un hijo, por añadidura. Cuánto dependería su felicidad de lo que se le callase.) Claro, era rubio como él, pero con los ojos de la mamá. A veces lo traían, sí, señor, y era un espectáculo verlos bajar a la playa, sí, era el asma la culpable de que no viviera con ellos. Claro que ella viajaba a Santiago todas las semanas y él a veces los domingos, cuando no tenía turno. Nunca, señores, se les había visto disgustados, óiganlo bien, aunque sí se reconocía la posibilidad de que alguna vez lo hubiesen estado.

Imagen quebradiza. Para todos, Miguel y Amelia eran la pareja más feliz. El mundo, sin excepciones, los veía así. Sin embargo, algo fallaba en ese cuadro, alguna pieza no ajustaba y yo quería entender,

¡entender!, y como a estas alturas no me iba a quedar a medio camino, porque los vampiros necesitan sangre, después de un rotundo fracaso con la no tan joven del correo, me fui a ver al inválido, el esposo de la dueña de la Residencial Pandora.

Peleaban como perro y gato –dijo el inválido–. Subían siempre muy del brazo, pero entraban a su pieza y prendía la llama. Alguna punzada insignificante y estallaba la pólvora. Como perro y gato, sabe.

(En esa habitación que no conocía vi desaparecer la sonrisa.)

–Nunca se llevaron bien. Pero la culpa fue del cartero. El tartamudo. Para qué tenía que entregarle la carta delante de Miguelito. Una traición, ¿se da cuenta? Piense que la correspondencia no podía pasar por el correo. Por eso el otro, el profesor, arregló con el tartamudo para que entregara y recibiera de mano a mano las cartas a la señora Amelia. Cartas sin franqueo, ¿se da cuenta? Eso duró un buen tiempo. Yo lo sabía. Aquí sentado no se anda uno a carreras con el tiempo, señor. Sabía que Miguelito lo sospechaba también, por las escenas de celos. Me imagino que le daban alguna plata al tartamudo. Era una cosa infernal, cuando peleaban. Lloraba ella. Después lloraba él. Desde aquí afuera se presentía la violencia.

(Objetos lanzados por el aire. Golpes de mano. De dientes. De uñas. Retratos rotos. Llantos y gritos. La sonrisa se ha transformado en una mueca de odio.)

–...Y después, un poco más tarde, se pedían perdón, querían olvidarlo, se decían caricias y se harían tal vez el amor, usted sabe. Y todo como si nada, como si en ninguno de los dos hubiera cabido el rencor. ¿Comprende? A la mañana siguiente salían llenos de sonrisas y ella lo iba a dejar hasta el correo. Así es la cosa. Él era un joven honesto: nunca se atrasó en el pago. Muy tímido, sí. Ella no. Sabía desenvolverse y tenía conversación. Sabe, en un comienzo pensé que era mucha mujer para él. Cuando llegaron. Tenía personalidad. Pero a poco andar las cosas, vi que Miguelito, con su facha de niño, callado como se mostraba, era hombre de una pieza. ¿Por qué sería

que comenzó lo otro, no? Sí, señor; yo veía mucho de lo que pasaba por ahí. Y créame que nunca quise decirle nada a la Marcela. El tartamudo no debiera habérsela entregado estando él. Fue maldad. Y de ahí partió todo. Ahí se armó.

(Puedo imaginar a Miguel Torres preguntando:

–¿Y esa carta?

Y a ella tratando de ocultarla. Escena demasiado trivial. A él leyéndola mientras ella lo enfrenta sin temor.)

–Las cosas que le dijo, señor. Que era una puta... No me vaya a oír la Marcela. Una puta de mierda. ¿Se da cuenta? Venía llegando del correo, a las doce y media. Y después que la dejó como la mona, le dijo eso y partió sin almorzar. Ella tampoco almorzó. Quiso quedarse encerrada en su pieza...

(La veo llorando echada sobre la cama, pensando la resolución que está a punto de tomar. Tranquila, luego. Como quien sabe. Como quien ha aprendido. Hasta que llega él –no ha ido al trabajo– violento, enloquecido aún, con los ojos llenos de bilis, sacando chispas con los dientes, entrando a golpes a su cuarto, mirando la fotografía de ese verano en el marco plateado y, luego, llorando en silencio, junto al cuerpo que se enfría, y diciendo al salir, como para consolarse, *tú sola te castigaste*.)

–Así dijo al partir. ¿Se da cuenta? Y no hubo más noticias de él. Y todos pensamos que si ella no salía del cuarto, era de pura vergüenza. Sí, señor: “tú sola te castigaste”, eso le dijo.

Bajé las largas escaleras de tabla crujiente. Quise figurarme el camino de Miguel. Tendría que haber cortado hacia la playa, porque para arriba viene el descampado. Salir disparado y correr calle abajo como loco, hasta no dar más. Luego serenarse, ya sin energías que seguir gastando en ira. Exhausto. Caminar lento con la vista fija en nada, con las manos en los bolsillos, hasta ir poco a poco dándole forma, echándole fuego a la idea. Dejar pasar una hora Tú sola te castigaste, le dijo. Y quizás no haya podido soportar el peso de haber dicho esas palabras.

Un diario seguía informando el caso a medida que se iban descubriendo nuevos detalles. Nunca dieron con la verdad. Apareció la carta, la última del profesor. Mal escrita, poco interesante, ni siquiera fogosa. Burda. También publicaron las declaraciones de la concesionaria de los camarines. A las cinco había sido. Arrendó un traje de baño y dejó sus ropas. Después salió trotando y bajó la rambla hasta la arena. En ese punto se perdió su historia hasta este momento en que Miguel Torres, mientras una ambulancia hace turno para ocupar el hueco que va a dejar la micro, divisa como entre pesadillas paradójicamente dulces a la gente aglomerada sobre la arena, allá a doscientos metros, mientras el bote no llega, mientras el bote no llega.

Acabo de recibir una carta de Rogelio —desde un punto del globo bastante lejano— en que el pobre desdichado me cuenta que está en el cuarto de su hotel escribiendo a solo quince metros del mar. Cuando se refiere al mar dice algo muy bonito. Dice: “...con la ventana abierta, escuchando ese rugido tan familiar y querido, aunque sea de un mar cabrón, gris de color, que no huele a nada y que ni siquiera es capaz de parir un par de almejas”, Y esto, desde luego, se debe a que no cualquier mar es como algunas zonas de ese tramo largo del Pacífico que baña nuestro país entero de norte a sur y donde solíamos en otras épocas pasar muchas horas, días, semanas y hasta meses. Años no. Porque de algún modo u otro Santiago estaba siempre de por medio, y era ahí donde había que asistir al colegio, a la universidad, a la oficina o adonde fuera. Pero lo que quiero decir es que si enfilábamos rumbo en dirección oeste desde cualquier punto de la ciudad —o del país, incluso, diría, aun sin ignorar que en el norte el desierto es cosa seria de cruzar— no se nos iba más de su hora y media para llegar hasta las verdes aguas del océano, esas aguas frías, casi hostiles a la piel del afuerino, pero donde las almejas y las cholgas y las ostras agarraban un yodo insuperable. A veces, de muchachos (cuando

podíamos dormir embutidos en un saco de campaña bajo el cielo y sobre la arena o aun sobre las piedras) nuestro principal interés era bañarnos, nadar, abordar o hacerles el quite, por ejemplo, a esas olas gigantes que azotaban la Playa Chica en las mañanas de viento, desde luego que buscar también algunas niñas de buen cuerpo y sonrisa generosa a quienes poder asombrar con nuestras destrezas acuáticas para luego, por las tardes, después del clásico paseo a lo largo de La Terraza, robarles un par de besos fáciles. Más adelante, unos cuantos años, quiero decir, el baño no era ya nuestra principal causa para viajar constantemente al mar. Podía ser la pesca tranquila desde los roqueríos, el descanso de la rutina en que envuelven las ciudades, el cambio de ambiente, relajante para los nervios ajetreados, el deseo de comerse en grupo un buen plato de erizos al matico, de machas a la parmesana, o un insuperable filete de congrio. Todavía algunos años después quizás fuéramos más que nada a pensar, a contemplar ese ritmo tranquilo de las olas durante horas en que el pasado podía enseñarnos algunas cosas importantes, otras fundamentales. Mirando hipnotizados esa masa de agua cambiante. Recuerdo siempre una frase que mi amigo Manuel –también con él nos escribimos desde lejos– puso en una de sus novelas. Decía: “Fundaría un país a la orilla de tus ojos, cambiantes como el mar”. Creo que no he leído nunca una declaración de amor más efectiva, más dinámica. Manuel también tuvo que salir después de la tragedia de septiembre y anda por ahí perdido en otros continentes... Y éramos siempre un buen grupo de marinos de agua dulce que de algún modo, juntos, habíamos aprendido a sacarle a la vida una que otra cosa positiva –la risa, por ejemplo– y a saber que nuestras costas podían ser un factor primordial en ese descubrimiento. A Antonio, para citar un caso, si le gustaba la Playa Chica era por todo lo contrario. Típico y de buen todo resultaba decir: “Cartagena en invierno es precioso, magnífico, de primera, pero en verano no se puede aguantar, tanta gente, tan atestado (tanto “roto” para los más siúuticos), ni andar se puede”. Antonio, en cambio, con su vitalidad de bestia nueva, y complejos de su incipiente panza, dijo, entre niños que tiraban arena a los ojos,

entre pelotazos y fotógrafos, entre panes de huevo y las canciones del loco “Mejillones” por un peso, entre niñas de todos los colores y viejos de todas las edades, entre quitasoles y tarzanes bronceados que levantaban pesas, dijo: “esto es lo que me gusta a mí. Me carga el hueveo de la playa solitaria”. Sin embargo, también es cierto que a cinco kilómetros de ahí estaba justo el lugar para la cita clandestina, para que el señor Equis, casado con la señora Zeta (de Cartagena) se encontrara con la señora Jota, casada con el señor Eme (veraneando en Las Cruces). ¿No te acuerdas, Rosana, cómo nos dejábamos ir por las pendientes suaves de las dunas, cerca de los conchales primitivos, cómo nos besábamos, cómo tú me pasabas las manos por mi melena de vago impenitente, cómo yo de pronto me quedaba helado solo de contemplar la hermosura de tu cuello, esa curva suave, larga, que no puede tener metáforas, y nos desnudábamos tan sueltos de cuerpo, total, ahí quién? Íbamos de a poco llegando hasta el mar y entre yo mirándote y tú mirándome todo era puro asombro, como si nunca nos hubiéramos visto antes, como si fuera una primera vez, primera y única vez desesperada, porque en ese momento quizás lo importante, lo primordial, era que el tiempo, las malditas horas, se venían encima muy rápido, así como si ya se estuviera acabando todo, como si fuéramos a morir y el último adiós– la copa del estribo– reventara en ese encuentro solitario, tan secreto, tan angustioso, porque después de todo ¡en eso! la libertad sí que no era nuestra. Y sonaba la campana como en los colegios cuando el recreo termina y otra vez a clases, ya, adiós amor, reina preciosa, adiós cabro de los cielos, sí, mañana no, pero el martes, el martes sí como sea, contra viento y tempestades, te dejarías quitar la polera roja, el bluyín ajustado, para que mis pobres ojos de mortal silvestre otra vez se abrieran enormes ante el abismo de tu figura delgada y curvulenta apenas cubierta por un calzón blanco y un sostén que tampoco enganchaban a nadie. Sobre la arena sentada japonesamente hasta que mis manos violentas y también solidarias, pero sobre todo violentas, te arrancaran a tirones aquello y quedaras convertida en una Eva de veras maravillosa para la que cualquier pobre Adán

fuera apenas un vello del peine. Sí te acuerdas de cómo entonces mis manos te retorcián al recorrerte, de tu sonrisa que no podías ver pero que yo sí calibraba muriéndome de tanto deseo mientras entre risas y mariposas íbamos rodando al agua, a meternos en esa sal donde hacer el amor flotando era tarea de titanes, de un par de bárbaros titanes para los que ese momento de amor pudiera ser la única razón de vivir, pero Rosanita, no te aflijas ante el recuerdo de la violencia —no la de los celos—, la del mar, que es el gran regulador, porque “las tardecitas de Buenos Aires tienen ese qué se yo”, recuerda, detenidos ahí entre semáforos y melones, llenos de gente alrededor que también sabían que estaban “piantaos, piantaos” y antes de apretar el botón de la radio del auto, te dije “quiero regalarte un tango”.

—¿Cuál?

—Piantao.

Y te dije “aquí lo tienes, con ‘valsecito bailador’ y todo”, y entonces aprieto el botón y suena la radio como un mago de cuentos orientales justo diciendo “vení, volá, vení”, y ahí, queriéndonos entre angustias automovilísticas, cordilleranas, o incluso hasta de la onda aviadora, no creas Rosana que no, nunca voyas a creer que no, la vida tiene sus puntos y comas y de veras pienso que un amigo que tengo está justo en el medio de la razón cuando dice que de todas las cosas, lo primero es el mar; sí, largas playas solitarias con amplios dunales donde ningún acto secreto podía ser descubierto desde la tierra. Todo eso: el baño, el amor, los mariscos, la meditación, todo eso era el mar. Por eso la carta de Rogelio me ha puesto en onda pensativa, nostálgica, acaso sabía frente a tantos hechos. “Sabía” puede parecer pedante. Pero la verdad, han pasado no solo algunos años sino también bastantes cosas. ¿Baeza, dónde está? Durante un tiempo —marino nato— solo pudo oír el mar sin verlo porque los verdugos le vendaron la vista cuatro meses enteros en la isla Quiriquina, donde olas y resaca se escuchaban de cerca. ¿Dónde está ahora? ¡En Tanzania! Todos, todos están en países raros, trasplantados, adaptándose a nuevos climas. Casi siempre lejos del mar. Ernesto en Noruega, cerca de las legendarias Lofoten, un poco más próximo a las olas

que los demás. Y Saurio, ocultándose de los fríos en Vancouver en una sala de hospital donde su voz cansada no tiene posibilidades de ejercicio, mirado desde el otro lado de un vidrio por su tierna Negra y por los niños asombrados y dolidos. Lejos del mar. Y el “Mono”, poetizando el socialismo sin erizos ni ceviche ni boleros de la vieja guardia. Lejos del mar. ¿Será posible que las furias de Satán hayan arremetido contra todos a la vez? ¿Qué la muerte entre torturas de Enrique y Víctor, que el cáncer ya sin vuelta de doña Olga, la sordera de Baeza, la neurosis de Rogelio y el suicidio de Jorgito sean producto también de la circunstancia histórica? ¿Pero por qué entonces a mí no me ha pasado nada? Quién sabe si en el mar se encuentre la razón. Al comienzo, lo miraba durante largos ratos al llegar del trabajo. Sí, el mar. Me sentaba a mi escritorio, apagaba las luces (menos la lamparita roja) y lo miraba hipnotizado, igual que en otros tiempos allá lejos, apoyado sobre la baranda del buque, de pie contra el viento en los roqueríos de abajo, o desde el ojo de buey de mi camarote, sobrevolado por gaviotas en espera de cardumen para lanzarse piqueros que parecían flechazos inequívocos, las casitas de Las Cruces apiñadas al otro lado de la extensa bahía que nacía ahí mismo y dibujaba la media luna. Me sentaba, digo, a mi escritorio y lo tomaba entre mis manos. Veía su agua mecerse suavemente, ondular como al paso de una brisa ligera, avanzar la ola inofensiva con su ritmo inconmovible hasta chocar contra la pared transparente de esa cajita mágica y luego devolverse en un pequeño remolino. Después, un movimiento de mano y las aguas se agitaban y se levantaba violenta la espuma y las olas crecían, se hacían gigantescas, azotaban y yo ahí, en mi escritorio viéndolo todo, temeroso de que siguiera la tormenta. Pero eso de los largos ratos después del trabajo era solo al comienzo. Más tarde fue creciendo el tiempo y empecé a faltar a la oficina. Me levantaba por la mañana y trataba de no pasar frente al estudio para evitar la tentación, pero de pronto, antes de salir, me engañaba a mí mismo, echaba de menos cualquier cosa para tener el pretexto de entrar y entonces abría sigilosamente la puerta, lleno de un temor muy hondo. Allí estaba, sobre la mesa escritorio ber-

mellón. Ahí empezaba una vez más a deleitar todos mis sentidos, porque aunque esas olas encerradas no rugían, yo las escuchaba y escuchaba también la fuerza del viento, y me iba quedando, olvidado ya del reloj, lejos de la oficina, lejos de todo, cerca solo del mar. Así fue como empezaron mis ausencias del trabajo, gradualmente, hasta ahora en que me trajeron aquí, en que ya no salgo de esta habitación blanca donde vivo solo con el mar. Me ha crecido la barba y se me han agrandado los ojos. No suena ya más el teléfono y a veces, cuando me comparo con los otros, los lejanos y los que nunca ya veré, me aferro a la idea de que es por eso que me salvo. Que es el mar que tengo encerrado entre cuatro paredes de acrílico la razón de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que.

11. Morir en Guanajuato

Se llamaba *Leonor Andrade Sánchez*, dijo el guía mientras nosotros nos retorcíamos mirando estupefactos el único diente que asomaba del hueco bastante macabro de esa boca en gesto de dolor. Ella estaba de pie, al lado del doctor francés y alineada junto a las otras dentro de la vitrina. De su sexo arrugado subsistía únicamente la zanja que divide ambos montes semipoblados de largos vellos color café, sus piernas, desde el disminuido muslo, iban descendiendo hasta penetrar muy escuálidas (solo huesos y piel seca amarillenta) en unas botas de cuero negro que habrán sido espléndidas en otra época, puesto que a pesar del dolor ella quiso ponérselas para ir hasta el salón a decirles a los demás que ya estaba bien y que su hijo vivía, que sí vivía, dijeran lo contrario, y que para que todos lo vieran con sus propios ojos ahí lo llevaba acunado en el brazo izquierdo, mientras el derecho sostenía en lo alto una mano empuñada en torno al mango de hueso de un cuchillo; botas que habrían caminado también los caminos del cielo y del amor, que habrían subido mil veces y bajado mil veces esas callejas estrechas donde a veces de balcón a balcón se besaba un par de enamorados infelices por la cruel imposición paterna de la dulce, pero no seamos: para que alguien nos entienda, sepamos primero nosotros mismos qué es lo que deseamos que se

nos entienda, es decir, a todas luces y certeramente volvamos atrás y *ordenemos* bien las piezas del rompecabezas: Leonor Andrade Sánchez seguía de pie junto al doctor francés, sin su hijito en el brazo, pero con el grueso hilo muy visible juntando sin escondrijos la carne de su vientre que el bisturí debió haber separado bajo la dirección de una mano quizás experta, quizás torpe, pero eso sí dueña del firme propósito de dar vida al hijo que se anhelaba, de lograr que a pesar de todo lo difícil, de todo lo que vendría (un año, otro y otro) aquellos pulmones diminutos recibieran el primer violento impacto de este aire malsano que no solo porta oxígeno sino también la esencia del veneno, de asestarle el primer golpe sobre la tierra.

El feto de Leonor Andrade Sánchez, continuó el guía, *lo veremos más adelante, en la vitrina de los niños.*

Y siguió diciendo que el médico francés, ahí junto a la desdichada Leonor, era el único otro extranjero del museo, aparte de la china. El médico era un hombre alto. Podíamos notar que durante quizás los primeros días después de alcanzarlo la muerte, le había crecido una barba suave y rubia, y también —como excepción entre todas las que llevábamos vistas— que su mueca de horror parecía casi una sonrisa, pero no, explicaba el guía, no fuéramos a creer que las otras eran muecas de horror, no nos equivocáramos, ¿entendíamos?, tomáramos en cuenta que al ir deshidratándose los cadáveres, la piel del rostro se estira haciendo presión sobre la mandíbula inferior y recogiendo los labios, de modo que aunque el muerto hubiera muerto de la más plácida muerte, terminaba siempre por mostrar esa horrible mueca que solo dejaba algunos dientes a la intemperie aunque era sí preciso recalcar que dos de las muecas de horror eran en efecto verdaderas: la del minero que murió ahogado y la de la china, en cuya enagua, fijáramonos bien, podía observarse el tajo y la mancha de sangre seca en torno a la herida ya sin vigencia que produjo al penetrar el cuchillo asesino, sí, viéramos, era una china joven, de esqueleto frágil, que a pesar de los veintidós años que llevaba en el museo y de los cinco que previamente estuviera enterrada en el

panteón, seguía siendo joven, muy china, como si no quisiera prestarse a confusiones raciales, y como si se negara a envejecer. Porque, eso sí, teníamos que saber, por ley el panteón les daba sepultura gratuita durante cinco años, pero trascurrido el plazo los muertos eran sacados si es que no había un ser sobre la tierra que quisiera pagar por la perpetuidad de su descanso. Era curioso, notáramos, que al no haber querido nadie financiarles la eternidad, se les hubiera eternizado de un modo mucho más poderoso, porque no a todos los que expulsaban de sus tumbas les tocaba el privilegio de entretener y asombrar a los ojos del mundo: a la mayoría los incineraban y entonces preguntáramonos por qué misteriosos designios estaban juntos los presentes. ¿Acaso alguna fuerza había vuelto a unir a algunos de ellos después de la muerte para ilustrar el sinsentido que a veces significa vivir? Y diferenciándose también del resto, los dos únicos extranjeros, quién sabe debido a qué dictados del pudor, eran también los únicos que seguían con sus vestimentas: ella con su enagua ensangrentada, tal como se hallaba cuando el flujo de sangre y la muerte se unieron en la misma sustancia. A él, en cambio, lo enterraron de chaqué y zapatos de charol y hasta viéramos la cadena de metal cruzándole el espacio que otrora ocupara su buena barriga.

Quién pudiera saber en qué fecha exacta un joven médico de Normandía, cansado del tedio de la provincia francesa, decidió tirarlo todo por la borda y abandonó a su esposa y a sus cuatro pequeños para tomar el tren nocturno hasta Marsella, donde se embarcaría en un destartalado paquebote cuyo destino final era el puerto de Veracruz. Pero un día bien preciso sí sabemos que llegó a Guanajuato con un maletín donde llevaba sus implementos médicos y otro maletín donde llevaba su chaqué; de aspecto pobre, barba de varios días, y una dignidad que jamás lo abandonaba. Ese día era el 11 de febrero de 1937, según supimos por el patético diario de vida que nunca al parecer dejó de llevar Pai Li.

De pronto cruzaba la plazoleta frente a la Posada Obsidiana y se me apareció Gerard sentado en un banco fumando su pipa... Cuando ya estuve

muy convencida de que era él, aunque la verdad es que lo supe de solo verlo debido al golpe que recibí, como una corriente eléctrica, después de tantos años, desde que nos dijo adiós a mí y a mi padre al pisar Veracruz, así, con toda naturalidad, igual que si nunca en el barco me hubiera herido con sus raros ojos penetrantes, a pesar de lo niña que entonces era yo. Me senté junto a él y suavemente posé una mano sobre su brazo. Los ojos se le iluminaron al mirarme y no dijo nada más que “ya eres toda una linda mujer”.

Nos falla el acceso a muchas de las páginas que Pai Li habrá escrito desde que comenzó a llevar el diario hasta que la pluma fue deslizando en él su última palabra, que mucho quisiéramos poder leer. Pero hay algunas cosas que nos logramos imaginar. Habiendo perdido a su padre cuando ante la desesperanza éste quiso tentar mejores rumbos y se lanzó a cruzar nadando el río Bravo, Pai Li se dedicó con afán y mucho esfuerzo a encontrar un lugarcito en la vida. Pasaron algunos años y llegó a tener una coquetona tienda de ropa para niños que en gran medida ella misma se encargaba de coser y bordar con hermosos diseños orientales. Alquilaba una casita de dos recámaras que de seguro habrá sido, casi sin dudas, la primera morada que en esa ciudad tuvo Monsieur Gérard Loti, y nido también de un desprejuiciado romance que durante la navegación sólo había rondado los lindes de lo platónico. Queremos imaginar que al cabo de un año o tal vez un poco más, el médico tendrá ya una clientela lo suficientemente buena como para instalar su propio consultorio y tendrá ya también relaciones con alguna joven de la zona, candidata a cambiar su dinero y su buena casa por un apellido francés y por el prestigio que suele dar a las familias el ejercicio de la medicina, dos razones de sobra para anidar un poderoso anhelo de independencia. Por eso es que también nos resulta fácil imaginar su reacción la tarde en que Pai Li le cuenta la noticia.

Y aquí tenemos a la más extraña y a la vez extraordinaria momia del mundo, sigue el guía, dando una cuchillada al curso de nuestras divagaciones. Démonos cuenta, momia sin siquiera haber alcanzado a nacer, momia feto porque supiéramos que el momento en que Leonor Andrade Sánchez de Loti sorprendió a amigos y parientes con

el bebé acunado en su brazo izquierdo y gritando desesperadamente que todos miraran, que si acaso no veían que estaba vivo, el pequeño llevaba dos días muerto sin que nadie hubiera podido alterar la situación y, antes, según el propio padre, habría pasado otros dos o quizás más días sin vida dentro de la entraña materna. “Gerard, Gerard”, había dicho ella antes de caer a la alfombra de la estancia, “¡qué hiciste con nuestro hijo, cómo pudiste!” y ésas fueron las últimas palabras que pronunció sobre este mundo. El señor Andrade, haciendo a un lado a la señora Sánchez que trataba de calmarlo, se colocó frente al doctor francés y le dijo:

—¡Usted es un imbécil! Haga cuanto antes sus valijas y se larga de esta casa. Y también de la ciudad. ¡No quisiera volver a encontrarme con usted!

Tal vez fue a partir de ese momento que comenzó la larga pero precisa carrera hacia la indigencia del doctor Gérard Loti.

—Necesito hablar contigo —le había dicho Pai Li apenas unos meses después de que él hubiera instalado su consultorio—. Ven a verme, por favor, si puedes.

Maletín en mano, Gérard llegó a la pequeña casa. Aunque el romance ya se había roto, siempre sus relaciones permanecían tiernas y a veces hasta desembocaban en un creciente juego amoroso entre chispas que seguían de algún modo manteniéndose vivas, a pesar de Leonor. Él nunca dejaba de mirarla como queriendo deshacerle los ojos almendrados, como queriendo reconstruir perfecta la imagen de una bella adolescente oriental que se ríe y que también se pone nostálgica apoyada junto a él sobre la baranda de estribor mirando los infinitos juegos del mar. “Algún día te voy a encontrar”, le había dicho él. “No”, decía ella, “soy yo la que te va a encontrar algún día.” Pai Li lo hizo sentarse y le ofreció té. Luego, sin ambages, le dejó caer la causa de su llamado, sí, estaba encinta, sí, naturalmente que de él, no había conocido a otro hombre, cuatro meses ya y no, no había dudas. Él tiene que haberse ofuscado, que haberse puesto nervioso, que haber sentido miedo y visto derrumbarse su gran

sueño tan cerca de la realidad, las bodas que sorprenderían a todo el estado. Qué puede haber dicho. La habrá palpado, le habrá gritado estúpida al comprobarlo con sus dedos, pero habrá terminado de seguro acariciándola y poseyéndola como tantas otras veces.

Es frecuente que la gente se desmaye, siguió el guía mientras el doctor francés y la china hacían el amor despiadadamente, sobre todo, aseguró, algunas damas extranjeras que venían de turistas y que no tenían costumbre. El caso más patético había sido el de una señora francesa ya madura que andaba conociendo el país con la mayor de sus hijas. Después de pararse frente a la primera vitrina, un tanto descolorida, sus ojos se habían abierto hasta el desorbito y un grito de horror agudo, ¡Gérard!, había hecho eco recorriendo las bóvedas mientras la mujer caía exangüe a los pies de charol que se proyectaban desde un pantalón a rayas.

Podemos preguntarnos por qué Gérard Loti, siendo médico, eligió un modo tan brutal para deshacerse de su amante cuando supo que ésta se estaba cruzando en su camino. Por qué no usó el veneno, una bala en la sien, las manos en torno al cuello. Pero también podemos preguntarnos qué tiernos pensamientos suicidas atravesaron la mente de la chinita Pai Li en el momento en que decidió dejar un puñal desenvainado sobre la mesa de noche junto a la cual hacían por última vez el amor, y preguntarnos además por qué designios de la pasión se empeñó en facilitarle hasta ese punto las cosas al médico francés que desde su vitrina parece examinarnos ahora con horror e ironía.

12. Dos lagartos en una botella

Quizás el malestar físico que siento se deba a la sobredosis de vino. O a un desajuste de la sangre. Pero aquí el rugido mecánico del mar me alivia.

—Sí, amor, atúrdeme, estruja mis pechos, bésame más, bésame mucho, igual que en el bolero, como si fuera esta noche la última vez.

—Dame la botella.

—Porque sí es la última vez.

¡De la patada este pisco!

—Seguro que tienes miedo de perderme, así es que no te hagas.

—Ya te perdí, ¿no? ¿No dices que esta noche es la última vez?

—La última hasta mañana por la noche... No, digo en broma, ahora la cosa va en serio. Tú regresas a tu casita y yo aprovecho para casarme...

—¿Qué porquería de pisco!

—...de una vez, ¿o quieres que me quede para vestir santos?

—¿No te estarás poniendo demasiado cínica?

—Sí; pero tú me diste la lección clave: ¿cómo era eso de que el amor eterno dura dos meses?

—¡Una mierda de pisco!

—¿Cuánto llevamos? Más de un año.

—¿De dónde sacaste esta porquería?

Del departamento me fui al bar. Sólo Teófilo estaba allí con su rostro de viejo búho, su simpatía, su contundente humanidad. Conversamos primero sobre insectos y sobre sapos. Empezó parodiando él una disertación acerca de lo rígida, lo inflexible que es la naturaleza, y luego cada uno relató pequeñas escenas pertinentes: palotes devorados por arañas peludas en una caja de zapatos, peleas entre lagartos dentro de una botella, cucarachas ardiendo en un charco de alcohol, alacranes lanceteándose su propio veneno antes de ser derrotados por la llama.

Al rato llegó Nicomedes con un pañuelo de sangre sobre sus narices. Otra humanidad terrible. Seres que alientan porque han sido capaces de sobrellevarlo todo, porque después de tumbo y tumbo han vuelto a levantarse, porque los manteos cotidianos no han logrado emputecerlos, porque han sabido tener “gracia bajo la presión”, porque *sí* conocen y han superado el miedo.

—*Sí, ya nunca nunca. Son las dos de la mañana. Tendrás que ir partiendo.*

—*Canta otra vez eso de “debemos separarnos, no me preguntes más”.*

—*Sí, ya sabes que no es falta de cariño.*

—*Me quieres con el alma.*

—*Te acabaste la botella y además de tarde vas a llegar borracho.*

—*Qué más da.*

—*Tu señora te va a hacer tantán.*

—*Buena excusa, ves. No estuve pasando con mi amante la noche del estribo, acariciando así sus pechos tan suaves, deslizándole la lengua por los pezones para que se pongan duros, lamiendo su ombligo y hacia abajo hasta enterrarle ahí los dientes, todo por última vez, entre sus sábanas rosadas y la Partita número dos en transcripción para guitarra, sino que estuve en un bar, a ver, en El Bosco (siempre hay que particularizar) jugando al cacho y echándome unos pencazos con los compañeros de trabajo, ¿qué mejor?*

—*Chao, amor. Y ahora sí en serio: no vuelvas a buscarme, ni me llames. Para que no te quepan dudas, me caso esta semana.*

—*Mejor. Así no tendremos oportunidad de volver.*

—*Entonces: colorín, colorado, este cuento se ha...*

—*Acabado.*

Nicomedes se integró al tema de las criaturas indefensas y Teófilo terminó teatralizando que la más indefensa de todas es el hombre, que nace y demora tanto en valerse por sí mismo; que solo al año aprende a caminar, lo cual no le sirve de nada; que cuando es pobre supera toda pobreza: la de los perros vagos, la de las ratas, la de los peces fuera del agua.

Propusieron otra botella de tinto. Hubiese bebido con ellos —es difícil levantarse de su mesa— hasta recuperar el ánimo. O hasta embutecerme. Nunca había sentido tan pocas ganas, tan pocas fuerzas, tanto vacío para trabajar, y me quedaba apenas media hora y eso es lo que demoraba el viaje a la oficina.

Nicomedes me dijo que no fuera. Que me excusara por teléfono. Que justamente para ese tipo de cosas se inventaron los teléfonos. Me paré violentamente asegurando que partía en el acto. Teófilo sonrió búdicamente: “En el camino se arregla la carga, Ricardo”, dijo. “Te quedará la buena satisfacción de haberte derrotado a ti mismo.”

Y partí. Me alejé mirando siempre al suelo y lanzando cada tantos pasos un escupo.

—*Pero si la otra noche dijiste colorín, colorado, este cuento se ha acabado y te persiste a llorar como niña chica, hecha una loca.*

—*Por eso te fuiste.*

—*Me irrita el llanterío.*

—*Bueno, para poner las cosas claras, eso fue la otra noche. Cualquiera puede ser débil en la noche. Pero de día es distinto.*

—Pero si la otra noche, entre llanto y llanto, dijiste que me amabas y te afe-
rrabas a mi cuerpo para que no me fuera.

—Porque sabía que era la del estribo, que después ya no, que nunca más.

—Que me tirabas la cadena definitivamente.

—Si quieres convencerte, cuando te fuiste se me calmaron las lágrimas y eché
desodorante ambiental en mi pieza para que no quedara ni olor a ti. El pañuelo
que dejaste, lo tiré a la basura. La toalla con que te secaste, la quemé. Aquí ya
no eres nadie.

—Por favor.

—Saca tus manos, no vuelvas a tocarme. Nada de favores.

—Pero si la otra noche. Por favor. No me dejes ahora, que tengo mucho
miedo.

(¡Qué gran sedante es el mar!)

Llegué a las siete, mareado por el vino y el sueño en la corrien-
te del autobús. Finalmente no fui a la oficina. Finalmente bebí,
también, pero sin Nicomedes y sin Teófilo. Solo. Donde Rodrigo.
Después hablé mucho, despatriqué más bien monologando sobre
la irresponsabilidad, sobre lo poco y nada que a ratos me importa
todo, sobre la tontería y el prejuicio, sobre los que fingen, sobre las
máscaras, sobre los que no son ellos mismos, los gusanos, los vagos,
los incapaces de vivir porque ya no sienten, los de sangre fría, los
que conocen al revés y al derecho la utilidad de la razón, los que con-
vierten la vida en un esquema, los que se van en un momento dado,
los que dicen que los hombres no deben llorar y lloran a escondidas,
los que en tan solo un minuto lo tiran todo por la borda, los que
tienen algo que perder, los ruines, los que piensan todo lo contrario,
los que van por ovejas y tampoco salen trasquilados, los que de rodi-
llas piden abrazos fraternales cuando quieren cama, los Burlaps, los
que escriben la vida de los santos y se regocijan en burdeles.

El vino hace decir buenas cosas que se dicen con la sangre ca-
liente, no con el cerebro; lo que siempre se niega, lo que permanece
rezagado bajo el peso agobiante de la vida diaria, lo que siempre se
teme, lo que pudoriza el alma.

—¿Qué sacas, tontito? Has estado viniendo todos los días a rogarme y mi
respuesta es siempre una. ¿Todavía no te das cuenta de lo dura que soy?

—Dame un trago.

—No hay trago.

—Un café.

—No hay café. Mira, no sigas: para ti no hay nada. Solo la puerta. Y
créeme. Ahora te vas a ir. Te juro que tu miedo me tiene sin cuidado. ¡Miedo!
¿Miedo de qué?

—Miedo de todo. De no verte.

—De no verme, qué risa.

—De no tenerte más.

—De no tenerme más, qué risa.

—De perder tus piernas para siempre.

—Qué risa, qué risa, jajá. Ahí está la puerta.

—De la soledad, de todo. Hasta miedo del miedo. Porque lo he
pasado mal sin ti, no me jodas, sigamos juntos. Cásate si quieres,
pero sigamos juntos. Te necesito.

—No, perrito regalón. ¡No me toques! No me ablandes. Para que
te vayas rápido: el casorio es mañana. Y la luna de miel fue anoche.

—¡Putas de mierda!

—Y tú serás muy rico, sí, pero él es mejor. Es salvaje. Me hizo ver
estrellas, dar gritos, delirar.

Estoy frente a la ventana, con la lamparita encendida. Inevitable-
mente al levantar la vista me veo reflejado en el vidrio. El ceño per-
manentemente arrugado. Los ojos empuñados por el esfuerzo
de mirar fijo sin ver bien. Sigo relajándome y cada vez soy más due-
ño de mí mismo. (Es el mar.) Sin embargo, estoy seguro de que no
querré dormir. Seguiré solo, solo allí mismo, *allí*, putamadmente
solo imaginando compases cálidos, locos pasos de ritmo tropical,

calor y todo (tengo mucha, mucha sed) y me daré vueltas entre la misma musiquita, perturbado no únicamente por la incertidumbre de lo que está pasando *allí* en el mismo momento, sino también por algunos recuerdos del día: el pescador muerto, cuando llegué; el otro, el loco, conduciendo a toda su familia hacia el mar, luchando para no ser embutido en la ambulancia que lo ausentará para siempre; los perros que Sanidad envenenó con albóndigas y el llanto de la señora por su perrita blanca; el hombre débil que se ha creído fuerte y que no sabe evitar lo que hace, lo que dice, el ridículo; que comienza por decir que no irá y sigue por ir y quiere luego quedarse y te dice y te agobia, te exaspera, demuestra su aniquilación, baja la guardia, no sabe, no sabe. O *sí* sabe y no le sirve para nada porque no puede, ha dejado de ser su propio dueño y a pesar entonces de saber, sigue y sigue hasta que se le hace más clara la luz y las emprende, pero muy tarde ya para desandar el camino, para no haber dicho lo que se dijo, no haber hecho lo que se hizo, para insinuar una fortaleza que no se tiene; los muertos de un choque en Tokio que no tenía por qué ocurrir; la carta de un hombre al consultorio sentimental de un periódico vespertino pidiendo a gritos que le digan que sí, que es un imbécil, porque no supo retener lo que quiso, porque dejó que hicieran de él otro loco; retazos de conversaciones anteriores que siguen vagando en el inmenso espacio de tu cráneo: no, claro, no estamos dispuestos a vivir, enterrémonos entonces; ilusiones forjadas, calles que pasan, un café aquí, allá un almuerzo, o la espera en el atardecer de la pieza oscura, el tiempo, el tiempo, el goce intenso de una nota de violín que cala los tuétanos, o una canción que parece aullada desde lejos, el labio retorciéndose en angustia por el beso, una carrera loca por el encerado, una danza, un caminar nervioso de ida y vuelta, en el Cerro los animales vistos desde fuera de la jaula, un lazo creándose que se corre y estrangula, la angustia cada mañana (no, no, no estamos dispuestos). Y todo se ha ido confabulando para que surja la idea de que sí, de que ahora. Pero se promete, se da la palabra, se jura y entonces la respuesta es no. Estaba equivocado, fui un estúpido, era apenas la imaginación, o la vanidad, las defensas que siempre salen al camino, el buscar sentido oculto a la palabra, a un

hecho que no lo tiene, una palabra que ha sido dicha sin sangre y un hecho que se ha cometido por el solo desconcierto de un momento (porque sí lo habías dicho, sí mandaste el beso desde el espejo, sí escuchaste mil veces sola revolcándote la música que te llevé), el desmenuzar cada gesto en beneficio de nuestra propia tranquilidad, el intento inevitable de engrosar sin límites el ego; otras ideas que se han ido amalgamando, que toman forma y que están prontas a decirse pero se atajan en la punta de la lengua debido a un hombrecito de cuatro años y ojos claros que también se llama Ricardo y que desde la camita roba una sonrisa cada noche al borracho, mientras la más pequeña duerme escondida bajo las sábanas.

Sí; por eso la verdad era importante. Saber, tener certeza. Porque siempre dos personas pueden irse, partir, seguir viviendo.

—Es salvaje —dijo ella con un mohín voluptuoso en la expresión—. Me hizo ver estrellas, dar gritos, delirar.

En ese instante él le plantó la primera cachetada. Ella cayó sobre el sillón cubriéndose el rostro. Él la levantó tirándola del pelo y le dio otras dos palmadas repitiendo la palabra puta. Volvió a empujarla al sillón. Volvió a levantarla del pelo arrojándola ahora contra la pared. Ella lloraba y gemía. Se dobló y cayó de rodillas sobre el suelo. Él la volvió a empujar ahora con más violencia. Ella quedaba tendida. Entonces le asestó la primera patada y después no pudo detenerse hasta verla inconsciente y con la cara llena de sangre. Enseguida se dejó caer sobre la alfombra y no pudo evitar que mientras se daba de cabezazos contra el suelo el llanto le fluyera en torrentes, porque era cierto, pues, que la había perdido.

Vaguedades. Todo, vaguedades. Se terminaron los cigarros. La sed no mengua. Me voy, el malestar se me ha pasado. No hace frío y dejaré la puerta abierta. La noche se ve clara y mañana estará más aclaro aun. Purificarse con un baño de mar, correr, sentir el nuevo día, hundir, pisar asfixiando todo aquello que no debe perturbar nuestras vidas *tan* tranquilas, tan intocables, tan, tan serias.

13. Gerswin bajo la luna

Quien no sabe, pinche Seco, que la música tiene la magia de transportar a las personas a otras épocas, igual que los aromas, incluso a vidas anteriores, según juran algunos fanáticos que creen en la transmigración del alma, chifletas, pienso yo, y te lo digo porque mi memoria se comunica contigo por control remoto, mientras este concierto al aire libre que parece surgir desde un cuento de hadas, me regala el pasaje para un vuelo largo, tanto por la distancia como por el tiempo. Estarás en Marsella, disfrutando una *boullavaise* en algún bistró del *Vieux Port*, aplanando las calles que suben y bajan, pintando trombones o marimbas. Yo sigo donde mismo y ahora también escribo un poco, siempre como en provincia.

Bajo el cielo nocturno aclarado por los favores que le brinda una luna grande y naranja, cientos de personas ocupan las butacas dispuestas en filas circulares que intentan encerrar la plataforma donde se ha instalado la orquesta y un director de movimientos plásticos agita su melena gris y va guiando la organización musical de Gerswin, que vuelve a irradiar la locura mariguanera que nos desbordó aquella misma tarde antes de que llegara a mi casa el Rayo mane-

jando su jeep Safari desde el DF y después de mucho Gershwin –la Rapsodia, el Concierto, *Bess, you is my woman now*– cuando se dejó caer la noche, salimos a explorar las cantinas de Cuernavaca, nuestra querida ciudad de la eterna chingadera, no todas, eran solo siete las que nos interesaban, las que seguían vivas y alertas veinticinco años después de que las frecuentara el Cónsul Geoffrey Firmin tan solo porque desde las páginas de una novela lo enviaba su amo y señor Malcolm Lowry, quien las usaba a diario para consumir mezcal y obligar también a su personaje a beber al mismo ritmo que él había logrado con el tiempo, desde que alguna luz mágica le reveló que no existe mejor desayuno que un gin doble con jugo de naranja, sustancioso y reponedor de la noche, en lugar de media papaya y una paila de huevos con tocino, ni tampoco mejor cena que una gran cantidad de mezcal. No vayas a creer, amigo Seco, que me encuentro en esa alegre multitud que escucha a Gershwin bajo el cielo de Aldernach, la ciudad donde nació tu ídolo Bukowski. Sigo en la eterna primavera y estoy cómodamente sentado en un sillón “colonial” que instalé en lo que llamo “el estudio” de mi casa, por así decirlo, más que casa una cabaña elemental, aunque con ventanas y puertas hacia lo verde, nuestra exuberancia vegetal, aromática y colorida y estoy mirando la pantalla que retransmite el electrizante concierto, con un vaso de vodka en la mano también electrizante, y la memoria colmada de imágenes electrizantes, tiempos buenos y tiempos malos, pero al menos tenemos la ventaja de que los malos se olvidan con mayor facilidad mientras los buenos van instalándose en tu vida diaria, que llega por eso mismo a ser más falsa que las promesas de una novia, la mentira necesaria que nos hace creer.

No recuerdo los nombres de las cantinas –con excepción de El Farolito– y tampoco quiero leer una vez más *Bajo el volcán*, pero sí recuerdo que la primera, en realidad la única que alcanzamos a visitar esa noche –invadir sería un término más apropiado–, estaba sobre la calle larga que sube desde los bajos de la ciudad hasta la glorieta de Tlaltenango y luego sigue hasta fundirse con la autopista. No caía la noche todavía, pero por suerte el local era de esos bien oscuros

que sirven de refugio contra la luz asesina del atardecer, esa semipenumbra ambigua capaz de hacer que la melancolía te dé puñaladas en el centro del corazón. Un tequila Herradura blanco, pidió el Rayo mientras el Seco (vas a ser él ahora y no *tú*, pinche Seco) cambiaba en la caja un billete por monedas y antes de ordenar su trago se dirigía a la Mierdola, como bautizó el Nacho a esas coloridas Wurlitzer en los tiempos en que Guadalupe bajó a La Montaña, para que por diez pesos el aparato le ofreciera las caricias masoquistas de cierta música, y ya de vuelta a la barra donde nos habíamos instalado, entonaba a la par que Álvaro Carrillo la melodía de un bolero, casi llorando. Eso le pasaba al pinche Seco por tener apenas veinte años y andar enamorándose a lo romántico, es decir, a lo pendejo. Pidió, como el Rayo, un Herradura blanco. Y yo también. Tres tequilas para los tres alegres y bravos mosqueteros de una jornada que se perfilaba larga.

En señal que te vas, vas dejando tu orgullo detrás, cantaba el maricón de la Wurlitzer mientras que al otro maricón del Seco le daba por echar su lagrimón sentimentaloides, todo porque Nina lo había dejado –¿a quién no le pasa?– para regresar a sus parajes chicanos en California y dedicarse finalmente a recorrer ida y vuelta, una y otra vez, todos los recovecos de Mission Street a la búsqueda del amor perdido que dos años antes la regresó con desconsuelo a México tras el olvido, que resulta tan largo para lo corto que es el amor, en un difícil peregrinaje de aventones que comenzó en Tijuana y –pasando por tierras calientes, desiertos, el bajío, los verdos de Michoacán, la sinuosa ruta de las mil cumbres– desembocó en un lugarcito plácido, aroma de flores, donde los grillos se encienden al atardecer pidiendo lluvia, el veneno de los alacranes no es mortal, los colores vegetales enceguecen, un lugarcito adecuado para echar el ancla, estudiar bien su geografía y escoger cuidadosamente a quien chingar. El Seco resultó un blanco perfecto. Eres más linda que un crisantemo, le dijo él apenas se conocieron en el Jardín Borda, mientras José Agustín presentaba al público la nueva novela de un estupendo escritor argentino que pretendía agarrar el cielo con las manos, de noche, bajo una Luna caliente. Nina podía ser muy morena, tener una sonrisa

enternecedora, un cuerpo gracioso y deslumbrante embutido en esa minifalda granate y una blusa verde limón, y podía moverse con la elegancia de una gacela, pero no era linda. Y lo sabía. Tenía los dientes demasiado grandes. Por eso, al recibir como un pelotazo el requiebro, le disparó al Seco una mirada incrédula y piadosa como si fuera un bebé que acaba de cometer una fechoría. No seas igual que todos nene, le dijo, y acariciándole la barbilla le repitió la frase. El Seco la miró con espanto, primero porque estaba seguro de que la muchacha sí era linda, linda con creces y, segundo, porque si acaso existía en esta tierra alguien que no podía ser relegado a la clasificación de “igual a todos”, ese era él, él, como que se había separado del seno familiar a los dieciocho debido a que el padre quería obligarlo a hacer gimnasia y practicar un deporte y la madre pretendía que asistiera a misa los domingos; él, que había decidido no ingresar a la universidad, para vergüenza hasta de sus abuelos –tanto paternos como maternos–, debido a que le parecía que las carreras profesionales eran pura mierda, pilares para mantener el sistema, y se limpiaba el culo con ellas, así se los dijo a todos, no pensaba pasarse una vida entera construyendo casas para los ricachones que pudieran pagarlas, o defendiendo causas podridas y corruptas que se acumulaban en la conciencia del mismo modo que se grabó poco a poco el pecado en el rostro del retrato que le hicieron a Dorian Gray, sí, se limpiaba el culo con las profesiones liberales que llaman, él no era en absoluto igual que todos, y sentía además que la única demanda verdadera a sus entrañas –un grito potente– se la habían voceado la paleta, los colores y el pincel, eso sí que sí, sería un pintor, quizás un gran pintor, ojalá, quizás solo un pintor de cierto éxito y grandeza limitada, o apenas un pintor y nada más que eso, pero pintor sería, seguro, porque por algo ya estaba metiéndose mucho en las profundidades del asunto, sin profesores ni academia, capaz de intuir que si bien lo que más lo motivaba en esta vida era la música, la naturaleza no lo había favorecido con el don del oído, le faltaban dotes; sin embargo la música se convertiría en el gran tema de su pintura, en el corazón y el alma de sus cuadros, él lograría pintar la *Rapsodia* de Gershwin que los había estremecido aquella misma

tarde, y la *Sinfonía N° 9* de Schubert, la pintaría, y pintaría *Las cuatro estaciones* de Vivaldi y los tangos de Piazzola, y también pintaría a los hombres y mujeres que construyen la música nota a nota, ladrillo a ladrillo, las violinistas, los saxos, los oboes, el piano, todos los instrumentos de la orquesta, el director, las partituras también, y lo haría porque nadie nunca lo había hecho, y si es que alguien en verdad lo hubiera intentado, él juraba que lo haría con más pasión. ¿Igual que todos? ¿El Seco igual que todos? Nina preciosa, qué te pasa, cómo dices eso, yo no soy igual que todos, no te equivoques, oye, pero sí me gustaría conocerte mejor, por qué no vamos a echar una copa y platicamos largo. Ella volvió a mirarlo como si fuera un niño malcriado, ¿cuál era el apuro, es que no podía esperar? Estaba ahí, dijo, porque sentía admiración por José Agustín, lo había conocido en San Francisco cuando él fue a lanzar su novela *Ciudades desiertas*, le gustaba escucharlo, era ingenioso, profundo, además habían tenido su toquitoqui, dijo con picardía. Bueno, el Seco sin dar tregua, yo también vine porque soy amigo del argentino, un cuate a toda madre y buen novelista, pero vámonos, lo que pasa es que no siempre alcanza el tiempo para todo, lo importante es conocernos ahora, no mañana, ahora, esta tarde, vámonos, ¿cómo te llamas? Órale, vámonos, pues, Nina. Y habían partid caminando por Morelos a paso lento hasta llegar al Zócalo, y en las mesas exteriores de La Parroquia comenzó el primer capítulo de... ¿De qué? ¿Del romance, del intenso amor? Mejor decir de la desventura. Primero unas cubitas, unas enchiladas, y luego otra caminata larga hasta la zona del Casino de la Selva, donde Seco rentaba una habitación independiente con baño, al interior del patio de una casa muy a toda madre, un patio con bananos, gruesos y gigantescos bambúes, buganvillas de muchos colores, tres guacamayas. Hermoso lugar, dijo Nina varias veces, boquiabierta, y decidió quedase ahí por un tiempo.

–Salud –dijo el Rayo–. Salud Seco, salud Marcelo. Echémonos este trago rápido y pidamos de una vez el segundo para brindar por el Cónsul. Rían, cabrones, disfruten, tomen y rían, que no hay alegría legítima que no provenga del alcohol.

Y me quieres hablar, yo no sé para qué, si me vas a dejar, sigue gimiendo el bolerista de la Mierdola y al Rayo se le dibuja una sonrisa diabólica bajo el bigote zapatista cuyas puntas a ratos retuerce entre los dedos índice y pulgas de ambas manos y mirando lejos, quién sabe hacia qué región de sus nostalgias, gran tipo el Rayo, ¿eh, Seco? Una vez él y yo viajamos juntos a Tampico para cumplir una misión medio burocrática, y el primer día, después de probar unos tragos bastante sofisticados en Las Glorias de Baco, regresamos al hotel a descansar un rato para luego zambullirnos en la alberca antes del cóctel con el alcalde. Compartíamos una suite en el piso bajo y cada uno se tendió en su cama y cada uno soñó de seguro con bonanzas etílicas y al despertar cada uno amasó la misma genial idea: llamar a *room service* y pedir unas cubitas con mucho hielo, o mejor —se les ocurrió al unísono, la botella entera de Baccardi blanco, tres o cuatro Cocas y algunos limones, como Dios manda, carajo, algo para botanear también, total quedaba mucha tarde, el cóctel iba a ser a las ocho en la Delegación. Y entonces, después de tres cubas, nos pusimos los bañadores y bajamos a la alberca ya medio borrachos, con mucha risa y más ganas de al agua patos, el “monito mayor”, juego perverso: lo que hacía uno lo tenía que repetir el otro. Yo me tiré un clavado del segundo trampolín dándome una vuelta en el aire y cayendo de culo, y el Rayo la siguió sin timideces, a lo mero macho, sólo que cayó de espaldas y el lomo le quedó más rojo que una sandía y muy ardiente, se quejaba. Nadamos, por encima del agua, por debajo, buceamos y nos divertimos como dos ardillas correteando por el ramaje de los árboles, hasta que llegó la hora de vestirnos traje y corbata para la ceremonia municipal, que resultó muy aburrida, aunque don Guillermo, al despedirnos, después de muchos camarones, ceviche de caracol gigante, cócteles de pulpo, y bastante tequila del bueno, nos dijo oigan muchachos, cuando lleguen al hotel no se acuesten luego, tengan un poco de paciencia y espérense un rato, que les voy a mandar dos muñequitas para que les alegren la noche y, ojo, no vayan a pagarles nada, eso quedará arreglado. Dicho y hecho. Secote, a las once golpearon a la puerta de nuestra habitación Paula y Cristina,

dos morenas sonrientes, frescas, carnosas, dispuestas a buscar los caminos de nuestra felicidad. Conversamos unos minutos sobre puras tonterías, que el tiempo, que todo tan caro, que el pinche gobierno, contamos algunos chistes que no sacaron mucha risa, bebimos una copa de brandy y venga el apagón, fuera las luces. Cada uno se acostó con su muchacha, pero yo estaba demasiado maltrecho por el alcohol, los camarones, la tarde acuática y mientras le daba a mi preciosa Paula unos húmedos besitos en los pechos desnudos, me quedé vergonzosamente dormido, cabrón Seco. Al despertar por la mañana me encontré sin compañía, justo cuando mis energías y las ganas retomaban su lugar de siempre, o casi siempre. El Rayo roncaba en su cama con las dos muchachas, una a cada lado, durmiendo plácidamente. Por lo visto se había hecho cargo de ambas, eso es lo que se llama un amigo. Y yo —como jugador de primera— me salvé por azar de algo muy feo, aunque en verdad nunca se podrá saber si la sirena que pringó al Rayo fue la que le tocaba a él o la mía. Una de tantas que pasamos juntos. Se las traía el pinche Rayo, ¿verdad? En una ocasión, durante el intermedio del *Don Juan Tenorio* que todos los años montan para el Día de Muertos, se acercó a una mujer joven de rostro afable, escote abierto y culo respingón que se paseaba por el *foyer* y le preguntó a quemarropa si acaso era casada. Ella lo miró interrogante, sonriendo, y respondió que sí. “Pos dígame a su marido que tenemos el mismo gusto, aunque no la misma suerte”. Ni tampoco el mismo sentido del humor, dijo ella con arrogancia, pero terminó dándole su teléfono y en poco tiempo la cosa pasó a mayores, fines de semana frenéticos hartándose de almejas vivas en Zihuatanejo o encerrados de viernes a domingo en la Posada de las Monjas, en San Miguel de Allende, mucha euforia y calentura, aunque a la larga —y ni tan larga— el Rayo salió para atrás, se enamoró de veras cuando la mujer le dio por culo, y tuvo que sacárselos balazos a costa de mucho tequila. Ella era un demonio, siempre tramado planes siniestros, si hasta intentó convencerlo —y por poco lo logra— de que se presentara a diputado en las elecciones parlamentarias. Pero todo ha cambiado, pinche Seco, los años pasan y nada es lo mismo,

“ya no son los tiempos de antes”, como dicen esos viejos pendejos que nunca logran entender que si acaso todo tiempo pasado fue mejor, es solo debido a que los seres humanos hemos sido dotados con el milagroso privilegio de olvidar. “A nuestro parecer”, dijo el poeta, de seguro con cierta sospecha, qué te pasa, “parecer” o sea creencia y en ningún caso certeza, todos sabemos muy bien que no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*, pero nos falta asimilar que el pasado es una casa de madera al lado de un arroyo, o una ciudad que duerme bajo la lluvia, o un perrito salchicha que nos lame la mano con ternura, y que el futuro puede ser mañana o quizás más tarde, como escribió un tal Orellana que no quiso ser poeta

Tú tenías el amor y lo fuiste a entregar por ahí—sigue el cantor desde la Mierdola y el Seco recuerda y recuerda con un dolor que tal vez no es capaz de disimular, y yo también recuerdo, y recuerdo, pero sin llorar, sin compadecer mi pinche suerte, ni darme de siliciazos en el lomo, ni ponerme una corona de espinas, más bien con la sonrisa algo cínica de alguien que, como Sinatra, al mirar hacia atrás a su manera, cuando se va a cerrar el telón porque el fin se acerca, lo encuentra todo tan divertido, qué canción, un verdadero himno de nuestra época, sí, recuerdo al zamparme el segundo tequila sobre la barra de uno de los bares de Lowry, recuerdo que hace tiempo me dio calabazas con saña una puta, una puta de verdad, no metafórica, que prefirió volver a tirarse de cabeza al lodazal antes que seguir marchando por los rieles de una vida tan desteñida y plana como la que yo le estaba ofreciendo, la lata misma, dijo, qué tedio, hacer las compras en el supermercado, azúcar, leche, unos tarros de salsa de tomate, mole poblano Doña María, arroz integral; pasear del brazo por las tardes saludando a los vecinos, lavar platos, todo eso, ¡qué horror! Sentarse a ver la telenovela del día, lo de siempre, no, dijo, eso no es para mí, prefiero ser puta, tener un chulo que me parta la madre si no le entrego los billetes que lo conforman, arriesgar que un tecolote me detenga por ejercer en plazas, parques y a la salida de los colegios, saber que los años se vienen encima sin piedad, todo, todo menos esa vidita tonta, y me mandó de plano a la chingada,

dejándome el alma herida y espinas en el corazón, como canta Gardel, pero tenía toda la razón, me digo pensando que mi vidita ha sido en realidad un asco desde que empecé a trabajar en el banco. *Y la muerte que un día para ti yo pedía, me la das a mí*, sigue la Wurlitzer.

—A ver, amigo, por qué no nos sirve otros tequilitas y nos pone alguna botana, por favor —ordena el Rayo—. Ya, pinche Seco —voltea la cara—, deja de llorar, se te fue la pinche Nena, Nina o como se llame, y qué tanto, tómallo como que te hizo un favor, que se vaya a buscar a su gringuito, que se la lleve la chingada, y ponte serio, que pareces un escuincle perdido, así llorando a lo cabrón...

Pero habla, habla, habla, hasta que quedes vacía de palabras, nos envía dulcemente la Mierdola, *mas si quieres que hablemos de amor... vamos a quedarnos callados*, pos sí, pinche Seco, a lo mero cabrón.

—Pos sí —dijo el Seco—, a lo mero cabrón, ya, ora sí se acabó. —Pasó la manga de su camisa por los ojos, se tragó el tercer tequila y empezó a reír como si le estuvieran haciendo cosquillas.

—Está loco este cabrón —festejó el Rayo.

—Salud —dije yo.

—Por el Cónsul —dijo el Seco conteniendo las lágrimas.

Se acabó el concierto. En lugar de las notas de Gershwin se escuchan los aplausos y los “bravo maestro” de un público agradecido. Se secan los recuerdos. Se esfuma el Seco, se esfuma el Rayo. La Luna sigue iluminando la noche como una película de amor filmada en Hollywood, allá lejos, lejos de mi cabaña.

14. Tango sur

Entre los múltiples filamentos que es capaz de generar el dolor tal vez el que más haya logrado perforar el alma de Marambio sea la pérdida definitiva de Laura Cárdenas. No se trata del primer huracán, ni tampoco de que el destino le jugara mal; pero, como suele decirse en esa misma tierra donde tuvo que permanecer tantos años cuando perdió el sur: «no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*». Antes también, a lo largo de sus días —entre una que otra ficha acertando a pleno— había tenido sus pesadumbres por barrios que han cambiado, pero ni qué decir que el tiempo va alborotando las cosas y entonces resulta que perder a estas alturas, piensa Marambio con ámbar en la mirada, era ni más ni menos que perderlo todo de un contundente paraguazo.

En verdad el dolor es un territorio difícil de medir, y al afirmar “lo más doloroso” se puede estar mintiendo sin querer. También la enfermedad y muerte del Capitán arrasaron por muchos meses con todas las crisis menores; primero las mañanas de hospital esperando entre exámenes el cuchillo cirujano, y después aquellas tardes abiertas y esperanzadas hacia una recuperación que no aparecía por ninguno de los horizontes del mar, “te vas a poner bien, papá”. Pero sus ojos navegaban sin sonreír el brillo habitual porque quizás supie-

ran que no, que nada era cierto, *Capitán, padre mío, Capitán de navío/ ¿dónde están las ciudades azules y los puertos sombríos?*, sí, toda otra crisis pasaba de inmediato a segundo plano, justo la muerte, la estúpida, cuando se estiraran hacia adelante algunos años plácidos tras la implacable tormenta.

Y el exilio, a pesar de la vida a salvo y los favores, fue también bastante doloroso, por tantos sueños rotos, ausencias, separaciones, *arenas que la vida se llevó*, las hijas aquí, los padres allá, los amigos aventados a los cuatro puntos cardinales, o pasados a mejor vida por las gentiles bayonetas. Y también el alejamiento paulatino de la mujer que durante años ha compartido contigo las buenas y las malas, esa erosión permanente, la catástrofe de los nervios hasta la depre final y el naufragio irreversible.

Y para qué decir, más recientemente, el viraje a babor hacia los imanes brutales de un agujero negro de esa nave que prometía bogar hacia las islas felices, en las que creímos a pie juntilla y por las cuales se entregó un buen pedazo de vida, cantando La Internacional desde muchacho, empujando el cabrestante siempre puño en alto y sin vacilaciones rumbo a un mundo mejor hoy esfumado.

Pero la pérdida de Laura Cárdenas era otra cosa, un dolor como para sacarse los ojos y comérselos, o llorar a gritos en una casa sola. Una punzada embutida ahí en el pecho con la brutalidad de un arpón.

Tendría que retroceder Marambio, necesariamente, a aquellas largas peroraciones con Lucho por las callejuelas del Barrio Latino, los grandes bulevares, o cualquier ribera del Sena, maldiciendo a diestra y siniestra, arreglando los desórdenes del mundo, lamentándose de los amigos malos como el maricón del Cáceres, que lo pedía siempre todo para él y a cambio de lo recibido jamás entregaba nada, inepto para compartir la felicidad de sus pequeños logros, inmovible ante el dolor ajeno; o aquel otro bellaco que ilustraba a la perfección los términos con que el “gringo viejo” se atrevió a definir la palabra espalda como la “parte del cuerpo de un amigo que uno tiene el privilegio de contemplar desde la adversidad”, desde la desolación

de un Año Nuevo en muelles lejanos, por ejemplo, solo como perro apestado, o bien desde la atmósfera yodada de los hospitales. Y lamentando también —a la deriva por las calles— a esas mujeres canibalescas que no dejan vivir ni crecer, que indagan despiadadamente tus minutos y exigen con ternura castrense el desarrollo de la cuenta bancaria, policías camufladas, putas con polleritas de Colombina, dispuestas a un persistente trabajo de pájaro carpintero hasta que te esquilman el alma y los bolsillos. Interminable y asombrosa calle de París siempre dispuesta —de noche o de día—, en cualquiera de las cuatro estaciones, a entregar su sorpresa, arreglando el mundo de la boca para afuera y ejerciendo ya, aunque temprano en la vida, una contundente dosis de cinismo a través de la mirada. Y naturalmente también cantando Sur, sí, por los bulevares y no por las noches de Pompeya, sin perfume de yuyos y de alfalfas, hace ya bastante tiempo.

Porque Sur de todos modos era Sur, nada menos, mucho más, y después de Rivero el Feo, nadie había llegado a gemirlo como ese amigo enojado con la vida que de pronto se queja en pleno atardecer, limando los tacos contra las aceras del trillado Boul Mich, se queja de que la vida esto, de que la vida lo otro, lo blanco es negro, lo negro es más negro aún y “residente” es el que no puede irse —como él, por la cresta— igual que Run-run cuando se largó al norte y *encima de una piedra se puso a divagar, que la vida es mentira, que la muerte es verdad*, ¡son todos unos maricones, hijos de puta! Nadie quiere der la cara y vergüenza debieran tener, pero ni eso, y para qué decir ella misma, la maldita, que hace tres años lo echó de la casa con viento fresco, a puntapiés, ya está bueno, te me largas, nunca más, Melville y Rimbaud volando por la ventana, calzoncillos atrapados en la cablería de rue Laplace, pañuelos que aletean como palomas, y a pesar de los tres años, el castigo aún pesa, sigue quitando el habla, aún lo paraliza en los metros, le impide seguir adelante, lo atrofia para buscar dulzura en otra sonrisa, lacera carne adentro y horada las entrañas cada noche, maricona, me cagaste firmeza, pero requetejuro que *ya nunca me verán como me vieran, recostado en la vidriera, esperándote*, nunca, ¡maldita perra!

—Calma, Lucho, calma —le dice Marambio—. Llevas dos horas despotricando y quejándote como un enfermo mental. Ponte a pensar algunas cosas en serio, saca conclusiones. Céntrate, Lucho, no te apartes de lo principal, lo mero principal, como dicen mis cuates. Te ataca por un costado el destino de tu país; por otro, la deserción de Silvia. Pura víctima de todo, eso eres. Y para nada te has puesto a pensar que a estas alturas, la edad que tienes, arenas que la vida se llevó, amigo, el camino recorrido, lo único verdaderamente significativo debiera ser que todavía se te pare.

Lucho guardó silencio caminando, caminando; luego se detuvo y dijo:

—Tienes razón.

—¿Viste? No todo está perdido. O mejor, perdido nada. De manera que vamos al *Marché aux pus*, te compras una piedra, la enhebras en un cuerito para colgártela del cuello, dejar que caiga sobre el pecho y darte ahí con ella varias veces al día. Antes de almuerzo, después de almuerzo, sobre todo en la noche.

Claro, para Marambio, de paso, París era París, y treinta jóvenes veranos sobre el mundo eran apenas eso, tres décadas, muy distinto, verdad, no como hoy.

Han llegado al Pont Neuf, ribera izquierda, y Lucho mira primero las aguas (una pareja de patos navega plácidamente), luego las nubes: gaviotas. El sol acaba de ensartarse en la cúpula de una iglesia lejana y vierte su sangre purpúrea sobre los muelles del Sena. Vuelve Lucho a concentrarse en las aguas verdosas del río. Los patos giran ahora alrededor de las pétreas columnas que como proas se sumergen río abajo para sostener al puente nuevo; algunos niños agitan las manos desde la cubierta de una blanca “vedette” enfilando rumbo hacia la torre y cruzándose ahí con una Peniche que avanza indiferente y le saca a Lucho un saludo marinero: *Adiós, capitán adiós/ en ti se rompió un bauprés*. Riberas que no cambian, pero donde ya cuando llega el filo de la noche se preparan los enamorados. Dentro de muy

poco, dos muchachitas se estarán besando cálidamente entre caricias, apoyadas contra la baranda de la costera, y un poco más allá una dama entrada en años le estará diciendo a su jovenzuelo ansioso que no más, deben terminar, mientras le da un voraz beso fluvial al aire libre, libre también de todo prejuicio, todo, para todo da París, hasta para que suba la euforia, se cuele la nostalgia y también sin ambages, como las dos muchachas, como la vieja impúdica, Lucho vuelva a mirar las aguas y las nubes y recuerde de pronto que *si yo deseo un agua de Europa es el charco/ negro y frío donde hacia el crepúsculo perfumado/ un niño arrodillado lleno de tristeza lanza/ un barco frágil como una mariposa de mayo*, y entonces empieza otra vez sin vacilación, con esa voz cargada de vibraciones, a cantar Sur, *San Juan y Boedo antiguo, y todo el cielo...*

Sí, piensa Marambio treinta años después, perderla a Laura Cárdenas por la más perra de todas las razones, la más temible, la patética, ¿qué culpa podía estar expiando, era acaso cierto eso de que en la vida nada es gratis, todo se paga? Pero si Marambio nunca hizo daño, ¿verdad Laura, verdad Denisse, verdad todas? Daño nunca, ¿o sí daño? Probablemente Marambio no sospechaba aún que él podía seguir amando a Laura Cárdenas más allá de su rechazo, como víctima involuntaria de un castigo eterno.

Y esa “peor de las razones” lo remontaba a una noche de *tropical splendour* —otro recuerdo— en las afueras de Veracruz, sin Lucho, con bastante marisco, mucho ron, y todo el bolero. Gigantescos camarones, ostras que parecían recién sacadas del mar, ahí nomás, al otro lado de la ventana, pleno Golfo. Los concurrentes, con el corazón contento y ya incapaces del más mínimo bocado, solicitan entonces que cante el bueno, el choro, el a toda madre de Reifiel, el mexicano de gran bigote y modales de charro que, sin dar pie a ruegos, toma la guitarra y las emprende con su ronda de boleros que justo empieza con ése del tipo que no sabe cómo explicarle a su corazón la vergüenza de ver a la amada con otro amor que sí le daba lo que él no le pudo dar, y a todos nos saca a borbotones la risa, porque a nosotros

no, muy lejano eso, muy ajenos al problema del que lo comprendía todo, menos el hecho de haber fallado como amante. Risas, risas, pobre tipo, problemas tan remotos como la cordillera de los Andes. Camarones y risas. Risas y ostras. Pero risas, risas. Y mucho ron.

Hoy, tanto después, el atormentado Marambio no podría reírse de aquel bolero. Hoy, Marambio más bien podría desesperar, retorcer sus manos, echar una puteada y preguntarse filosóficamente por qué a él. ¿Por qué Laura entre todas las mujeres? Pero la contrapregunta surge inmediata: ¿Y por qué a él no? ¿Por qué no a Marambio? *Nostalgia de las cosas que han pasado, arenas que la vida se llevó*, canta Lucho frente al Sena treinta años antes, cuando a ninguno de todos ellos se le habría pasado por la mente que alguna vez, amando mucho, pudiera fallar lo mero principal. Treinta años, ni uno menos, treinta, para qué le voy a decir que no, si sí. Marambio recuerda las ostras y los camarones, el calor de Veracruz recuerda, su amigo Reifiel: *que te dio lo que nunca te diera yo*, ¡nunca! Bien puesta venía la palabra: nunca. Porque desde esa primera vez las cosas no anduvieron como se debe. Precisamente “lo mero principal”, ahora, la vez que más quería, ¿o no? ¿O cada nueva vez es la que más se quiere?

—Me gusta esto —dice Laura Cárdenas acariciando con vehemencia la dureza de la entrepierna—. Quiero esto para mí —sigue diciendo mientras oscila sus caderas y se retuerce al sentir las vagancias rítmicas de los dedos de Marambio por sus túneles húmedos y la mano dictatorial que oprime sus pechos, uno y el otro, aprisiona y libera, aprisiona y libera—. Dios santo —dice—, ya, por favor —dice—, sí, sí, ahora, métemelo —y llega el momento de los delfines, la carga triunfal, la entrada en ese golfo cálido, anhelante, y entonces el mástil se desploma, lo duro se derrumba en el umbral y Marambio se retira humillado, ¿qué es eso? Sobreviene el silencio, ¿por qué a él, por qué ahora? Hubiera querido una muerte muy distinta, una muerte como la del “estratega”, de algún modo feliz, a pesar de estar clavado a tierra por una flecha enemiga, desangrándose, pero escuchando también *el solitario grito de otro ser que ha buscado comunicarse con quien ama*

y lo ha logrado, así sea imperfecta y vagamente. Una muerte en que la gloria del recuerdo se alzara en cada imagen por sobre las dentelladas del dolor. ¿Qué tendría en cambio? ¿Qué muerte le esperaba?

—Lo siento —dice Marambio.

Laura Cárdenas enmudece.

—No sé qué me pasa —dice Marambio.

Laura Cárdenas mantiene silencio.

—No entiendo.

Laura Cárdenas vuelve hacia él su espalda desnuda y melancólica como ese amanecer.

Pesadumbre de barrios que han cambiado, canta Lucho a orillas del Sena, cuando la sombra empieza a caer sobre las torres de la Catedral y una luna todavía pálida amenaza noche de lujó, *amargura de un sueño que murió*. Barrios que han cambiado: primero se veía todo el cielo, después apenas *un triángulo isósceles nublado*, primero la Inundación, más tarde el Terraplén; es como todo cambia, como van bestializándose nuestras gentiles ciudades de antes, aunque desde luego París es otra cosa, París es una fiesta, París no cambia, el pasado aquí no se destruye. Pero Sur, dice Lucho, o dijo alguna vez, no es tan solo el tango de los cambios urbanos: es también la nostalgia de los amores perdidos, *ya nunca alumbraré con las estrellas/ nuestra marcha sin querellas/ por las noches de Pompeya*. París treinta años antes, los mosqueteros y *La vie en rose*, porque todo era distinto, la piedra en el pecho y “veinte años después” que parece mucho porque simplemente *tu amor y tu ventana, todo ha muerto, ya lo sé*. Eso es lo malo, dice ahora Marambio, tanto después. Lo malo es que ya nunca.

15. Nadie en Shepargatan

Golpeando suavemente la pipa en un costado del escaño para deshacerse del tabaco quemado, el hombre se decidió por fin a hablar:

–Usted de seguro entiende inglés –dijo–, como todos los de aquí. Si quiere, no me conteste. Solo déjeme decirle que la encuentro bastante atractiva y que me gustaría mucho ir a la cama con usted.

Ella mostró más el verde ambarino de sus ojos y luego pareció querer mirarlo sin sorpresa, como si en realidad el tipo hubiera dicho poco. Arrastrando la parka hacia su regazo, desvió la vista en dirección a los barcos. Algunas gaviotas planeaban sobre el paseo de Strandvägen y graznaban quizás alegres, como saludando ese día inicial de primavera que Dios enviaba tras las tardías nieves de abril. Volvió a mirar al hombre, como si hubiera descubierto algo.

–¿De veras? –le dijo–. Debe tener méritos muy importantes para comportarse así. ¿Tiene alguno especial? ¿Obtuvo el Premio Nobel? ¿Actor de películas?

Él le clavó con fuerza los ojos y, entreabriendo los labios, estiró una especie de sonrisa triunfal, como si ya hubiese ganado la pelea.

–La tengo enorme –dijo, dejando caer la vista hacia su entrepierna.

Ella se atragantó con un gesto como de escupir.

—Esa película la he visto muchas veces, ya pasé los veinte años. Por qué no trata de inventar un argumento más sólido.

—Bueno —dijo él—, a veces soy poeta.

Recordó los pocos versos que en ciertas ocasiones había escrito. Unos cuando recién conoció a Nina en Valparaíso, ya muchas épocas atrás. “Llegó la luz montada de a caballo”. Otros, dictados con vehemencia por el entusiasmo del proceso, allá lejos, cuando el pueblo se tomó las calles y quiso trabajar cantando. Los más, generados en el fondo del dolor cuando mataron a Jaime y Malva y desapareció el “nietepín”, como llamaban al rubiecito de rizos dorados.

—¡Qué asco! —dijo ella—. Ya conocí a varios poetas. Son un asco. Te miran con ojos acuosos y solicitud de perros, sin siquiera haberse afeitado. Cuando les llegan a dar el sí, se ponen tan contentos que beben hasta nublarse por completo y tenerlo todo, de arriba abajo, todo demasiado lánguido. A la mañana siguiente, igual que si se hubiesen comportado como héroes, pretenden que les prepares desayuno. Me voy, no me interesas. ¡Poeta!

—Espera, no te largues todavía. Dame tu mano... ¿Cómo te llamas? Toca.

Ella se dejó llevar y palpó como si estudiara la calidad de un casimir.

—Eres un degenerado. Me llamo Inger. ¿Te gusta beber?

—Sí, me gusta. Me gusta mucho. Pero siempre bebo después, ¿comprendes? Al revés de los poetas.

—Bueno, ¿y si te dijera que sí?

—Lo pasaríamos bien.

—¿Dónde?

—Vengo de fuera. Quizás eso lo puedas arreglar tú.

—Claro, yo. Eres increíble. La única posibilidad sería mi departamento. Peter no llega hasta las siete.

—¿Tu hijo?

Uno de los barquitos blancos acababa de zarpar y dejaba una estela de brillo en la tranquilidad del agua. Silbó una sirena muy porteña, conocida, muy antigua.

—Mi marido. Él trabaja en las afueras. Sale de su turno a las seis y tarda más de una hora en llegar a casa. Daría lo mismo que llegara o no. Siempre llega.

—Me gustaría. ¿Pero qué haré después de las siete?

—Lo que quieras. Me da igual. ¿Acaso no tienes dónde ir?

—Te dije: soy de fuera.

—¿Qué quieres decir de fuera? ¿De dónde?

—De fuera, de fuera, qué importa. Vine a arreglar un asunto muy breve en esta ciudad y no conozco a nadie. Bueno, tal vez conozca, porque hay muchos compatriotas míos anclados por aquí. Pero no sé.

—¿Y lo arreglaste?

—Si te refieres al asunto, sí, de algún modo lo arreglé. No me preguntes.

—Cosas de dinero.

—Tal vez, no me preguntes.

—Bueno —se levanta—. Es sí o no, ¿vienes? Eras tú el que propuso.

—¿Y ahora?

—Yo también. Algo.

—¿Caliente?

—Más bien curiosidad.

—¿No te convenció mi argumento?

—Un poco. *Pas mal.*

—No querrás que me vaya a las siete. ¿Te arriesgas?

—Ningún riesgo. Y no es a las siete. Es antes. Deberé echarte de cualquier modo.

—Tienes una sonrisa preciosa, esos hoyuelos, aunque un tanto desencantada.

–¿Te parece poco?
–¿Qué cosa?
–¿Tener una sonrisa que sea?
–Das la impresión de sufrir bastante.
–A veces sufro. ¿Tú no?
–No.
–¿No?
–¡No!

Ella dijo que Estocolmo, pensarán lo que pensarán estos extranjeros que hoy en día solían llegar desde tantas partes, era una ciudad que sabía siempre derivar hacia metas tranquilas, sin vientos ni gran oleaje, cosa importante en épocas de confusión y violencia. Acercaron los pasos a la baranda de la costanera y echaron a caminar por Strandvägen, bajo gaviotas en el aire, a la izquierda de pequeñas embarcaciones. Primero no hablaban. Después, ella dijo algo:

–Eres un tipo raro –él la miró con cierta interrogación, sin sacar las manos de los bolsillos—. Nunca nadie me había abordado de esa manera. Tal vez estés loco.

–Tal vez, y no es para menos. A cualquiera se la doy –y le fue desenrollando su viaje a Suecia en busca del nieto, que los padres del chico estaban muertos, y había descubierto su paradero después de mucho andar. Era ahora el hijo de un matrimonio sueco y ni siquiera hablaba español, un suequito hermoso, bastante risueño, de ojos grandes y brillantes, pero sueco, “hijo” de estos suecos ya un tanto maduros, buenas personas, cariñosos, solidarios, que allá abajo en el sur, vecinos de piso, lo habían recogido de la nada después que a él y a ella se los llevó la patrulla, a pocos días del gran asalto. Tres años le había tomado el descubrimiento, seguir los pasos, disparar preguntas en tiempos en que no debe preguntarse y en que la gente, además, no contesta. Tres años de investigación hasta hoy mismo, la mañana en que decide mandar los tres años al tacho de la basura, el chico será feliz con ellos, será un sueco feliz y jamás sospechará

siquiera la historia de sangre que hay tras él—. Oye –dijo como poniendo punto final a su historia–, paremos –y al detenerse la abrazó con nervio y le dio un largo beso en la boca. Ella se lo quedó mirando estremecida.

–Eres un salvaje –le dijo.
–Sí.
–¿Por qué te dejas derrotar?
–Terminemos con el tema.
–Aquí debemos doblar.

Era la calle Sherpagatan y no había nadie en varias cuadras rumbo a Karlavägen.

–¿Sabes una cosa? Vivo un poco más allá, vamos a llegar.
–Qué bueno.
–¿Y sabes otra?
–No.

–Hoy es la noche de Walpurgis.
–¿De veras? Y mañana es Primero de Mayo.
–Ah, lo de los trabajadores. Aquí se hacen muchas manifestaciones.
–Y hoy las brujas y los demonios, la orgía desatada.
–Quizás eres comunista.

Él rió, mirándola a los ojos. Se detuvo y la detuvo. Le besó cada ojo. Ella forcejeó por separarlo.

–Los comunistas casi nunca se matan –dijo él—. Y yo pienso matarme.

–¿Qué dices?
–Mejor no hablemos de eso. No lo dije para ganar tu compasión.
–¿Matarte, por qué? Si los males tienen remedio, no te quejes. Si no lo tienen, pues tampoco, ¿para qué?
–¿Acaso me quejé?

–Pero no caigas en la tentación. La vida, a pesar de todo, no es tan fea.

–Es una mierda. Y además es “un cuento narrado por un idiota”, no tiene sentido; si es que consideras que la única meta legítima pueda ser la felicidad.

–¿Fuiste feliz?

–Alguna vez.

No había nadie en Shepargatan, nadie en toda la calle, cuando llegaron al edificio de Inger. Ella marcó los números de la clave y entraron. Subieron al tercer piso en un ascensor viejo y muy lento.

–¿Un café? –dijo Inger cuando ya estaban instalados en el living.

–Por qué no –dijo él.

Ella fue a la cocina y regresó con dos tazas y un termo. Sirvió.

Cuando dejaron las tazas vacías sobre la mesita de centro, él tomó la mano de Inger y después la besó, y ella se dejó todo, colaboradora y risueña. Fueron cayendo a la alfombra, se desnudaron el uno al otro, lucharon, gimieron, se lanzaron corazones con la risa, se miraron al fondo del alma, jadearon, se estremecieron a la vez y luego quedaron un largo rato quietos, lacios, mirando acezantes al cielo de la sala.

–Van a ser las seis treinta –dijo ella, clavando los ojos en un reloj de pared al que se le habían caído varios números–. Tienes que irte. Fue delicioso pero tienes que irte.

–Está bien.

–¿Adónde irás?

–No lo sé.

–Me gustaría poder decirte que te quedaras.

–Gracias.

–Pero no puedo.

–Entiendo.

Ambos terminaban de vestirse y él preguntó por el baño. Cuando volvió, todo estaba otra vez en su lugar, como si nada hubiera pasado, o muy poco; la alfombra estirada, las tazas fuera de vista, la ropa puesta. Solo un poquito de peinado le venía faltando a Inger.

–Bueno –dijo él–. Hasta la vista.

–Adiós –dijo ella–. Buena suerte.

Él abrió la puerta y la miró.

–Oye... –dijo Inger, poniéndose un dedo en la sien como si fuera una pistola.

–No te prometo nada. Ya sabes lo que pienso. Poca gente logra ser feliz, pero llegará el día.

–O sea que sí eres comunista –dijo ella.

Él puso cara de pregunta y le iba a responder algo, pero lo que respondió fue otra cosa, sonriendo:

–Sí, claro. Por supuesto.

Una vez en la calle, empezó a deshacer el camino hacia la costanera. Ni un alma perdida rondaba en la noche de Walpurgis por Shepargatan.

16. Estribo amargo

Yo iba en la micro y tú ibas en la micro un poco más adelante y nos miramos algunas veces y nos sonreímos, pero no nos conocíamos, porque de lo contrario al ir quedando medio vacía habría sido estúpido no acercarnos, no juntarnos más para conversar y a mí no me hubiera cacheteado esa vergüenza por no atreverme a decirte nada y no habría, como tuve, tenido que dejar de hacerte guiños y dar vuelta la cara porque ahora era absurdo seguir el duelo desde lejos –tú al centro, yo atrás– cuando casi nadie más que nosotros quedaba de pie, ni esperar a que bajaras, cerca de Plaza Brasil, para bajarme también y seguirte a ciertos metros –mirabas cada cierto trecho para atrás– hasta ir armándome de coraje, venciendo el asqueroso temor que me come siempre que el fracaso es posible a pesar de la evidencia del éxito, porque podías, ¿o no?, decirme que me fuera al carajo, mocososo, y situarme a tu lado como a mitad de cuadra y sacar voz y hasta dárme las un poco de seguro de mí mismo.

–Perdone –te dije torpe– estoy seguro de que nos hemos visto en otra parte.

–Sí –tú no demoraste nada en balbucear–. Fíjese que yo tengo la misma impresión, pero no recuerdo...

–¿Dónde sería?

Pero ya no importaba dónde hubiera sido, porque tú y yo sabíamos que todo eso era chiva, que nunca antes nos habíamos visto hasta la micro, y el hecho es que íbamos caminando juntos de frente al sol declinante –dirección Quinta Normal– a esa hora en que atardece tan rosado en los extremos de todas las calles que apuntan hacia el mar, íbamos caminando, conversando, y yo había perdido mi terror y era, entonces, de nuevo, como en la micro, al primer guiño, el jovencito de la película que empezábamos a filmar, muy inflado y satisfecho, respirando a todo pulmón, cuando llegamos al fin de la caminata y me dijiste “Aquí vivo” y yo no supe muy bien qué decirte, aun sabiendo que tenía que hacerlo, porque además tú esperabas que te dijera algo. Miré tu casa, una casa típica de Catedral: puerta doble y con vidrio a la vereda, una larga escala recta hacia el alto segundo piso, vieja, con ineludible facha de pensión, aunque se adivinase por cierto en ella un pasado mucho más glorioso. Luego te miré a ti y tú esperabas, tus ojos centelleaban deseos de que todo no fuera a morir ahí. Pensé decirte que siguiéramos caminando un rato más, pero la hora era la hora y yo no tenía plata en el bolsillo como para invitarte a tomar once en alguno de los boliches de la plaza.

–¿Qué vas a hacer a la noche? –te dije finalmente.

–Nada especial.

Listo. Me dejabas tomar la batuta, pero sin perder el control que te daban los años de ventaja. Estaba listo. Ahora ya nadie se podía correr y el asunto marchaba sobre rieles.

–Juntémonos...

–Bueno...

–¿A las ocho y media?

–Bueno...

–¿En la esquina de Los Gobelinos?

–Bueno...

Cada vez que decías “bueno” me dabas una miradita irónica, pero lo fantástico es que cada vez que decías bueno, decías bueno y

eso era lo que contaba. Se me ocurre que cuando nos despedimos sabías mejor que yo cómo iban a ser las cosas.

–Yo que soy el dueño no tiro ni la mitad, mientras que el perla...

–Cuestión de suerte.

–Cómo se las arregla el hombre, ah.

–La percha.

–¡La percha! No tiene facha ni para vender plumeros el huevón. ¡La percha! Las patas, diría yo. A ver, ¿quiere tirar gallito el siete machos?

–¿Hay trago?

–Una botella de pisco y un poco de gin, ¿quieres...?

–No, no. Preguntaba.

–Ah, ya. Fuera de ensuciarme las sábanas, me vas a tomar el trago. Bueno, si no tienes plata, usa el trago. Hay queso también. Y discos nuevos. Y algunas revistas de señoras para que se entretenga si no se te para.

–¿A qué hora piensas volver?

–A las once. Mañana hay clases temprano. ¿No vas a ir?

–No sé. Dame hasta las doce, gallo. No es llegar y meterse a la cama altiro. Acuérdate que es primera vez.

–Once y media. Tú acuérdate de que hay clases temprano.

–Bueno, once y media, pero como siempre, tocas el timbre dos veces antes de meter la llave.

–Te aconsejo que no estés aquí cuando llegue. Voy a comer donde los Wood y eso ya es bastante sacrificio, si piensas que tendré que hacer sobremesa hasta las once...

–Jode un poco a la Silvia, no es nada de mala.

–No va a la pelea.

–A la vieja, entonces...

–No estaría mal, la verdad. Un día la voy a traer con cualquier pretexto.

—Pero no te la tires en mis sábanas.

—No jodas más. Déjame estudiar. Desde las nueve el departamento es tuyo. Ahora lárgate, o te quedas tranquilo.

Eran las ocho y treinta, las ocho cuarenta, las ocho cincuenta y empecé a impacientarme primero y después a desesperarme porque por ninguna de las cuatro calles se divisaba apareciendo y no es que me importara demasiado, en el fondo no me importaba un pito, o un rábano, o una breva, o una hueva, o una mierda, o un cuesco, sino que a veces —y ésta era una— cuando uno se hace el ánimo, sobre todo si has tenido que hacer preparativos, dejar una cama con las sábanas limpias, el pisco listo, los vasos en la mesita, si has tenido que comprar papitas fritas y una lata de aceitunas, y jodes a tu compañero de curso, a tu amigo, para que se joda de veras y tampoco pueda preparar la prueba, pero sin la compensación que te propones tener, has tenido que faltar a reunión de base porque después de todo —y de alguna forma estás también reprochándote— estas cosas vienen con ángel, vienen y si no las agarras también con ángel, se van simplemente y después, cuando quieres, un palmo de narices, te dan un portazo en el ojo, una cachetada que te deja ardiendo las orejas, y entonces, al volver a mirar el reloj te entra esa comezón desazonadora de como si se estuviera acabando el mundo, de como si el único camino limpio que te quedara fuese irte lisa y llanamente a la cresta, ya qué entonces. Y la vista se multiplica y hasta logras mirar más lejos y distinguir entre dos viejas pintiparadas con dos sombrero de caballeros que les cuelgan de los brazos, adelantándose, un vestido amarillo que cuando llega resulta que es de lana y que te queda como si una hada lo hubiese hecho a varillazos mágicos para tu figura.

Y estamos juntos en la esquina y quiero disimular en mis palabras toda huella de ese nervio angustioso que me pasa una escofina debajo de la piel, porque tengo que ser muy ducho, muy de mundo.

—¿Me atrasé mucho? —preguntas con cara de perdón.

Pero ya viéndote allí qué me importaba, si todo lo que me importaba era que estabas justamente allí, frente a este puma, esperando que yo dijera algo, que indicara una dirección, que invitara.

—No —te dije. Y luego, con pocas ganas de mirarte, pero mirándote, porque si no, cómo, te pregunté qué querías hacer, ir al cine a ver *Picnic*, que estaba de moda, o ir a “mi” departamento, te dije, a bailar un rato y tomar un trago y tú no pensaste las dos cosas sino que sabías muy bien a lo que ibas y partimos caminando en dirección al Parque, a Santo Domingo 580, para ser exacto.

Allí corrió todo sobre ruedas. Tomamos un pisco *sour* que no tardé mucho en preparar, porque ya estaba preparado, y después otro, con unas papitas, unas aceitunas, y después otro. Los dos estábamos algo así como felices, como eufóricos, a pesar de que no nos conocíamos y eso quita libertad, pero como felices nada más que de vivir, como cuando se encuentra un momento que largamente se ha esperado. Y otro más, y luego de pronto bailábamos apegados y hacía calor aunque era primavera y era noche, y hacía calor y el vestido amarillo de lana se te pegaba al cuerpo cuando empecé a palparte, primero con delicadeza, después con esa furia que enciende exclamaciones a las que tú también respondías con otras exclamaciones encendidas, y en un baile prolongado fuimos conociéndonos mucho —intuyéndonos mucho— con ese conocimiento que solo da la piel, fuimos cayendo poco a poco a la cama y te saqué con destreza el vestido de lana amarilla y entre tangos, entre boleros, entre uno que otro rock, estábamos ya bien desnudos anudándonos sobre la colcha y yo te besaba de arriba abajo, pasando por todas, por cada una de tus partes fragantes como flores recién abiertas, tus senos, tu vientre suave, tu sexo dulce y ácido que hubiera querido coronar, revestir de perlas, cubrir de nácar, incrustar de esmeraldas, sorberlo, tus piernas, tus tobillos, las uñas de tus pies, y tú eras terriblemente libre y la expresión de goce era muy pura, sin angustias, sin remordimientos, hasta que, torpe esa primera vez, fui terminando de poseerte y quedamos, con los cuerpos resbalosos de sudor, algo

exhaustos, relajados, pero muy dentro el uno del otro, hasta que nuevamente vinieron las palabras y entre flores y flores me asestaste el mandoble que me pilló sin guardia, que me volteó, ineludible, al preguntarme si nos veríamos mañana, y decir yo que no sabía aún, y decir tú que ojalá que sí, y que pasado también, porque el viernes llegaba tu novio de Buenos Aires y sería más difícil después, a menos que la hora... mandoble sin guardia porque ya te amaba yo, te estaba amando con furia, frenético, y no hubiera querido la existencia de ningún mierda de novio, y que me volteó también, ineludible, porque era preciso, pensé, era preciso el desparpajo en alta dosis para esos petardos sonoros, para acordarse del novio a poto pelado y nombrarlo y ¿sonreír ante su recuerdo? Desnuda sobre una cama en la que ha hecho delirar el placer; y entre flores y flores, también, me invitaste a la ducha y yo te dejé ir y cuando un poco después te seguí y me metí bajo la lluvia tibia, dijiste, “quién te invitó a ti” y yo dije “tú” y me hinqué y con el agua chorreándome entero te hice otra vez delirar a besos, a lengüetazos, a mordiscos.

—¡Hasta cuándo vas a seguir despotricando contra todo! Toma, tomemos “el estribo” y partamos de una vez, que vamos a llegar tarde, mierda.

—Pero ya sabes...

—No, no. Terminemos con eso. Lo que te dije es la última palabra.

—Pero, maricón...

—No me vas a hacer cambiar.

—Los amiguitos que se gasta uno.

—Decisión indeclinable.

—Para amigos así, mejor enterrarse...

—¡Qué tengo que ver yo con tus polvos! Te lo has llevado tirando todo el mes, todos los días, a las horas más raras. Ya no puedo llegar a mi propio departamento; tres veces por semana tengo que andar haciendo tiempo como imbécil antes de venir a acostarme, y cuando

voy a prepararme desayuno, encuentro las tazas sucias, el azucarero vacío, ¡ándate a la cresta! ¡Hasta cuándo!

—Y dices que soy yo el que despotrica...

—Bueno, tú alegas porque no te presto el departamento. Yo alego porque no puedo seguir viviendo así, con todo patas arriba, en una casa de putas semejante.

—Una semana más.

—Una semana más, una semana más. Déjame que me ría. ¡De aquí te tienen pescado, de la jeta! Están haciendo lo que quieren contigo y no te das ni cuenta. Si el amor es tanto, ¿por qué no manda a su novio de una vez a la cresta?

—¡Ya córtala! Te estoy pidiendo el departamento y no consejos.

—¿Sabes por qué? Porque es argentino y es diplomático, y en cambio tú no eres más que un pobre y triste huevón que así como vas, pierdes el año, y que además hacen lo que quieren contigo.

—Bueno, ya, ¿sí o no? Para qué seguir...

—Sí, ya. Pero una sola vez más, para que se peguen el del estribo, para que se despidan y te puedas dar el lujo de decirle unas cuantas cosas. Mañana, si quieres, te lo dejo toda la noche.

Bueno, llegaste como siempre un poco tarde, con ese retardo que primero me intranquilizaba y después me empezaba a desesperar; llegaste con otro vestido delgado de lana, no amarillo, que te trajeron de Buenos Aires, por la mierda, ¡de Buenos Aires!, y me preguntaste, como siempre, si hacía rato que te esperaba y yo, respirando de nuevo, te dije que no y estaba tan nervioso y angustiado, que ni te di el abrazo quebrante y crujidor con que te aguardaba y que me exigías siempre, porque después de todo *era* la del estribo, y mañana ya no más, no solo porque tenía que dejar el departamento, te dije, son porque tú misma —me lo habías dicho esa misma mañana— ibas por última vez, ya que no podíamos seguir desquiciándonos así, dijiste, tú no haciendo nada de lo que debías hacer, rehuyendo un poco, o

mucho, al argentino con quien después de todo estabas por casarte y quien te decía últimamente, lleno de extrañeza, que si ya no lo querías, que qué te pasaba, y yo, faltando a clases, perdiendo el año porque los parques en la mañana, el cerro por las tardes, la cama por las noches, importándome un bledo todo, atormentándome un poco al pensar que qué sería de la revolución si todos los revolucionarios fueran como yo, te dije, pensando que esa voluntad que siempre había creído firme, se desmigajaba como un pan de hace tres días por tus piernas blancas y almibaradas, tus pechos fragantes que alguna vez iban a estar perfumados de leche de otros hijos, pensando que ese ser indestructible que era yo, podía ser destruido, aniquilado por una mujercita con quien una tarde en la micro nos guiñamos inocentemente los ojos y, entonces, dijiste, no podía ser, no tenía sentido y lo mejor era, pues, la cordura, la razón. ¡Dios mío, la razón!, y yo me preguntaba si acaso tú te habrías preguntado por qué te pedía tus fotos de colegio, en malla de ballet, en shorts de gimnasia, a los siete, a los diez, a los doce, a los quince, a todos los años, y por si no hubieras llegado a preguntártelo quise decirte lleno de ternura que yo las miraba, que te miraba en todas las edades porque te amaba desde siempre, y que de seguro te seguiría amando, desde la piel, desde la sangre, aun cuando tuviéramos sesenta y cuatro años, pero callé, callé y no dije nada, porque después de todo *tú* desertabas, *tú* me tirabas de un puntapié al tacho y dejabas que me comieran los buitres, y supe esa misma mañana que no habría persuasión, que ésta sí que era de verdad la del estribo y, métale pisco, huifa ayayay, y entonces, como no pensaba rebajarme, ni pedirte, ni rogarte, no pensaba permitirme un solo llanto, ni un solo gesto de dolor, ni una palabra de lamento, no te di el abrazo quemante con que te aguardaba, sino que te hice pasar sin tocarte siquiera y nos sentamos y yo estuve con el habla adentro un largo rato y tú, entre parlanchina y descifrante, hiciste tiempo preparando un trago y después de servirlo sacaste de la cartera un paquetito y me lo diste mirándome a los ojos con tristeza y yo te dije entonces, pero con la voz muy firme a pesar de la angustia, “¿de veras nunca más?” y tú me diste un beso leve, de

esos que no me gustan, rápidos, tantalizantes, y me dijiste “ábrelo” y yo lo hice, nervioso, y sobre la pared del hermoso encendedor de plata, grabadas finamente, estaban las palabras “adiós y gracias, gracias” y supe que el adiós era porque te ibas, y que el gracias, gracias, era porque yo te había hecho, como nunca nadie, sentirte mujer y sentirte amada desde los huesos y desde la piel, y me vino la rabia, porque lo hallé muy absurdo, pero después de todo, ya cuánto me lo habías dicho, los dados estaban tirados, yo era un mocoso sin futuro visible todavía; él, un diplomático argentino, con viajes, con países, con tanta, tanta vida; absurdo, sin embargo, porque la vida entonces qué, ah, ¡entonces qué! Y no pude ser ni tierno en la cama, solo hosco primero, brusco después, y bestia al final, cuando te dije que eras una puta, una puta de buen precio y que te fueras, que te pusieras la ropa, tus calzones de puta, tu estúpido vestido de lana de otro color, traído de Argentina, y te mandarás cambiar de una maldita vez, y que si me topabas en la calle no osaras saludarme, porque el asco me haría dar vuelta la cara y vomitar, y tú quisiste acariciarme, sedar mi ataque, y entonces te lancé el bofetón y desnuda, hecha un ovillo, lloraste en el sofá, y no te consolé y seguiste llorando, como esperando que los ángeles me devolvieran la gracia hasta que la ira me hizo también llorar y te grité de nuevo que te fueras, antes de tener que echarte a empujones; y cuando saliste ni siquiera te miré y habrás pensado quién sabe qué cosas, pero querías que te contara que esa noche me la sufrí entera, me la lloré de punta a cabo, que fue la única noche de mi vida en que si hubiera tenido un revólver a la mano lo habría posado contra mi sien y habría hecho presión sobre el gatillo, porque lo que acababa de perder para siempre era apenas tanto amor, tanta vida, tanto amor, y lo que venía después no era sino un hoyo negro, pero lo que te voy a decir es otra cosa: pese a la noche, todo el pisco del barrio me hizo dormir hasta el otro día que ¡por la mierda! era otro día.

17. Blowing in the wind

“¿Te acuerdas del Búker?”, me pregunta ella como a sangre fría mientras yo, entredormido, escucho y repito la pregunta y, claro, los recuerdos se me vienen de a montón, pero no solo del Búker, sino todos, todos los recuerdos, esas tardes oscuras y lluviosas desde la ventana de nuestro departamento en los Edificios Condesa, y las canciones de las niñas, que te pasan primero una pregunta –¿dónde están todas las flores, dónde se han ido?–, y te depositan luego una respuesta que viene como de otra parte.

¿Dónde están todas las flores, quién se las llevó? Quise volver a preguntarme. Y la respuesta llegó sola, como siempre, llegó rápida y precisa: *The answer, my friend, is blowing in the wind.*

Se inauguraba la primera exposición de Marcos en la mejor galería de la Zona Rosa y mientras me dirigía al extremo de la sala grande por una copa de champaña, ella se me atravesó con una sonrisa algo tristonosa, pero sí sonrisa.

–¿Tú eres Kiko Falcone?

–Sí –le dije.

–¿Te acuerdas de mí?

La miré con atención. No me acordaba.

–Por supuesto –respondí.

–Mentiroso, no me reconoces...

Entonces, la escudriñé mejor: ojos claros, acuosos, cuerpo esbelto, labios fáciles de retorcer.

–La verdad es que no te reconozco. Como que me acuerdo y que no –le dije, más por galantería.

–Los Edificios Condesa –dijo–. “Peyton Place.”

–Ah, claro –me hice–. Tú vivías en los Condesa por las entradas de Matehuala.

Los departamentos Condesa eran quizás los más antiguos, pero también los mejores de México D.F. Amplios como una casa, techos altos, terminaciones de lujo, ventanas grandes. Ocupaban una manzana completa entre las calles Pachuca y Mazatlán, y a la mitad estaban cortados por el callejón Matehuala. Eran plato preferido de pintores, novelistas, estrellas de cine y teatro, Maricarmen, las Pecanins, Claudio Obregón. Y por esos años, a partir del 73, lo fueron también de algunos chilenos que llegaron a México huyendo de las tropelías de la dictadura. La colonia Condesa, además, era un sector sin oropeles ni pretensiones, a prueba de engolados y nuevos ricos. Cerca del Bosque de Chapultepec, de la Zona Rosa y también del centro, mantenía aún cierto encanto romántico, el aspecto de un pasado más digno, pocos edificios, muchas casas, algunas con buenos patios, avenidas con calzada al medio. Pero ésos fueron también los tiempos en que la paz del barrio se iba a terminar, al menos por un largo rato, perturbada por los cortes en diagonal que empezaba a propinarle a la ciudad el implacable cuchillo de los ejes viales, las vías rápidas diseñadas para alegrar al automóvil. De todas maneras mantenía un qué sé yo diferente. Y aunque rondaban también los mafiosos como el “Güero”, capaces de violar muchachas y de endilgarle malas yerbas al prójimo, los adolescentes de la zona –hijos de actores, poetas o cantantes– parecían más sensibles, más interesados por lo que puede haber a la vuelta de la esquina.

Caminando Veracruz hacia Insurgentes, se llegaba luego al Parque España y de ahí un paso al “Belle Epoque”, donde solo daban

películas antiguas. Y por el otro lado al señorial Paseo de la Reforma que hizo construir Maximiliano para transitar dichosamente a su castillo.

Tras algunos meses de residencia en casa de la familia Becerra, profesionales solidarios con los exiliados que en número creciente llegaban de Chile, y tras mucha búsqueda, Carla y yo encontramos el J-6 de Matehuala. Yo había empezado a ganar algunos pesos y aunque el abrazo de agradecimiento a los Becerra lo dimos apretado y verdadero, el día de nuestra mudanza fue también muy feliz. No teníamos mesas, ni sillas, ni estantes, ni refrigerador, ni nada. Apenas una cama matrimonial que compramos de segunda mano. Pero estábamos muy felices. Un año antes, al pasar por México un solo día –rumbo a Cuba–, la ciudad nos pareció tan deslumbrante que nos miramos y dijimos “habría que venirse a vivir un tiempo”. El tiempo llegó pronto, aunque no fue nuestra la decisión.

–Por Matehuala, ¿no? –insisto.

–No. Mentiroso. No te acuerdas de nada. Yo no vivía en los Condesa, pero iba mucho. De ahí eran mis amigos. Pasaba casi todas las tardes en tu casa –en ese momento se nos acercó Bernarda, copa en mano, y yo aproveché para seguir viaje hacia la meta por la champaña.

Más allá de la medianoche, con la mente un poco errante por las resbaladizas calles de tanto ron, y cansado también de la música y la risa, me levanté del pouf donde me había sumido un par de horas antes y partí a despedirme de Marcos, a felicitarlo nuevamente y a decirle lo buena que estaba su exposición, cómo se advertían el trabajo tenaz y la persistencia del talento.

–¿Te vas? –me dijo Bernarda, una de nuestras tres niñas, la de Carla. Ángela y la Flaca eran mías.

–¿Quién era la chava que andaba con un tipo en pantalones de cuero? –aproveché de preguntarle.

–Ah, Sonia. ¿En serio no te acuerdas de ella?

–¿Tendría que acordarme?

–Pero si iba a diario a la casa y te gustaba mucho, decías que era linda. Y ella decía que tú eras un viejo atrayente.

–Es que el tiempo... Son diez años, la mitad de nada, según Gardel. ¿Era la que llevaba un perrito blanco?

–Claro, Kiko, no te hagas.

Hola... ¿Hola qué?... ¿Cómo podría llamarte? No me sale ya decirte “gatita” ni “cabra linda” ni todas esas cosas. ¿Te llamaré por ahora apenas Carla?

En los días de aquel invierno frío y lluvioso de Santiago, tanto Carla como yo –aún bastante jóvenes, sobre todo ella– nos movíamos por la vida un poco a ciegas, desconcertados debido a la ruptura de nuestros matrimonios. Pero tuvimos la suerte de que su camino y el mío se cruzaran y los horizontes empezaran a clarear. La primera cita fue en una esquina de Plaza Brasil. Yo cargaba una bolsa de víveres que acababa de comprar y la invité a comer.

–Dos opciones –le dije–: o entramos a un restorán barato, porque ando con poco billete, o vamos a mi casa y preparo una sopa de mariscos.

La casucha interior que había arrendado estaba en otro extremo de la ciudad y el trayecto en micro duró casi una hora. Sin embargo, se me hizo corto. Nos estábamos conociendo y, además, ella le concedió cariños a mi ego al elogiar entusiasta una novela mía que acababa de publicarse, la primera. Cuando al fin llegamos a mi calle, cerca ya de plena cordillera, empezaban a caer las gotas aún escasas de una lluvia que nos hizo apurar el paso y terminó siendo cómplice de ese primer encuentro. Cuando el caldo marinero estuvo listo y nos sentamos a la mesa con la botella de vino blanco ya medio vacía, la lluvia había cobrado vigor y golpeaba fuertemente el tejado de zinc de mi cabaña. Levanté la copa y miré a Carla como lanzándole alegremente la pregunta ¿y ahora? Ella me devolvió un gesto de resignación, algo así como “qué le vamos a hacer, nos liquidó la

maldita lluvia”. Porque esa noche tuvo que quedarse a compartir mi cama. Y se quedó para siempre. (O más bien hasta ese momento, en el comedor de nuestro departamento en los Condesa, en que apenas la llamaré Carla.) Nos encontramos bien aquel invierno y fuimos felices. Por las mañanas ella salía a sus clases de ballet y yo repartía mi tiempo escribiendo cuentos, algunos artículos, y dando un curso de literatura. La súper pareja, nos decían los amigos, y nuestro ánimo nunca decaía. Entonces:

Hola, Carla. Quisiera decirte que en el fondo yo soy igual que muchos tipos, nada distinto, igual que casi todos. ¿Cuántos en tan solo un año no se habrán separado de sus mujeres para después repetirse un tanto irritados y llorones que la hicieron de oro, y buscar, un poco tarde, maneras de castigarse? Y no lo digo pensando en las cenas, los desayunos, la ropa siempre limpia y bien planchada, la casa impecable. Hay cosas más importantes, como mirar en una sola dirección, vibrar con los mismos acordes, lanzar gritos parecidos.

–Carla –te digo–. Fui a la embajada a firmar la solicitud de retorno.

El comité central había determinado el retorno a Chile de sus militantes exiliados que pudieran entrar. Los que no, debían iniciar gestiones para que les fuera otorgado el permiso. Poco después empezaron a aparecer las listas y paulatinamente se inició el regreso. Muchos exiliados encontraron razones, buenas o malas, para negarse a retornar, y otros se manifestaron contra la humillación que significaba pedir licencia para poder vivir en el país propio. Yo era de los que deseaban volver a lo que diera lugar. Tenía dos hijas de las que me lastimaba mucho vivir tan lejos, y tenía también mucha rabia.

–¿Me oíste, Carla? Fui a la embajada.

–Trataré de ir a firmar mañana –respondes. Nos servimos un poco más de vino en la mesa larga del comedor, dominada por los volcanes del fotomural, y nos servimos también un poco más de tiempo. Nos servimos tres, cuatro, cinco meses.

—Carla —te digo—. Fui a la embajada. Todavía no hay respuesta. No aparece mi nombre en la última lista.

—Trataré de ir a firmar mañana —respondes. Y volvemos a servirnos un poco de vino. Y otro poco más de tiempo.

—Carla —te digo—, tú no quieres irte, ¿verdad?

Esta vez no respondes. Otro poco más de vino.

—¿Verdad que no? ¿Que no quieres irte?

Tu mirada no es la misma que suele responder las preguntas que siempre te estoy lanzando.

—Si el permiso me sale —digo—, me iré muy rápido. Solo, como sea, sin ti. Pero me voy.

Te sirves vino y no respondes.

—¿Entiendes lo que te quiero decir?

Ahora respondes que sí. Y entonces empieza a fraguarse un nuevo código.

Dejaremos de estar juntos: llegó el cansancio, el momento de la crisis. Desde ahora estoy solo y me convengo fácilmente de que me importa más el lugar donde voy a vivir que la persona con quien voy a vivir. Caminaré por muchas calles y a la hora del coctel no estaré con dos “cubas” preparadas esperando que llegues del trabajo. Tendrás que prepararte el trago tú sola. Para mí esa hora del coctel será la hora de la cantina, donde me pille.

Por fin estamos de acuerdo. Se rompieron las amarras; de muchas maneras —o quizás de una sola—, ya no estamos juntos. Recuerdo: calle Tegualda, Santiago de Chile, 1973, rondan furgones militares por la ciudad, helicópteros por el cielo cercano, caminamos del brazo como si nada.

Tú: hablé con los compañeros. Tienes que asilarte, salir pronto.

Yo: Nos vamos, entonces.

Tú: No. Te vas solo. Hablé con el embajador sueco. Le dije quién eras, que tenías que salir... Yo te seguiré después.

Yo: Nos vamos juntos. O nada.

Tú; Bueno, si se puede...

No fue como nuestros viajes anteriores, como cuando nos bañábamos en las playas blancas de Isla de Pinos, pleno Caribe, ni como cuando encontramos ese departamento en Torrecilla del Leal, Madrid vieja, ni como las terroríficas veladas en La Motte Picquet, ni como las frías caminatas por Strandvagen, ni como aquel cinematográfico safari por las reservas de Amboseli, ni como alguno de los otros viajes.

Partimos en el más deprimente de los aviones y supiste que nunca me habría ido dejándote en la trampa. Y después, los meses de tedio en un país y en el otro hasta recalar. México y la casa de los Becerra, las primeras ofertas de trabajo y la vida como volviendo a comenzar desde cero, a pesar de todo lo que habíamos dejado atrás, de lo hecho y deshecho en más años de los que parecían pocos, en menos de los que habríamos de completar aquí.

Un nuevo código, algo a qué atenerse. Ya sabes que me iré a como dé lugar, sin ti, Carla, que a como dé lugar te quedarás, y así seguimos viviendo, con dos ingenuidades y tres o cuatro malestares, pero al menos con una verdad. Después de todo, la cosa del retorno no iba a venir tan rápida, aunque ya nunca volveríamos a ser los mismos dos.

Desde la pieza de las niñas nos llega el rasgueo incipiente de Ángela con su guitarra nueva, entonando esa canción que su voz va tarareando bajito, como si no quisiera que la escucháramos: *the answer, my friend, is blowing in the wind*. Me pregunto de qué respuesta puede tratarse y cuál será la interrogante. Entra Bernarda al comedor, algo agitada. La Flaca aún no llega. Tengo a las dos mías por las vacaciones. Bernarda es permanente. Cada nueve meses las recibo nueve meses mayores y me toma unos días adaptarme a los cambios de la nueva edad. Pero algo es algo. Otros exiliados solo pueden ver crecer a sus hijos en las fotografías que reciben un par de veces al año. Quise traerlas, cuando partimos, y tuve listos los salvoconduc-

tos para ellas. La madre estaba de acuerdo. Pero a última hora se le filtró el miedo —quizás si con razón— y decidió dejarlas.

Bernarda viene como si hubiera subido corriendo las escaleras.

—Mamá, ¿podemos ir mañana a un paseo?

—¿Adónde? —dice Carla.

—Cerca. Por Malinalco.

—¿Dónde?

—Unos amigos de Clarisa. Ella nos lleva. Con Walter.

Tocan a la puerta del pasillo trasero. Es Clarisa, con la Flaca, ambas radiantes. Clarisa y su melena roja vibrando al ritmo del viento que se cuele por la ventana, la Flaca con su nuevo peinado a la *garçon* y sus ojos deslumbrantes. No es el momento de ponerse otra vez a discutir. Me miras, Carla, y adivinas que la idea no me gusta. Pero tu mirada quiere decirme que son adolescentes, que recuerde cuando yo lo era, que todo eso, y tiendo a ceder, con ganas de que sí vayan, se diviertan y le saquen a la vida algo de placer. Pero con miedo. Acabo por decir no. Un no rotundo y pesado que me hace bajar la vista. Las niñas me miran con rencor. Lo entiendo, pero qué se le va a hacer. México es México y ellas son apenas adolescentes. En cada aventura se cuele el olor inquietante de los presagios. Chicos y chicas sin la experiencia de un par de cervezas al volante por las carreteras sinuosas. Cómo explicarles, cómo hacerlas entender que no se trata de cautelarles la doncellez, ningún temor de lo que pueda ocurrir en esos territorios, sino que es la intuición de peligros más oscuros. Escuchando el final de esa canción que en la otra pieza tararea Ángela, vuelvo a quedar sin comprender cuál es la pregunta. El último verso surge, ahora tembloroso: *the answer, my friend, is blowing in the wind*. Nos miramos con Carla, proponiéndonos otra copa de vino, la última, ¿verdad?

Los cuerpos primero, luego los huesos y finalmente el polvo de Clarisa y Walter permanecerán para siempre lado a lado. Lluve en el panteón y hay muchas caras demacradas y llorosas, toda la chaviza

de los Condesa, “todas las flores”, apretados unos con otras. La madre de Clarisa tiene valor para hablar, intenta explicar esas muertes, conformarse, buscarle símbolos al vuelo de la camioneta, encontrar un sentido. Igual cosa hace el padre de Walter, recordando con voz entrecortada a Romeo y Julieta. Las flores lloran, se unen a la lluvia, Bernarda, Ángela, la Flaca, el “Enano”, Marcos, el Gordito. ¿Por qué ahora —se preguntan las flores—, ahora que por fin Clarisa respiraba entusiasmo y emanaba perfumes, cuando parecía haber dado, después de tumbo y tumbo, con una certera posibilidad de dicha? Lluve y hasta el verde de los prados parece lúgubre, acompaña solidario a las almas dolientes. De pronto, como un murmullo discreto se eleva hacia el cielo el canto triste de las flores y se va entretejiendo en el viento la música y la poesía de la tonada con que la pelirroja hacía vibrar a todos los Condesa y que se va enredando enredandó, como un mosquito en la piedra. Me toca leer unas palabras que escribí. Me despejo la garganta y la emoción: “Querida Clarisa: como de costumbre, ando agarrándome a palos con el tiempo. Estoy a punto de salir de la ciudad y esta carta, escrita en una tarde igual a muchas que miraste desde tus ventanas del Condesa, en que el cielo se pone denso, pesado, y amenaza castigarnos con su lluvia, tendrá que salir a borbotones en lugar de verse habitada por la calma y la meditación, como yo quería.

“He pensado mucho en ti estos días. Hasta empecé un cuento por cuyas escenas rondarán tú y Walter, tus amigos, el barrio, las “flores” del Condesa. Será un cuento no solo sobre las personas sino también sobre algunos sinsentidos de la vida y de la muerte, un cuento sobre la gran estupidez, sobre aquellas cosas que nunca llegaremos a comprender, las preguntas sin respuesta. No vayas a pensar que soy un mentiroso. Escucha las primeras líneas, garabateadas en un cuaderno. Dicen: *De la frondosa melena zanahoria que solía iluminar de puerta en puerta los oscuros y algo sórdidos pasillos interiores del Condesa, subsiste ahora solo el poderoso recuerdo, una especie de presencia lejana y misteriosa, como si de pronto fueran a aparecer sus ojos tímidos diciendo un “hola” apenas perceptible...* Son, te digo, las primeras líneas y te pro-

meto que lo voy a terminar, a escribir muchas veces. Estoy seguro de que nadie que haya escuchado tu voz podrá entender que todos, como yo, se harán miles de preguntas. Y te dejo ahora, colorina que nos alegraste con tu sonrisa y tus canciones. Para ti y Walter, otro abrazo tierno de este cuate que seguirá asombrado por tu ausencia”.

La lluvia arrecia y los relámpagos iluminan lápidas, mausoleos, pasajes. Nadie se mueve.

Sonia era entonces la que llevaba un perrito blanco, la que yo debo haberme comido con los ojos cada vez que se desplazaba en sus bluyines ajustados y con las tetitas cimbrando como flanes sin prisiones. Tal vez su joven alma también ávida intuyó mis apetitos y la puso en la fila para converger alguna vez al mismo punto, como los que se buscan sin razón aparente, solo porque tal vez sí tengan un destino. Cierta noche, durante los tamales con mole poblano, bajo la adusta mirada de los volcanes en la foto del comedor, conversamos en familia.

Bernarda: Sonia dice que eres a toda madre.

Yo: Tiene razón.

Carla: Podrías mirarte al espejo.

Yo: ¿Estoy muy mal?

Carla: Te va sobrando un poco de panza, y las ojeras te matan.

Yo: Cumplí cuarenta.

Carla: Caminas pesado.

Yo: Pero Sonia dice que estoy a toda...

Carla: ¡Y a mí qué me importa lo que dice Sonia! ¡Mírate al espejo, mejor!

Yo: ¿En serio estoy tan mal?

Ángela: No, papito, no hagas caso, estás muy lindo.

Bernarda: Pero con cinco kilos menos estarías mejor.

Una tarde, Sonia estaba en casa y tenía al perrito en los brazos. Me acerqué a acariciarlo y, sin querer, mis manos rozaron sus pe-

chos. Hubiera querido ser un degenerado, o haber estudiado para crápula. Ella no dio un paso atrás. Me miró, dejándose. Yo seguí: “Hola, perrito; hola, pinche perrito”. Esa misma tarde, cuando se fue a despedir, otra vez sin querer –o quizás queriendo–, le invadí medio labio con el beso, y tampoco hubo señales de queja...

Era la del perrito, entonces, según Bernarda en la exposición de Marcos, bastante cambiada para apenas diez años –la mitad de nada–, sin esa alegría agresiva, a pesar de lo joven, como si hubiera ido y vuelto, estrellándose con cierta violencia en el regreso. Otros tiempos, claro. Y le pediré a Bernarda el teléfono, porque las cosas simplemente no pueden quedar así, en que no la reconocí y listo, a la misma que tantas noches me quitó el sueño.

Los jóvenes del paseo eran cuatro: Clarisa, Walter y otra pareja de vecinos nuevos, y aquel fin de semana en que los temores me derrotaron generando el áspero NO, les habían prestado dos cosas: una camioneta y una cabaña en Malinalco. Lo demás no lo recibieron en préstamo, sino que tuvieron que comprarlo: unas botellas de ron, pollos rostizados y un paquetito de yerba Golden para alivianar las horas, soltar el ánimo, exacerbar los sentidos y poder entonces captar realmente todas las dimensiones del mundo, cada uno de los esplendores con que la vida siempre intenta sorprendernos, poder volar, elevarse y respirar a pleno pulmón como si el aire en verdad fuera limpio, aun allá. Pero algunos ya sabíamos que la yerba es conveniente fumarla en paz, en casa sobre territorio sólido y jamás en movimiento, porque entonces vienen los vuelos, a menos que solo se quiera volar, volar, volar hasta las últimas moradas, que pueden hallarse en la curva del camino o en el fondo del océano.

No circulaban muchos autos aquella noche de domingo que se estaba acercando ya bastante a la mañana. Tampoco llovía ni se levantaba niebla. El viaje pudo haber sido muy sereno. Pero ante una curva que limitaba con el abismo, debe haber persistido con terquedad el deseo de volar, tanto como para que la dirección de la camioneta permaneciera fija, sin girar, las ruedas continuaran su camino

recto, y cuatro muchachos cantando emprendieran el vuelo feliz, luego la caída, el choque con la roca y el indefectible fuego.

A veces es bueno hacerle caso al miedo, te digo, Carla. ¿El destino está escrito o lo va tejiendo la vida? Siempre recuerdo aquella serpiente atravesada por una flecha loca que le interceptó el camino. “Interceptar el camino”, ¿qué es eso? Y te pregunto por qué razón te has cortado así el cabello y –sobre todo– por qué has implantado en tu cabeza esos rulos que no hacen juego con tu mirada. De acuerdo, tales cosas pueden pasar y pasan, pero eso no significa que si dos personas más accedían, o lograban el permiso para plegarse al paseo, todo hubiera tenido que ocurrir de la misma forma. Es decir, no hay por qué darle gracias a Dios. Lo importante era estar todos juntos y entender las preguntas... También era importante ir a la embajada a firmar, ¿me comprendes?

Sonia me mira con interrogación mientras yo la miro con ciertas ideas dándome vueltas y no le respondo. Tomamos un expreso que he preparado en la cafetera Italiana de tornillo. Antes de que llegara he tratado de disimular un poco el desorden del piso que ahora comparto con Eladio, el Gordito implacable, autor de ese mismo desorden y también de otros: discos desparramados por la alfombra que se va cubriendo de polvo, tazas vacías en cada mueble, en cada brazo de sillón, calcetines malolientes en los rincones, parches en la pared, hoyos en el suelo, humedades, oscuridad, todo lo sórdido que puede tener un departamento.

Ya le he contado a Sonia la historia completa de estos últimos diez años: los desajustes de la separación, justo cuando parecía que los nuevos desafíos planteados por el exilio nos habían dado fuerza y unido más, para llegar en cambio a este gran cansancio que permitía el desamor, que albergaba otro encuentro: Maira, esa especie de salvación transitoria que permite pensar “no estoy tan mal”; y mis viajes le he contado las invitaciones que había recibido a París, Nueva York, San Francisco, Panamá y otros lugares que le fueron insuflando aire fresco a la pesadez del destierro; y le he hablado de

algunos de mis pequeños éxitos, novelas traducidas, uno que otro premio, y de los amores locos, la argentina preciosa y posesiva que cada mañana quería decidir el color de los calcetines que debía ponerme y que por un tiempo –corto– convirtió mi vida en un quilombo, como decía ella; de la tenacidad del dictador, que apretaba las tuercas y después de tantos años seguía matando; y del gran cansancio, también le hablé.

Ella también me ha dicho cosas de su joven vida, del rictus, la ausencia de sonrisa, la búsqueda brutal, aquí y allá, del orgasmo que sólo a veces llega, las angustias de ese compañero que viste pantalones de cuero y llora por las noches, de lo que para ella había significado el Búker.

Casi todo nos hemos dicho, como si nos conociéramos; y es casi la primera vez que hablamos.

–¿Te acuerdas de tu perrito? –digo.

Se ruboriza.

–¿Por qué me llamaste?

–En la exposición de Marcos no te reconocí.

–Me di cuenta.

–Unos días después, soñé contigo como eras entonces, con el perrito en brazos –la miro dentro de los ojos. Por primera vez sonrío. Entonces estiro la mano y acaricio su barbilla suave. Luego la beso.

La beso mirándola como si fuera entonces, en aquellas mismas tardes de lluvia en los Condesa, cuando yo iba a buscar a Ángela a la academia de dibujo. Ese año, en marzo, Ángela no regresó a Santiago con la Flaca. Decidió quedarse en Ciudad de México y yo la había inscrito en la academia y en un instituto de enseñanza de inglés. También tomaba clases particulares de matemáticas y de guitarra. Un año escolar no significaba mucho, pensé. Pensamos. Aquí ganaría en otros aspectos. Era una chica a ratos solitaria, de pocas palabras, muy observadora y penetrante, de fuerte voluntad, y hasta esos momentos –pum pum pum catapum pum pum, solía

despertarme en las mañanas—, el padre parecía ser el gran amor y a él parecían dedicadas las canciones que cantaba a dúo con la Flaca, Alfonsina vestida de mar, yo era el rey de ese país y ya vendrán tiempos mejores, negro José. Ésa me gustaba mucho, porque de alguna manera los tiempos no eran buenos.

Detenido el coche en doble fila, esperé mientras salían los alumnos, todos, todos salían menos Ángela. Entré a buscarla y me enteré de que esa tarde mi hija no había asistido a clases. La modelo terminaba de ponerse sus ropas. Volví al auto y regresé a los Condesa. En la puerta del edificio la encontré conversando muy entusiasmada con un muchacho greñudo, de expresión asustadiza.

—Hola, papito.

—Soy Jaime —dijo el muchacho.

Le di la mano mirándolo con desconfianza, casi con la certeza de que ya era, o sería pronto, el primer novio de mi hija menor, acaso su primer amor, o segundo, digamos, porque después de todo hasta entonces el primero había sido yo.

—¿No suben? —quise sonreír.

—Es que ya se va el “Enano” —dice Ángela.

—¿El enano?

—Así le dicen.

—¿Fuiste a dibujo?

—Claro.

—Bueno, te veo arriba. Adiós, “Enano”, mucho gusto.

En la estancia amplia del departamento, Bernarda, la Flaca y Sonia bailaban música rock muy alegres, llenas de risa, la risa que Sonia aún no había perdido.

—Hola—, me dicen al verme, sin dejar de caderear a lado y lado. Sonia me mira. Se pasa la lengua por los labios. Ya luego subirá Ángela y aclararemos las cosas. Que no haya ido a su clase me importa menos que la mentira.

En el dormitorio, Carla apenas levanta la vista del libro que lee, una novela de Saroyan que le regalé. Me la vendió el Búker.

—Saliste en la tarde —dice.

Me encojo de hombros, quitándome la chamarra con cierta rabia. Ya vislumbro lo que vendrá solapadamente y espero el “adónde fuiste”, “con quién te juntaste”, “en qué andas”, buscándonos el odio.

Pero ahora sé que no era odio, Carla. Era algo mucho menos grave. Apenas era cansancio. La fatiga de todos esos años, de los continuos aplazamientos para el retorno, las pequeñas traiciones, las copas acumulándose cada noche. Un cansancio que era como la muerte misma y que se nos había metido vena adentro para hacernos mirar a otras esquinas, escuchar otros cantos, buscar la gracia de ojos distintos, de orgasmos con diferente sonido, de cabelleras desconocidas. Pero odio no era, ahora lo sé. Aunque de pronto una tarde, sí hubiera tenido algo concreto que responder a las preguntas que empezaron a espolear tu curiosidad celosa. Algo como por ejemplo “fui al cine con Maira”, “salí a caminar con Maira”, “fui a tomar un café con Maira”. Maira traía no solo el aire fresco, el alkaseltzer para la dura resaca, traía también cierta posibilidad de recuperar esperanzas, de autoafirmarse al ritmo de las tristezas de Bölling o Piazzola, o de Susana Rinaldi cantando que a pesar de todo, dejándola abierta, verás que se cuele el sol por tu puerta, es decir, traía más que nada ese poco de voluntad necesaria para seguir andando y no darlo todo por perdido. Trajo otra vez la ilusión del amor. Que me acostaba con Maira, jamás te lo habría dicho, tú sabes. Faltar a los códigos, no. Aunque el beso que desde tu auto me sorprendiste dándole en plena calle como quien encuentra una aguja en un pajar, fue de algún modo la ruptura del código. Y fue también la otra ruptura, la del cántaro al agua, fue muchas rupturas que se enfrentaron desde tu trinchera a una ilusoria pasión que parecía mucho pero que no era, que al poco tiempo —después de las heridas, las lágrimas, del basurero abierto para los años que cierran

un ciclo que seguía vigente— se rompe también como una pompa de jabón, salpicando resplandores y perdiéndose en la más absoluta de las nadas, como si nunca... Si hubieras ido a firmar a la embajada; si no te hubieras encrespado el cabello; si hubieras llegado a casa un poco más temprano la tarde que en el momento preciso en que yo salía del edificio iba pasando Maira por ahí, para mal de los pecados de toda una caterva de seres un tanto aburridos del aburrimiento del amor. Todo eso, sí, Carla. Pero odio no.

“¿Te acuerdas del Búker?”, vuelve a preguntar Sonia, apartando la sábana que nos acalora. Después del café, vino el beso. Después lo demás. Recuerdo, claro, la mirada triste del Búker, la mugre incrustada en la piel de sus dedos, de sus brazos, de sus tobillos olvidados de calcetín, lo recuerdo mirándome desde la colchoneta en el suelo con una sonrisa apenada, muy sonrisa, sin uno que otro diente, con simpatía, una botella de tequila en la mano, con ausencia, sin temblores. En el suelo del caótico departamento-estudio que comparten Marcos, el Gordito Eladio y el “Enano” Jaime. Lo recuerdo cuando lo conocí, también, en una librería de Anzures leyendo un fragmento de sus primeros “rollos” con el habla trastabillante de mucho alcohol y esa mirada tan necesitada de afecto, y lo recuerdo la tarde en que llegó casi cayéndose a venderme una guitarra para regresar a la cantina y los doscientos que le pasé sin guardarme la guitarra, a cuenta de algunos libros que me llevaría otro día. Le digo a Sonia que sí me acuerdo.

—Yo lo amaba —sigue—. Habría dado cualquier cosa por él.

No la miro. Imagino que la marcó la tristeza del Búker, el sinremedio de su alcoholismo, su expresión sin vuelta, y esa conmovedora ternura que solía ejercer con el prójimo. En el departamento-estudio, él me mira desde el suelo, semiechado en la colchoneta, y yo le digo a mansalva: “Te quieres matar, verdad”, a secas, sin una pizca de compasión. Sonríe y bebe otro trago. “Hay maneras más rápidas”, digo. Sonríe y bebe.

Lo esperaba a la salida de las cantinas —sigue Sonia— para acompañarlo hasta su casa.

O hasta su pocilga, pienso, recordando que cuando lo dejó su mujer, esas piezas se fueron convirtiendo en un basural de latas y botellas y colillas y papeles, y el polvo se fue asentando ahí con mucha propiedad. “Otras maneras— le digo—, como por ejemplo un balazo en la boca o un tajo en las venas.” Me mira desde el suelo, sonríe y bebe. “Es mucho más seguro que este método.”

—Lo llevaba hasta su puerta —sigue Sonia, y ahí, en su confusión, él me miraba tomando mi cara con las dos manos y me daba un tierno beso con olor a tequila en los labios, y ése era mi premio mayor, todo a lo que podía aspirar un par de noches a la semana.

Quiero seguir hostilizándolo en un débil intento de hacerlo desistir, de evitar su suicidio definitivo. El “Enano” Jaime me corta el paso. “Déjalo, por favor —dice con respeto y angustia—, cada uno es dueño de matarse como quiera.” Pero no de joder a los demás, pienso.

—Después —dice Sonia—, tenía que afrontar los castigos por llegar tarde a casa. Una vez mi padre me dijo que era una puta.

El “Enano” me mira con severidad y solicitud, como para que ya la corte y deje al Búker en paz, qué me meto, soy libre para irme, nadie me retiene ahí, por muy padre de Ángela que sea, por muy su “suegro”, ¿entiendo? Deje en paz al cabrón Búker, que beba hasta la muerte y se mate como quiera, no lo chingue, ya está bastante mal, casi no puede estar peor, lo que es mucho. Todo eso me dice con la mirada, tiene razón, pinche “Enano”.

—Cuando murió —recuerda Sonia—, creí que se acababa el mundo, que me volvía loca y nunca volvería a ver la luz —yo imagino al Búker cuando llega a la cantina a duras penas, casi a rastras, y desde el otro lado de la barra el mesero le avisa que su mujer ha regresado, que pasó por él y lo anda buscando, lo espera en casa. Lo veo llegando a su departamento en el desconcierto feliz, bañándose largamente en la tina lleno de sonrisa, y muriendo luego por la noche en brazos de

la que amaba, la que un día lo dejó y ahora vuelve, muriendo como un ángel con la cara sucia.

–Si solo hubiera podido estar con él al momento de su muerte –dice Sonia.

–¿Sabes cómo murió? –pregunto.

–De infarto.

–No. Murió de felicidad; por lo tanto, confórmate.

Le robo una chupada a su cigarrillo. El humo no circula, se estanca, nos atrapa, y en ese momento sé que vamos a ser pareja, a seguir hasta que la muerte nos separe y todo eso. Empiezo nuevamente a mordisquear sus pezones, coloco una de mis manos en su sexo y le abro ligeramente las piernas; los dedos de sus pies me acarician y mi boca desciende vientre abajo hasta detenerse ahí. Sudan los cuerpos. Se me antoja una pregunta seria y definitiva sobre ese joven compañero que llora por las noches. Decido dejarla para después y sigo concentrado, como si fueras tú, Carla, otra vez tú, mirándome con tristeza cuando, saliendo definitivamente de nuestra habitación, te digo que me voy. Al pasar frente al cuarto de las niñas, escucho a Jaime y Ángela entonando juntos ¿Dónde están todas las flores, dónde se han ido? Sigo. Me detengo también frente al living, donde Bernarda, la Flaca y Sonia cantan esa otra en inglés, que se le entremezcla y parece calzarle como anillo al dedo: *The answer, my friend, is blowing in the wind.*

Índice

Prólogo, John J. Hassett	7
1. La misma esquina del mundo	11
2. Cambio de máscara	21
3. Como buen chileno	41
4. Solo de saxo	49
5. La gota de más	55
6. Café con piernas	59
7. Muchos señores calvos y sin bigote	67
8. Pasando y pasando	73
9. Felices	79
10. El mar	89
11. Morir en Guanajuato	95
12. Dos lagartos en una botella	101
13. Gershwin bajo la luna	109
14. Tango Sur	119
15. Nadie en Shepargatan	127
16. Estribo amargo	135
17. Blowing in the wind	145

Los cuentos "Como buen chileno", "Felices", "Estribo amargo" pertenecen al libro VIVARIO, Chile, 1971.

El cuento "Cambio de máscara" pertenece al libro CAMBIO DE MÁSCARA, Cuba, 1973.

Los cuentos "Dos lagartos en una botella", "Morir en Guanajuato", "Muchos señores calvos y sin bigote", "El mar", pertenecen al libro DOS LAGARTOS EN UNA BOTELLA, México, 1976.

El cuento "La misma esquina del mundo" pertenece al libro LA MISMA ESQUINA DEL MUNDO, México, 1981.

Los cuentos "Solo de saxo", "Blowing in the wind", "Tango Sur", "La gota de más", "Nadie en Shepargatan", pertenecen al libro SOLO DE SAXO, México, 1998.

Los cuentos "Pasando y pasando", "Gershwin bajo la luna", "Café con piernas" pertenecen al libro HERMOSAS BESTIAS SALVAJES. Chile, 2012.

